BIBLIOTECA BÍBLICA DEL A. P.

# El Sermón de la Montaña

POR

BERNARDO GENTILINI



SANTIAGO DE CHILE
APOSTOLADO DE LA PRENSA
Casilla 16 — Delicias 2303
1923

BIBLIOTECA BÍBLICA DEL A. P.

# El Sermón de la Montaña

POR

BERNARDO GENTILINI




SANTIAGO DE CHILE
APOSTOLADO DE LA PRENSA
Casilla 16 — Delicias 2303
1923

*Nihil obstat.*

**Luis M. Nai,**
Insp.

Santiago, 19 de Abril de 1923.

**Puede imprimirse.**

*Fuenzalida,* *Morán C.*,
V. G. Secrio.

11,207.—Imp. Lagunas & Co.-- Teatinos 58



# INDICE



# INTRODUCCION AL SERMON DE LA MONTAÑA

## I

## EL MAESTRO DIVINO

### 1. Invocación.

Antes de escuchar el dulcísimo Sermón de la Montaña—que señaló al mundo una nueva era—debemos esbozar, siquiera con pocas y pálidas pinceladas, la hermosa silueta del Maestro Divino.

Mas, antes de tomar nuestra paleta, repetiremos con los labios trémulos de emoción la plegaria de un investigador de la Verdad:

«¡Oh! Jesús, a quien tantos hombres han adorado, yo también te adoro. No quiero emprender el estudio de tu vida sin rendirte este homenaje. Me eres mil veces superior; eres mi Dios. Adoro en ti a la divinidad, porque había una divinidad en tu corazón celeste: un simple hombre ¿habría sido tan bello, tan puro, tan fuerte? No tienes traza de nuestro barro. Pero dime tu secreto, descúbreme tu faz. Te escondiste a los sabios y los prudentes de la tierra y te revelaste a los pequeños. Quien no llame al reino de Dios con el corazón de los niños no entrará en él».

Las últimas palabras, traídas del Evangelio, nos señalan el camino... Hay que llevar a la investigación de la verdad un corazón puro y una alma virgen...

**2. La más alta figura de la historia.**

Para quien se eleva por encima de los siglos y de las preocupaciones, Jesucristo aparece la más alta figura de la historia.

Allí está ocupando, «en la plenitud de los tiempos», el más alto pedestal del mundo, entre nubes de incienso...

Cuarenta siglos lo estuvieron esperando con las ansias en el pecho... Lo esperaban como el Libertador del mundo.

Y hubo en el pueblo escogido una casta de hombres, los Profetas, que con los alientos de la inspiración divina, tuvieron siempre viva y llameante esa esperanza en el Mesías.

**3. Las profecías mesiánicas.**

El Antiguo Testamento está lleno de él. Las revelaciones lo anuncian, los símbolos lo preludian, y las profecías, siempre vivas en todos los tiempos, precisan su advenimiento:

Miqueas saluda a la humilde Belén, que ha de ser su cuna; Isaías anuncia que será del linaje de Jessé (padre de David), que nacerá de una virgen, que se llamará Emmanuel («Dios con nosotros»), y le llama el Cristo, rey de Israel.

Con quinientos años de anticipación, precisa el profeta Daniel la fecha de su advenimiento (1).

David pinta sus facciones, caracteriza su predicación, canta sus triunfos, llora su pasión...

Zacarías habla de las treinta monedas en que fué vendido.

---

(1) Véase sobre esto una admirable página de Bossuet en su *Discurso sobre la Historia Universal.*

No hablemos de los otros profetas, que eso sería largo (1).

Recordemos sólo una gran frase de San Agustín: «La Ley (la Escritura) estaba repleta de Cristo»: *Lex a Christo grávida érat.*

Dice, pues, con mucha razón, Pascal: «Si un solo hombre hubiera escrito un libro de predicciones sobre Jesucristo, y Jesucristo hubiera aparecido conformándose a dichas predicciones, sería de una fuerza infinita; pero aquí hay más aún. Es una serie de hombres que, durante cuatro mil años, constantemente y sin variación, predicen uno en pos de otro un mismo acontecimiento. Es un pueblo entero el que vaticina».

**4. Ecos perdidos en el espacio.**

Por otra parte, aun fuera del pueblo escogido, que había conservado la revelación primitiva, de todos los pueblos surgían clamores por un libertador, por el verdadero «Deseado de las Naciones».

«El Oriente y el Occidente, dice el P. Monsabré, llaman un Salvador. Los chinos miran hacia el Occidente, de donde habrá de venir el enviado de Dios, que tendrá todo poder en el cielo y en la tierra. Los Indios cuentan con una encarnación de Vichnú. Los egipcios saludan desde lejos al hijo de la mujer que debe extinguir la ira de Trifón. Los persas tienden las manos hacia el libertador, que nacerá de una virgen. Los mejicanos esculpen en la roca viva y en los monumentos la figura del Dios que debe ahogar la gran serpiente. La Grecia espera... Virgilio canta ante la cuna de un párvulo romano, somo si viera otro niño, revestido de muy diversa gloria».

Estos clamores universales eran ecos de la Verdad revelada perdidos en el espacio.

---

(1) Pueden verse todos los datos en los Profetas o en cualquier tratado de Dogmática.

### 5. Precisando la figura histórica de Cristo.

Cuán bello sería poder precisar más, con un estudio más amplio, la figura histórica de Jesucristo.

Estudiarlo en esos venerables documentos, que son los *cuatro Evangelios*, los cuales desde dos mil años nos hablan del Maestro divino.

Este testimonio se remonta a las fuentes mismas de los hechos.

Pues afirma el docto Tischendort, el descubridor del «Código Sinaítico»: «Nos creemos autorizados para poner hacia el fin del primer siglo, no el nacimiento de los Evangelios, sino su reunión en cuerpo canónico».

Bello sería contemplar la bella Faz del Maestro en los otros veintitrés libros del Nuevo Testamento, y aún en los libros históricos profanos.

Y verla surgir esplendente en la plenitud y en la prolongación de los tiempos, irradiando su luz divina sobre el mundo...

Mas no es este el lugar.

### 6. La faz milagrosa de Cristo.

Si quisiéramos contemplar otra faz esplendorosa, podríamos contemplar a Jesucristo en el magnífico despliegue de su poder divino.

Basta un gesto de su mano para apaciguar las aguas turbulentas del lago de Tiberíades; un grito de su pecho, reclamado por la amistad, para resucitar a Lázaro; un deseo de su corazón misericordioso para saciar con pocos panes las muchedumbres hambrientas; una bendición de su mano para sanar otra muchedumbre dolorida...

El milagro, hecho sobrenatural que reclama un poder divino, era en verdad la atmósfera natural en que alentaba Jesús.

Los milagros florecían como rosas ante los pasos del Maestro...

De milagros están llenas las páginas del Evangelio,

obrados en medio de tanta lumbre de sencillez, que es imposible negarlos, sin haber negado los ojos a la luz.

En vano la mala fe, la prevención, la crítica adocenada ha pretendido negarlos.

Basta leerlos en el texto divino para descubrir ahí los destellos divinos de la verdad... Léase, p. e., la Resurrección de Cristo—que fué al mismo tiempo profecía y milagro.

Recordamos en este momento esa afirmación gráfica del Cardenal Lavigerie: «Adoramos a un Dios a quien nadie pudo jamás encerrar en un sepulcro».

Es esta una confesión espontánea, derivada del instinto divino de la Verdad que Dios ha puesto en el alma.

Cuenta el Padre D'Herbigny que en una reunión el Ministro de Instrucción Pública de los Soviets pronunció un discurso, en el cual pretendió demostrar «científicamente» que no hay Dios, ni Cristo, ni alma, ni religión. En el fondo de la sala se levanta un anciano sacerdote ortodoxo y ruega que le permitan decir dos palabras nada más. A duras penas se lo consienten.

Sube al estrado y vuelto al público, dice con voz solemne en su idioma ruso:

«¡Hermanos, Cristo ha resucitado!»

Y todo el público (era la Pascua de 1920), se levantó movido por el impulso de la misma fe, respondiendo solemnemente: «¡En realidad, ha resucitado!»

El instinto divino de la Verdad había brotado del fondo del alma.

¡Cuántas pruebas podríamos aducir, y a cuántos particulares podríamos bajar, si eso no fuera más bien objeto de un tratado de Apologética, y no de un simple esbozo!

Tracemos, sin embargo, dos pinceladas más.

### 7. La «dictadura del entendimiento».

¿Quién jamás ha hablado como Jesús?

Las turbas se admiraban y decían:

«Nunca nadie ha hablado como éste».

«Nunca, dice Monseñor Bougaud, pensamientos más elevados han sido expresados en menos palabras; pero jamás estas palabras, pesadas y materiales por sí mismas, han sido idealizadas y transfiguradas por el pensamiento. Literalmente son ellas *espíritu* y *vida*: la menor materia posible: palabras cortas, transparentes, lúcidas, y que hacen ver el espíritu que las anima».

Cristo no discute su doctrina; la impone naturalmente con la claridad de la verdad.

«Lleno del secreto de Dios, ha dicho Bossuet, *habla naturalmente*, como que ha nacido en dicho secreto y en medio de la gloria divina».

Y en otra parte: «Las palabras de Jesús tienen una aureola divina, por su sencillez, por su profundidad y por cierta dulce autoridad con que salen de sus labios. «Ningún hombre ha hablado jamás como él», porque jamás hombre alguno ha sido como él, ni ha tenido sobre las inteligencias esa natural autoridad que pertenece a la verdad sola, y que hace que sin el menor esfuerzo y, como si dijéramos, sin erguirse, las domine suave e íntimamente».

Por esta autoridad naturalmente divina alcanzó Jesús el homenaje de todas las inteligencias, de los genios más encumbrados y de todos esos grandes investigadores del espíritu que son honra y prez del género humano.

Con razón exclama Lacordaire: «Ningún otro en la tierra alcanzó esta suprema dictadura del entendimiento. Los tiranos han oprimido el pensamiento humano, impidiéndole manifestarse; pero nunca le han gobernado, porque se escapa a todos los resortes del gobierno más entendido. Los sabios han formado escuelas, pero escuelas efímeras, de cuyas leyes han renegado sus mismos discípulos» (1).

---

(1) Conferencia 38.

Tales de Mileto no tiene discípulos fuera de Grecia.

Pitágoras no sabe fundar más que una escuela.

La voz de Demóstenes se apaga en el ágora de Atenas.

La de Cicerón en el foro de Roma.

Y la voz de Cristo, resonando en toda la amplitud del orbe, ha dominado y seguirá dominando las más altas cumbres de la inteligencia humana.

**8. La «dictadura del amor».**

La palabra del Maestro ha cautivado no sólo las inteligencias, sino también el corazón.

Pascal escribió: «Jesucristo ha querido ser amado, lo ha sido: es Dios».

Y era el gran argumento genial que usaba Napoleón para probar la divinidad de Cristo: la supervivencia del amor en las dilatadas esferas del mundo.

Y él, Napoleón, un día señor y árbitro de Europa, olvidado y aborrecido el día después de su caída.

Y ese amor fué el amor más puro de la humanidad, el latido más generoso del corazón humano; ese aliento divino que inflama al apóstol y abrasa al santo...

¡Suavísima «dictadura del amor»!

**9. Las obras claman...**

Si los hombres ingratos callaren ante tanta evidencia, «las piedras del camino clamarían». Clamaría la Iglesia, la obra fundamental de Cristo.

Ella resistió al sanguinario furor de Nerón y Domiciano, a los planes fríamente calculados de Decio, a los exterminios y proscripciones en masa durante los imperios de Galerio y Diocleciano, a las hipócritas calumnias y a los procesos legales de Juliano y Maximino...

Y ha resistido siempre, y resistirá porque tiene promesa de indefectibilidad.

Clamarían por Jesús los mártires, las vírgenes, los santos...

Recordemos a este propósito las palabras de Ernesto Psicari, oficial convertido, nieto de Renán, muerto des-

pués de una bella vida de apostolado en la guerra europea:

«Cuando veo al cristianismo que ha transformado el mundo, autor de una moral única, producir millones de mártires, vírgenes, santos... y que no tiene contra todo esto sino hipótesis... (las hipótesis de la seudo-crítica), todo eso me parece que es como si yo lanzara un puñado de arena contra las montañas del Roule. Veo, entonces, toda la grandeza de la tesis».

Sí, todo clama por la gran tesis de la divinidad de Cristo!

**10. Los ciegos.**

Mas hay por desgracia, ciegos que han negado a sus ojos tanta luz.

Pobres, que se han empeñado en negar a la frente del Maestro la aureola de la divinidad.

Cuando Luis Veuillot escribió la «Vida de Jesucristo» afirmando la Verdad, en contestación de otra que negaba la Verdad, consignó estas palabras: «En el Evangelio es donde puede verse hasta qué punto la humanidad se ha hecho por el pecado esclava de la muerte. Vémosla rechazar por instinto la salud y obstinarse en no ser salvada... Eso que llaman incredulidad científica no es más que una ignorancia trabajada, una máscara de impiedad puesta para engañar la conciencia humana y suministrar razones, por frívolas que sean, para no creer»...

«Lo que más descuella en esos doctos adversarios de Jesucristo, es la voluntad de ignorar. Más son impíos que verdaderos incrédulos»...

He aquí una de esas frases que caracterizan con un solo rasgo la malignidad de la naturaleza humana: «Es necesario que haya herejías»: *Oportet et háereses esse* (1).

Es un producto necesario de una raíz dañada.

---

(1) Ep. I a los Corintios, XI, 19.

Es necesario que haya herejes, hombres que nieguen la luz.

Ante la evidencia, cierran los ojos, y no pudiendo negar la verdad, se apartan de ella, y repiten instintivamente la confesión que los demonios hacían al ver a Jesús: «¡Hijo de Dios, vete y déjanos!»

Sí, es necesario que haya falsos discípulos y falsos hermanos... y falsos testimonios contra la Verdad.

Los hubo en todo tiempo: eso responde a ese *Oportet*...

Mas. a pesar de ello, Cristo vivirá.

Ante los escombros de todas las herejías que los siglos han acumulado, podríamos repetir esa bellísima exclamación de Tertuliano, dirigida a Marción, falsificador del Evangelio:

«¡Todavía vive el Cristo!»

Y vivirá.., y, según dijo David. «pondrá a sus enemigos por escabel de sus pies».

**11. El homenaje de un incrédulo.**

Uno de esos ciegos, ante la arrebatadora figura de Jesús, no pudo dejar de escribir:

«¡Reposa ya en tu gloria, noble fundador de la más sublime de las doctrinas: tu obra se halla concluída, tu divinidad queda fundada: tu nombre, gloria y orgullo del humano linaje, va a ser bendecido durante millones de años! ¡Lábaro de nuestras contradicciones, tú serás la bandera, en cuyo rededor se librará la más grande de las batallas, y llegarás a constituír de tal modo la piedra angular de la humanidad, que borrar tu nombre de los anales del mundo, sería conmoverle en sus cimientos! ¡Toma, pues, posesión de tu reino, sublime triunfador de la muerte; de ese reino, adonde te seguirán por la ancha vía que tú les trazaras siglos y siglos de adoradores».

**12. Un saludo al Maestro.**

Sí, «reposa en tu gloria», oh divino Conquistador!

Un día dijiste: «Si no queréis creer a mis palabras. creed a mis obras».

Tus obras fueron la más bella corona que ciñó tu frente en los campos de la Galilea, y, con el soplo de inmortalidad que tú les infundiste, han seguido siendo, a través de veinte centurias, tu corona, tu cetro, tu púrpura real y divina...

Desde los esplendores de tu gloria seguirás reinando sobre los siglos con el imperio incontrastable de un amor inmortal...

Tú lo has dicho: «Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos».

Tus palabras, que reflejan la inmutabilidad de la Verdad, nunca han fallado, y son garantía del porvenir...

Sí, reinarás, oh divino Conquistador, sobre la humanidad, una humanidad renovada con el aliento de tu palabra, reinarás en la dilatación de todos los tiempos...

Y aun en el último desmayo del mundo, «en la consumación de los siglos», tú seguirás reinando con tus escogidos en la eternidad de la gloria!...

---

## II

## EL EVANGELIO

**13. ¿Qué es el Evangelio?**

El Evangelio significa la *buena nueva.*

Un mensaje de redención que Cristo trajo a la tierra.

Un gran latido de amor divino, palpitando en el tiempo y en el espacio.

Una gran lumbre, un gran destello de luz divina, que viene a esclarecer las sombras de la humanidad.

La palabra misma de Dios, que oculta sus esplendores bajo el velo de la letra...

¿Qué más? La Verdad misma que deja las regias y luminosas mansiones de la Eternidad, y, cubierta con el ropaje de los Sermones y de las Parábolas, baja a adoctrinar «a los hijos de los hombres»...

¿Qué más? Es la gran trilogía: «el *Camino*, la *Verdad* y la *Vida*».

Eso significa y eso es el Evangelio.

**14. Aclarando...**

Para comprender mejor esto, es preciso elevarse un poco, y desde cierta altura quedar contemplando... y meditar.

En el inmenso panorama de los siglos, que se dilatan ante la vista, el Evangelio representa la más alta cumbre, y desde esta cumbre Cristo, «el Rey inmortal de los siglos» señorea todos los tiempos.

El Evangelio representa el centro de las edades.

A una ladera de la cumbre se extienden las edades del paganismo, hasta perderse en la cuna del género humano.

En la parte opuesta se dilatan los siglos cristianos, en carrera vertiginosa hacia el porvenir.

Registrad ahora la historia, la gran maestra de la vida, y meditad...

**15. Primer cuadro.**

Tracemos en síntesis el reinado del paganismo que es el reinado de la carne y de la materia.

El mundo pagano era una vasta sentina de vicios.

Cada vicio tenía su altar y sus adoradores.

No era un culto privado—el culto que rinde el hombre vicioso en las sombras de su propia vergüenza:—sino un culto público.

Trastornado estaba el concepto de la virtud, llamándose virtud al vicio, y vicio a la virtud.

Se habían relajado en la sociedad y en los individuos los lazos más sagrados.

Desplomados así los principios reguladores de la vida, la sociedad pagana vivía a merced de los apetitos de la carne y de los intereses de la materia.

La carne y la materia habían ahogado el espíritu.

Abajo la esclavitud, arriba el despotismo.

El derecho de la fuerza era la ley suprema. El fuerte oprimía el débil, el hombre a la mujer, el ciudadano libre al infeliz esclavo... y no siempre los ancianos y los niños tenían el derecho de vivir.

**16. Segundo cuadro.**

Volved ahora la mirada a la era cristiana.

Con la aparición de Cristo pasa por el mundo un soplo purificador...

Las grandes virtudes, desconocidas en la sociedad pagana, comienzan a alentar en la atmósfera.

Bajan de la Montaña las grandes palabras: «Buscad primero el reino de Dios y su Justicia»—que imponen a los hombres la fuerza del derecho, en vez del derecho de la fuerza que había hasta entonces imperado...

Y desde la cumbre, la caridad, en sus infinitas expansiones, tiende sobre las muchedumbres sus hebras de oro, y forma, con cierta cohesión divina, ese vínculo de fraternidad que hace de todas las familias humanas la *gran familia del Padre celestial.*

Asimismo, las bienaventuranzas de la montaña desplegaban sus alas de gloria sobre todos los pobres, los mansos, los afligidos, los que tienen hambre y sed de perfección...

¿Acaso no era este el primer aliento igualitario y libertador que soplaba sobre la esclava humanidad?

Y seguían las bienaventuranzas, ostentando sus divinas hermosuras, sobre los misericordiosos, los limpios, los pacíficos, los que padecen persecución por la justicia...

Conceptos éstos que no tenían sentido en la mentalidad pagana, pero que eran los primeros alientos libertadores que habrían emancipado la humanidad...

Estos y cien y cien otros conceptos que—desde la montaña o desde las playas de Tiberíades, ya en las sinagogas o ya en los caminos públicos,—vertía Jesús sobre esas muchedumbres que tenían hambre y sed de Verdad, eran los primeros gérmenes regeneradores de una podrida humanidad...

Era el primer despertar del espíritu, su primer triunfo sobre la carne y la materia...

Era el primer albor de una aurora espiritual, preludio de un día eterno; era la primera visión de un mundo sobrenatural, que se extendía más allá de los mundos visibles...

Y ante estos conceptos nuevos, ante estos nuevos principios, ante esta nueva visión ultraterrenal, los espíritus se orientaban hacia más altos destinos, y comenzaban a florecer las virtudes, a afirmarse el derecho y la justicia, a ser respetados los fueros de la conciencia; y se ennoblecía la dignidad humana, se dignificaba la mujer, y era amado por amor a Cristo, el niño, el débil, el desgraciado, «el último y el más pequeño de los hermanos»...

Iba naciendo una nueva humanidad, plasmada con el fermento del Evangelio.

Y ya van dos mil años; y ese fermento hace continuamente crecer la masa...

Esto es, la doctrina de Cristo ha renovado el mundo, y lo sigue renovando con una perpetua florescencia de santidad, a pesar de todas las pasiones humanas siempre pujantes....

Cristo no ha quitado del mundo las pasiones: sino que ha dado al espíritu el gobierno de ellas...

**17. Una observación.**

Y aun cuando, en reducidos tiempos y espacios, parece palidecer esa doctrina, es ella sin embargo que sigue invisible guiando a la humanidad, por su gran infiltración de luz en las generaciones pretéritas.

Y aun se da el caso, en sociedades escépticas, que los más bellos florecimientos del espíritu tienen su raíz profunda en el subsuelo del alma radicalmente cristiana.

**18. Comparando...**

Quien contemple con ánimo imparcial y con criterio ilustrado estos dos grandes cuadros históricos, «los dos mundos que caen a los lados de la Cruz», fácilmente comprende lo que es el Evangelio, aun sólo considerado, en síntesis rápida, en su magnífica floración social.

**19. El aspecto íntimo (1).**

Que si quisiéramos ahora contemplarlo en su sentido más íntimo, el Evangelio es para el alma que sabe comprenderlo, una gran avenida de luz...

Hemos dicho, *para el alma que sabe comprenderlo*, pues «no todos tienen ojos para ver»...

Es preciso leer el Evangelio con los ojos iluminados de la fe, según la frase de San Pablo.

Y con un corazón puro, abierto a todas las inspiraciones de lo alto...

Y hasta diríamos, con ojos que hayan llorado... El dolor es la gran experiencia de la vida. Pues dice la

(1) Véase la lección XXXII, donde hablamos de los prodigios de la gracia divina en el alma cristiana.

Escritura: «¿Qué sabe el que no ha padecido tribulaciones?»

La fe esclarece la Verdad, el corazón se sacia de ella, y la experiencia, que ha forjado el temple del alma en el yunque del dolor, asimila la verdad a la vida práctica.

**20. Por vía de ejemplo.**

Vedlo sino. Abramos el Evangelio en cualquiera de sus páginas: p. e., allá donde se leen en San Mateo (c. X) estas palabras de Jesús a sus discípulos:

«Mirad que yo os envío como ovejas en medio de los lobos; por tanto, habéis de ser prudentes como serpientes, y sencillos como palomas».

Con esta sola pincelada de luz, se ve al mundo entregado a los lobos de las pasiones, y acaso hemos sentido sus mordeduras en el corazón...

La advertencia de Cristo, unida a nuestra experiencia de la vida, nos aconseja prudencia y sencillez: dos lumbreras que han de esclarecer nuestro trato con el prójimo.

Sigamos leyendo: «Recataos, empero, de los tales hombres; pues os delatarán a los tribunales, y os azotarán en sus sinagogas»...

Es preciso haber conocido la voracidad de ciertos lobos—acuciados por la codicia, por la envidia, por la pecunia...—para darse cuenta de la perfidia de los malos discípulos...

«Recataos», dice el Evangelio.

Acaso os delatarán, os azotarán..

«Pero por eso no les tengáis miedo».

La fe hace los hombres esforzados: valientes que sólo temen a Dios.

«Lo que os digo de noche, decidlo a la luz del día»...

Afirmad vuestros principios ante todo el mundo...

He ahí como pocos versículos del Evangelio, escogidos al azar, fundan principios, esfuerzan al corazón, esclarecen las sendas obscuras... y dan el grito de alerta!

Y así, cuando sobreviene el peligro o sopla la tempestad, el discípulo de Cristo espera de pie...

Y desafía con júbilo de corazón y serenidad de mente todo el poder de las tinieblas.

Y así se explica que en las grandes pruebas los discípulos de Cristo digan con S. Pablo: *Superabundo gaudio*: rebozo de gozo (1)...

Baste recordar a Santa Isabel de Hungría, que desposeída de su corona de reina y de sus bienes. y arrojada de su casa a la ventura con sus pequeños hijos, peregrina entre las sombras de la noche, vaya a golpear a las puertas de un convento y haga cantar un *Tedeum*... en acción de gracias.

Sí, en acción de gracias. ¡El corazón de Isabel, nutrido de la savia del Evangelio, era más esforzado que todos los poderes de las tinieblas!...

Y así son los verdaderos discípulos de Cristo.

Para ellos el Evangelio es «Camino, Verdad y Vida».

### 21. La más alta escuela de filosofía.

Es para ellos el Evangelio—es preciso comprender bien este aspecto—la más alta escuela de filosofía: una filosofía divina que da con un solo rasgo las altísimas razones de las cosas.

«Todo el mundo está puesto en lo maligno», dice por ejemplo.

Después de haber conocido a fondo la naturaleza humana y el medio en que ella libremente se mueve, esto es el mundo, es fácil darse la cuenta de esta gran verdad evangélica.

Por esto el Evangelio, para los que tienen los ojos abiertos a las claridades del espíritu, es la más alta escuela.

Ahí está la última razón filosófica, la última palabra de la psicología humana.

Enseña lo que no se sabe en punto a verdades, y con-

---

(1) Ep. II a los Corintios, VII, 4.

firma con autoridad divina lo que el estudio y la experiencia alcanzó a descubrirnos.

Y todo esto interesa porque es algo que nos pertenece, que nos toca de cerca, que llega a golpear las puertas del corazón y a forzar la entrada... Es nuestra misma vida, sintetizada en una máxima, retratada en una parábola, condenada en una de esas amenazas que resuenan con ecos eternos en ciertas páginas...

Es, en cierto modo, la gran novela de nuestra vida, pero novela vivida, real y esbozada con mano divina, y eternamente actual.

¿Qué son las novelas insulsas de todos los tiempos ante estos aspectos reales, psicológicos, divinos, del santo Evangelio?

Además ¿dónde hallar las grandes verdades, religiosas y morales, que enseña ese libro divino?

Los genios del paganismo quedarían asombrados ante la gran avenida de luz que sale de sus páginas: ellos que no hicieron sino delirar, como dice San Pablo.

Esas solemnes sentencias, esas grandes verdades, esos lampos de luz que irradian sus páginas, son la más alta sabiduría.

Nadie había llegado todavia, ni de lejos, a esas cumbres del pensamiento!

¡Y cuánto contrasta este gran fondo de sabiduría divina, con esa otra pretendida sabiduría humana, que es necedad según San Pablo, esparcida entre flores y oropeles en las literaturas humanas!

¡Cuántas veces, después de haber saboreado algunas páginas de la Biblia, y en especial del Evangelio, hemos arrojado por insulsos y necios los libros del día más en boga!...

¡Qué contraste! El Evangelio es un gran fondo de verdades, solemnes, inmutables, eternas: y ciertos libros, y más aún ciertas revistas, son *la necedad de las necedades!*

**22. El Evangelio es divino.**

Digamos pues con el sabio Dupanloup: «El Evangelio es leche y lo más dulce; es pan y lo más sustancioso: conviene a los talentos más grandes y a los espíritus más humildes, a los más fuertes y a los más débiles. Y a todos los extasía, los encanta y los ilumina.

Hay en él tanta caridad, tales delicadezas, y está todo tomado de tal manera de la naturaleza, y sacado de los repliegues más profundos del corazón humano, que es un asombro. No vacilo en decir, que sólo un Dios ha podido entrar así, con semejante bondad, en los detalles más íntimos de la vida humana.

¿Qué sabio ha hecho esto? qué libro ni qué predicador habla de esta suerte? Nó, ningún predicador, ningún orador ha hecho esto. Ninguno ha penetrado tanto en la naturaleza; nosotros pensamos demasiado en nosotros mismos para llegar al fondo de tales verdades. Sólo un Dios podía olvidarse de sí mismo hasta ese punto para no pensar más que en nosotros, para hacerse entender de nosotros a tanta costa, y para esto tomó en nosotros, en nuestro hogar doméstico, todas sus comparaciones, todas sus imágenes y todo su lenguaje.

Haber adaptado, haber encerrado toda la doctrina más sublime, toda la moral más perfecta en tan pocas páginas, en esas palabras tan sencillas, tan familiares y tan luminosas, sólo el Verbo eterno podía hacerlo» (1).

**23. En suma...**

He ahí pues lo que significa y es el Evangelio.
Un mensajo divino, de amor, de paz, de fraternidad...
El principio restaurador del nuevo mundo.
El soplo libertador del espíritu humano.
La Carta magna del derecho y de la libertad.
La gran tabla de la Ley nueva.
Florecimiento de virtudes. Aroma de santidad.

(1) *Historia de N. S. J. C.*, Introducción.

Orientaciones nuevas. Destinos más altos.

Una gran avenida de luz que baja de lo alto y esclarece las conciencias.

La más alta escuela de filosofía. Esplendor de sabiduría.

Suma de verdades. «Camino, Verdad y Vida».

En fin, la Palabra del Maestro, el perfume de su aliento, el latido de su pecho...

Nos atreveríamos a añadir: Su gran corazón, henchido de amor, palpitando en medio de los hombres...

..............................................................

## III

## DE LA PALABRA DIVINA

**24. La palabra de Dios.**

Antes de acercarnos a la Montaña santa, queremos, como para preparar los ánimos a las sublimes verdades, iniciar a nuestros lectores en la comprensión del lenguaje peculiar de Dios.

Dios no habla como los hombres: su palabra es un relámpago que baja de las alturas de su Divinidad y alumbra los espacios, esclareciendo los senos más profundos de la naturaleza humana.

Su Palabra es la Verdad: es la Verdad que resuena en el tiempo...

La Verdad que sale del abismo del ser de Dios, de ese «océano de esencia» (*pélagus essentiae*) como lo llaman los místicos, y se manifiesta bajo la corteza de la letra.

Por eso decía S. Juan de la Cruz, de las palabras divinas: «Son abismos que no podemos apear».

Y San Agustín exclama en el libro de sus «Confesiones»: «¡Cuán maravillosa es, Dios mío, la profundidad de vuestras palabras! Su superficie parece sonreírnos

como a niños; pero su fondo, ¡cuán asombroso es, Señor, cuán asombroso! ¡No es posible mirar a él sin sentir el vértigo: vértigo de respeto, que hace también temblar de amor!

«Pues si esto es ya verdadero tratándose del sagrado Texto, divino sin duda, pero inanimado y perecedero en la forma, ¿cuánto más lo será respecto de esta Palabra viviente que es la substancia de la Sagrada Escritura; la substancia del Inenarrable, la substancia en sí misma divina del Verbo de Dios, Jesucristo Nuestro Señor?»

Cuando se lee la Palabra divina en la Sagrada Escritura, con «los ojos iluminados de la fe» y un corazón puro, se ve a través de ella la hermosísima Faz de Dios.

¿Acaso no responderá esto a esas palabras: «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios?»

**25. «El maná escondido».**

Santa Angela de Foligno, que vió tan hondo en los misterios divinos, escribía: «La inteligencia de la Escritura encierra tales delicias, que quien la poseyera olvidaría el mundo. Mas el que gustara la inaudita dulzura de la inteligencia evangélica, no sólo se olvidaría del mundo, sino también de sí mismo» (1).

Y, después, como escuchándose a sí misma, añadía: «Mis palabras me hacen el efecto de una nonada. ¿Qué digo? me causan horror ¡oh suprema Obscuridad! Me parecen maldiciones y blasfemias...»

«¡Silencio, silencio!» (2).

Y se sienten tantos atractivos en la contemplación de la Verdad, oculta bajo el velo de la palabra!

«La luz, dice Thomasin, no es tan amiga del ojo, como la verdad lo es del alma».

(1) *Libro de las Visiones*, p. 25.
(2) *El Libro de las Visiones*, Hello. p. 83.

«La verdad puede contrariar en nosotros muchos malos instintos; pero ella es nuestra mejor amiga.

«Esto es sobre todo cierto, tratándose de la Verdad divina que procede de Jesús, y de Jesús, que es la misma Verdad» (1).

He ahí el dulcísimo «maná escondido», a disposición de todos los hombres amigos de la Verdad.

**26. Nutrimento del alma.**

Los amantes de la Verdad deben pues alimentar el alma con tan sustancioso maná.

Escribe a este propósito el célebre Olier: «La Sagrada Escritura nutre interiormente nuestras almas, siendo como un ciborio en el cual Dios se ha querido esconder para darse a nosotros y comunicarnos sus gracias.

«Y efectivamente, en otro tiempo, según S. Paulino, había en los sagrarios dos pequeños armarios, uno al lado del otro, para guardar en el uno el Santísimo Sacramento y en el otro las Sagradas Escrituras. El uno contenía el Verbo divino velado bajo las especies sacramentales, en el silencio majestuoso de su divinidad; el otro, al Verbo divino explicándose exteriormente a nuestro modo y según nuestra manera de enunciar nuestras ideas. Pues el Verbo de Dios, o sea, lo que Dios dice en él, es incomprensible, puesto que Dios dice siempre lo que sabe, y esto es inmenso, infinito. Mas en la Escritura no leemos sino una corta sílaba de lo que el inmenso Corazón de Dios pronuncia en sí mismo; no vemos allí sino muy imperfectamente los pensamientos de Dios.

«Mientras llega, pues, el tiempo en que escuchemos esta palabra infinita, la explicación del secreto eterno de Dios, es menester que mantengamos nuestro espíritu respetuosamente atento a las palabras reveladas, y a la parte de la ciencia divina que Dios manifiesta en

---

(1) Sauvé, *La Intimidad de Dios.*

sus Escrituras, teniéndolas delante de nosotros como el Arca o el Tabernáculo donde quiere ser adorado y consultado» (1).

**27. La palabra de Jesús.**

Acerca del Evangelio en particular, de la palabra misma de Jesucristo, dos contrastes asombrosos saltan a la vista: la sublimidad y la profundidad de la doctrina, y la sencillez extraordinaria y la ausencia de artificio humano con que está expresada.

Con una sola frase, sin valerse de razonamientos, el Maestro divino toca en las más altas cumbres del pensamiento y de la vida; y eso sin alejarse de los pensamientos habituales de los hombres, ni de sus horizontes más ordinarios.

Y aunque a veces se eleva a las alturas de lo inaccesible, a esos altos vértices que coronan el mundo sobrenatural, siempre se deja contemplar por los «ojos iluminados de la fe».

Hay en el alma, criada a imagen de Dios, cierta visión natural que le permite entrever en las regiones de la verdad los vértices más elevados, aunque no los pueda precisar.

Jesús procura convencer por la evidencia y la fuerza de la verdad: nunca por la dialéctica o por un sistema que hoy llamaríamos científico.

Esto parecería un absurdo. No es la sabiduría divina como la humana: ésta es aparato y fraseología, aquélla es la idea simple y luminosa...

Aquélla es la Verdad que brilla en lo alto, como estrella solitaria, en un cielo sereno.

«Así, pues, escribe el insigne Dupanloup, en el Evangelio no se ven frases, ni el menor aparato oratorio, ni metafísica, ni estilo convenido; nada de ciencia aparente ni de trabajo, nada que anuncie al sabio, al filósofo, al doctor: sino todo lo más opuesto a toda enseñanza

---

(1) Citado por Sauvé, *La intimidad de Dios,* Elev. XXII.

de escuela, y lo más inteligible y más accesible a todos. Instruye a la muchedumbre y a ella se acomoda; a los simples propone aquellas verdades tan altas, tan profundas, que los más sublimes espíritus no llegarán nunca a alcanzar sus últimas alturas, ni sus últimas profundidades; y las dice, tan familiarmente, que los que las oyen las comprenden extasiados. Nada es más humano en la apariencia que la enseñanza del Evangelio, y sin embargo, si se reflexiona en ella, se descubre que toda la sabiduría humana ha quedado muy atrás de un solo rasgo. Es admirable estudiar en sus detalles estos procedimientos de enseñanza» (1).

**28. Admirable sencillez.**

Sigue diciendo el autor citado: «Todos los objetos familiares a los humildes habitantes de las pequeñas aldeas y de los campos de la Judea, y a los pescadores del lago de Genesaret, es lo que se encuentra constante y únicamente en los labios de Jesús. En una palabra, el hombre, siempre el hombre, la vida, y todas las cosas más ordinarias y todos los acontecimientos más comunes de la vida, es lo que rueda en el círculo de su pensamiento.

Así, por ejemplo, ¿qué ha olvidado de la vida de campo? Habla del labrador y de su campo, de las diferentes especies de terrenos, de las mieses, de las yerbas y de la paja, del estiércol, del grano bueno y malo. La tierra buena y la mala, la que es dura y pedregosa, la que es ligera e infecunda; los enemigos que amenazan el campo, tales como el abrojo y la cizaña; eso es lo que le sirve para ofrecer a las almas las lecciones más dulces y penetrantes.

Nombra los árboles, sus frutos y sus hojas: en el Evangelio se encuentra la higuera buena y la estéril, el sicomoro, la caña agitada por el viento en el desierto, el lirio, la vid y el grano de mostaza.

---

(1) *Historia de N. S. J. C.*, Introducción.

Nombra los animales que están en contacto diario con el hombre, los bueyes, los camellos, los asnos, los lobos y las raposas, los pajarillos y las águilas, las palomas y las serpientes: los cuervos, los gusanillos y los mosquitos, los escorpiones, y, sobre todo, las ovejas, los corderos y el pastor; la gallina y sus polluelos.

Los cerdos en la parábola del hijo pródigo, los perros en la historia de Lázaro, los pájaros en el discurso de la Providencia, son imágenes de una vivacidad sorprendente.

Habla como un hombre del campo, de las señales del tiempo, del viento y de las estaciones, de la salida y puesta del sol; de la lluvia, de los ríos y de los torrentes, del mar y de los lagos; habla de las yemas de los árboles, de los ramos tiernos al aproximarse el estío, del relámpago que brilla de Oriente a Occidente; de las nubes que vienen del Poniente, de la borrasca, del trueno, de la noche, de las lámparas, de las estrellas; habla de las redes y de la pesca, de la barca y del pescado; de los huevos y de los guijarros, de la arena movediza y de la tierra firme; no hay una sola de esas cosas que Jesús no recuerde para interesar, encantar, elevar y tocar los espíritus y los corazones de los que escuchan.

Habla, sobre todo, del padre de familia, del mayordomo o administrador y de las cuentas que debe dar, de los amos y de los servidores, de los trabajadores y de su salario; de los criados y de sus gajes, de los leñadores, de su azada y de su arado, de su hacha y de su podadera; de los caminos y de los senderos que se deben seguir o evitar, de la puerta ancha y de la estrecha.

He aquí, repito, todo el orden de ideas en que se mueve la enseñanza de Jesucristo. Y sin embargo, bajo esta forma tan sencilla, con el auxilio de todos esos objetos conocidos de los más iliteratos, del pueblo, de la muchedumbre, ¡cuántas verdades propaga Jesús acerca

de Dios, del alma, de la ley y del fin de la vida, sobre la vida eterna y el reino de los cielos!

Porque es digno de notarse, que aunque tan humano y terrenal en todos sus discursos, no habla en ellos más que del cielo y de lo que a él nos conduce. Bajo las imágenes más vulgares tomadas de las cosas de la vida presente, siempre trata de la vida futura: todo en su palabra parece que se refiere a la tierra, y todo en ella viene del cielo y al cielo se dirige.

**29. El método divino.**

«Tal es el método evangélico y el procedimiento empleado constantemente por nuestro Señor. Nada es más opuesto, lo repito, a los métodos científicos y a los procedimientos humanos. Ningún hombre enseñó jamás de esa suerte. Léase a Zoroastro, Platón y Confucio: nada en sus libros se asemeja a esto. El espíritu del hombre brilla en ellos y se manifiesta a través de más o menos sombras. Pero no tienen la sencillez profunda, el arrebatador buen sentido, el carácter popular y humano del Evangelio. Lo repito, el Evangelio es único en la tierra.

¿Y por qué ha sido así? ¿por qué el Verbo eterno, que podía tronar, deslumbrar, abatir el espíritu humano, adoptó ese método de sencillez familiar y encerró la más alta doctrina y la moral más perfecta bajo el lenguaje más humilde y las imágenes más sencillas tomadas de los detalles más vulgares de la vida humana?

Por su bondad y condescendencia divinas; porque no vino al mundo a enseñar a los grandes talentos solamente, sino también a los pequeños; es decir, a las muchedumbres, y por eso atemperaba la luz divina al alcance común de la humanidad; y no hace de la salvación una cuestión de arte y de ciencia, es decir, de privilegio y de excepción, sino de buen sentido, porque el buen sentido ha sido distribuído a todos, así como el reino de los cielos para todos está preparado.

Esta divina economía cuya ternura y misericordia conocía, le conmovió un día tan profundamente, que sacó del fondo de sus entrañas uno de aquellos acentos en que el amor infinito que encerraba su corazón estalla y se revela: «Yo te doy gracias ¡oh Padre mío! por haber revelado esas cosas a los pequeños, a los ignorantes, a las muchedumbres, y por haberlas ocultado a los soberbios! ¡Así lo quisieron tu divina sabiduría y tu divina bondad!»

## LECCION I

### ALGUNOS PRELIMINARES

**30. Lecciones sacras.**

Entremos ya en argumento, y comencemos nuestras *Lecciones sacras.*

Con el nombre de «Lecciones sacras» se entiende «un género de predicación tradicional en la Iglesia, que consiste en explicar las divinas Escrituras, no ya fragmentariamente, escogiendo hoy un lema y mañana otro, sin relación con el anterior y agrupando diversos testimonios bíblicos en torno de una materia, sino explicando *seguidamente, sin interrupción* el sagrado texto» (1).

Excusado es que nos detengamos a encarecer la necesidad y utilidad de tales lecciones en estos tiempos en que todo se lee, menos la palabra de la Sabiduría divina.

De ello se dará cuenta el lector que alcanzare hasta la última página del presente libro.

**31. Evangelio de San Mateo.**

Escogemos para estas Lecciones el Evangelio de San Mateo, y particularmente los tres capítulos (V, VI y VII) que abrazan el Sermón de la Montaña.

---

(1) V. «Hechos de los Apóstoles en Lecciones sacras», por el P. Florent. Ogara, S. J., t. I (Bilbao 1919).

Cuando San Mateo fué llamado por Jesús, ejercía en Cafarnaum el oficio de publicano o cobrador de impuestos.

Díjole Jesús: «Sígueme».

«Y él, levantándose luego, le siguió».

Con estas sencillas palabras refiere él la historia de su conversión.

Después de Pentecostés predicó la buena nueva en Palestina durante algún tiempo, y al dispersarse los apóstoles, se fué a evangelizar la Etiopía, la Arabia, la Persia y la Macedonia, hasta que terminó su gloriosa carrera alcanzando la palma del martirio.

Muchos Santos Padres y comentaristas católicos afirman que San Mateo compuso su Evangelio antes que los otros tres evangelistas, y añaden que lo compuso antes de abandonar Palestina, para consagrarse a la conversión de los paganos; o sea entre los años 41 y 48 de nuestra era.

El fin especial que se propuso el apóstol no fué propiamente el de componer una biografía de Jesús con un resumen completo de su predicación, sino más bien el de demostrar su carácter mesiánico, trayendo como consecuencia la necesidad de vivir como cristianos.

Para ello agrupó los discursos y los hechos que servían para su tesis, poniendo particularmente en relieve todas las prerrogativas que descollaban en Jesús y que los profetas habían atribuído al Mesías, y haciendo especialmente resaltar la concordancia de las profecías con la historia de Jesús.

La idea central que campea en este Evangelio es el *reino de Dios*, en el sentido que más adelante explicaremos.

Unánimemente afirman los escritores antiguos que S. Mateo escribió su Evangelio en hebreo, o hablando con más propiedad, en arameo o siro-caldaico, que era el idioma que se hablaba en Palestina después del cautiverio de Babilonia.

El texto primitivo se perdió muy pronto: la traduc-

ción griega, que es excelente bajo todos conceptos, se remonta a la más remota antigüedad cristiana, por más que se ignora su autor, como nota S. Jerónimo (1).

**32. Las circunstancias del Sermón.**

Para la mejor comprensión del Sermón, es bueno conocer ciertas circunstancias, que ponen como de actualidad ese «momento histórico» en que Jesús promulgara solemnemente ante la muchedumbre la Ley nueva.

Según los comentadores, la tradición señala como la Montaña de las Bienaventuranzas una altura situada al oeste de Cafarnaum, llamada *Los cuernos de Hattin*, porque su cima está formada por una cresta con dos montículos truncados, entre los cuales se abre una pequeña hendidura que presenta el aspecto de un anfiteatro.

El Salvador estaría sentado en el montículo oriental, mientras que el pueblo ocupaba la pequeña planicie que se extiende entre los dos montículos. Desde allí se disfruta la hermosa perspectiva de la florida meseta de Zabalón y de la costa del mar con sus montañas, coronadas de castillos y pueblos.

El auditorio era inmenso, compuesto, además de los apóstoles y de los discípulos, de una innumerable muchedumbre de galileos, de habitantes del lado oriental del Jordán, de las diez ciudades de Judea, o decápolis, y de Jerusalén. Había, pues, allí judíos de todas las escuelas, opiniones y partidos, y paganos de Tiro y Sidón.

En medio de esta muchedumbre, en un lugar preeminente, hallábase el Salvador, quien con la dignidad de un profeta y de un legislador, al par que con suavísima dulzura, empezó a promulgar la nueva ley.

Puédese juzgar el efecto que haría la palabra del Maestro divino, tan solemne, tan nueva y alumbradora, lanzada ante tan espléndida perspectiva en medio de una muchedumbre silenciosa y sedienta de luz.

---

1) *De vir. illustr.* 3.

**33. Acerca del reino de Dios.**

En cuanto a la palabra *reino*, tantas veces pronunciada por Jesús, notemos que San Mateo y San Lucas nombran más de cincuenta veces el *reino de Dios*.

San Mateo usa también mucho el *reino de los cielos*, como se lee en el texto de las Bienaventuranzas. Esta expresión había sido ya usada por el Precursor del Señor para anunciar el advenimiento del Mesías.

Los Hebreos usaban la misma expresión para indicar la obra del Mesías, o sea la renovación política y religiosa que habría cumplido (1).

La aplicación que dió al concepto el Salvador divino, ora se refiere al reino de los justos en el cielo, y entonces es sinónimo de *vida eterna;* y ora se refiere a un tiempo presente o futuro y a un reino espiritual e interior.

De lo dicho fácilmente se infiere que tal reino comprende dos fases: una terrenal, espiritual y moral, que ha comenzado con la Incarnación y durará hasta el fin del mundo; la otra, gloriosa, definitiva que, comenzando al fin del mundo, se perpetuará por toda la eternidad.

En cuanto a la primera fase, tal reino tendrá su manifestación visible aquí en la tierra en la Iglesia—*esa pequeña grey* que decía Jesucristo, destinada a cubrir la faz del mundo.

La Iglesia es el reino visible de Jesús; es como su expansión en el tiempo y en el espacio.

Es como una dilatación de la humanidad de Cristo, dice S. Atanasio.

Es el complemento de su cuerpo, dice S. Pablo (2).

---

(1) El *reino de Cristo* o simplemente el *reino* por antonomasia (en griego *Basileia*) parecen usarse indistintamente casi en el mismo sentido. De todos modos, los términos (*coelorum—Dei:* reino *de los cielos—de Dios*) señalaban el origen verdaderamente celestial del reino.

(2) Epíst. a los Efesios I, 23.

Y explica un autor: «La jerarquía, los sacramentos, la predicación, las fatigas, lágrimas y sangre de los Santos; en resumen, la vida entera de la Iglesia y del mundo todo, no se enderezan a otro fin sino a realizar ese «complemento», dilatar como Dios lo quiere, esa humanidad sacratísima»...

A este reino son invitados a participar todos los hombres sin excepción. Sus tiendas son bastante amplias para cobijar a todos los mortales.

Y este es el deseo del Salvador del mundo, que ha rescatado a los mortales al precio de su sangre.

En cuanto a la segunda fase, tal reino tendrá su consumación en la bienaventuranza eternal.

Jesús solía representar este reino bajo las imágenes más familiares de la vida: «El reino de los cielos es semejante a un campo, y el hombre que conoce su precio, vende todo lo que tiene y lo compra».

O bajo esta figura: «El reino de los cielos es una perla preciosa que es menester comprar a cualquier precio».

De la misma manera proponía a los humildes pescadores la alta y profunda doctrina de la retribución a cada uno según sus obras, bajo la imagen vulgar de las redes y de los pescados. «El reino de los cielos es semejante a una red que un pescador echa al mar, lo recoge todo, los peces malos y los buenos, pero después hace la cuenta, y elige los buenos y arroja los malos».

¡Qué cosa más exacta, qué cosa más comprensible al buen sentido popular! Es que las puertas del reino debían estar abiertas aun para los más sencillos.

¡Oh, Jesús! «Venga, pues, a nos el tu reino»!

Y cubra con su sombra toda la tierra.

---

# LECCION II

## PLAN GENERAL DEL SERMON

### 34. Carácter general del Sermón.

Para la debida orientación, claridad y orden, demos ante todo una mirada sintética al Sermón de la Montaña.

En cuanto a la sustancia, el Sermón es considerado como el estatuto del reino mesiánico. Es como la *promulgación solemne de la nueva Ley*, como fueron las tablas del Sinaí la promulgación solemne de la Ley antigua.

El Sermón no contiene toda la doctrina del Cristianismo, que debía ser más ampliamente explanada por el Maestro divino en sus admirables parábolas y enseñanzas; mas abraza cierto número de verdades dogmáticas y tan importantes enseñanzas, que es por ello el *capítulo más fundamental de la Ley nueva*.

### 35. Las bienaventuranzas. (V, 1-12).

Las ocho bienaventuranzas abren el Sermón.

Ellas nos aparecen como una magnífica portada de un templo, en cuyo frontispicio brillan, grabadas con caracteres luminosos, ocho condiciones para entrar en el santuario...

Las *ocho bienaventuranzas* son en verdad *ocho condiciones* para entrar en el reino de los cielos.

Los bienaventurados son los *miembros de este reino*.

### 36. La misión de los miembros del reino. (V, 13-16).

Ahora bien, las miembros de este reino, y especialmente sus ministros, deben ser *sal de la tierra* por la incorruptibilidad de sus costumbres, y *luz del mundo* por el esplendor de sus doctrinas y la irradiación de su ejemplo.

**37. La Ley antigua y la nueva.** (V, 17-20).

Puesto lo anterior como base fundamental, Jesús entra a explicar el *alcance de la Ley nueva*, que es el complemento de la antigua; encarece la *necesidad de observarla*, y manifiesta claramente a sus discípulos que les exige *justicia más llena y más perfecta* que la de los escribas y fariseos.

**38. Aplicación del principio general a seis casos especiales.** (V, 21-48).

Después de haber sentado el *principio general* anterior, Jesús aplícalo a *seis casos* especiales.

En primer lugar, al *homicidio*. Hace ver la gran diferencia entre la Ley antigua y la nueva.

Encarece el precepto de la caridad y el deber de la reconciliación.

Pasa después a hablar del *adulterio* y de la *concupiscencia*, recalcando las diferencias entre la Ley antigua y la nueva, y presentando la doctrina bajo los nuevos aspectos.

En seguida, siguiendo el mismo método, habla del *divorcio*, del *juramento*, de la *ley del talión*, del *amor a los enemigos*.

Y pone la *regla suprema de la perfección* en ser perfectos como Dios, refiriéndose especialmente a la caridad para con el prójimo.

**39. Pureza de intención.** (VI, 1-18).

Jesús sienta un *principio general:* que no basta interpretar la Ley con mayor exactitud que los fariseos, sino que es menester observarla mejor, con *pureza de intención.*

Aplica después este principio a las tres obras principales de la piedad judaica: la *limosna*, la *oración* y el *ayuno.*

Al hablar de la oración, enseña el *Padrenuestro.*

**40. Los bienes terrenales.** (VI, 19-34).

Acerca de los *bienes terrenales* Jesús enseña que los verdaderos miembros del reino han de atesorar más bien *tesoros en el cielo*, donde no hay ni orín ni polilla que los consuma...

Añade que si la intención del ánimo, que es la luz que debe dirigir las acciones, se mancha con el *apetito de las cosas terrenas*, toda la obra quedará manchada.

Habla de la *imposibilidad de servir a dos dueños:* a Dios y a las riquezas.

Y se explaya en un magnífico discurso sobre la *Providencia divina.*

«Buscad, dice, ante todo el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura».

**41. Relaciones con el prójimo.** (VII, 1-6,12).

Los miembros del reino deben tratar a su prójimo con benevolencia, aun en sus *juicios.*

Y *hacer a los demás* lo que quisieran que los demás hiciesen con ellos.

Deben administrar, especialmente los ministros, *con toda prudencia las cosas santas.*

**42. Eficacia de la oración.** (VII, 7-11).

Los miembros del reino han de tener confianza en el Padre celestial, mucho más generoso que los padres terrenales.

Y han de pedir con perseverancia:

«Pedid, y se os dará: buscad, y hallaréis: llamad, y os abrirán».

**43. Obstáculos a la práctica de la virtud.** (VII, 13-23).

Jesús vuelve a su auditorio hacia el punto de partida. No se entra en el reino (de los cielos), sino por el *camino del sacrificio.*

«El camino espacioso conduce a la perdición».

Por él andan muchos *falsos profetas*, quienes se darán a conocer por sus obras.

Guardaos de éstos, dice Jesús, a sus discípulos, y de vuestras propias *ilusiones* y *presunciones*.

Pues para entrar en el reino, será preciso *haber vivido*, en obras, *el cristianismo*.

**44. Conclusión.** (VII, 24-29).

Jesús concluye su Sermón exhortando a los oyentes a escuchar sus palabras y a practicarlas.

Pues quien así lo hiciere, «será semejante a un hombre cuerdo que fundó su casa sobre piedra»...

«Y los pueblos que le oían no acababan de admirar su doctrina».

He aquí la admirable síntesis del Sermón de la Montaña.

Es bueno tenerla presente, al leer los comentarios, para no perder de vista las líneas dominantes de tan divina construcción.

---

# LECCION III

## LAS BIENAVENTURANZAS

### *PRIMERA BIENAVENTURANZA: «BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU...»*

**45. Las Bienaventuranzas.**

Había sonado en el mundo la hora de la redención. Jesús iba a proclamar la gran nueva desde la cumbre de la Montaña.

Ante la más hermosa perspectiva de la naturaleza, bajo el clarísimo pabellón del cielo de Palestina, en presencia de un gentío inmenso que había acudido como instintivamente a la cita suprema, Jesús se levanta en la hermosa apostura de su gallarda persona, rodeado de un halo de mansedumbre, y abre la boca...

Un estremecimiento de gozo debió de agitar el alma de la muchedumbre....

Y especialmente cuando, como su primera salutación a las gentes, pronunció las divinas Bienaventuranzas, desplegando toda la pompa del reino de los cielos ante los ojos deslumbrados de esa multitud...

Fué ese momento el *fiat lux*, el «¡hágase la luz!» que alumbró al mundo moral hasta entonces sumido en el caos y en las tinieblas.

Mas como preludio de la luz iluminadora, leamos con recogimiento el principio del sermón:

1. «Viendo, pues, Jesús a todo aquel gentío, se subió a un monte, donde habiéndose sentado, se le acercaron sus discípulos.

2. Y abriendo su boca, los adoctrinaba diciendo:

3. Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

4. Bienaventurados los mansos *y humildes*, (1) porque ellos poseerán la tierra.

5. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

6. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

7. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

8. Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán a Dios.

9. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

10. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

11. Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros.

12. Alegraos *entonces* y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos: del mismo modo persiguieron a los profetas que ha habido antes de vosotros».

No cabe hacer por el momento comentarios a esta magnífica página: los haremos hablando de cada bienaventuranza en particular.

Mientras tanto guardemos estas palabras luminosas en el fondo del corazón.

**46. Algunas observaciones.**

En San Mateo se encuentran *ocho* bienaventuranzas, aunque la palabra *bienaventurados* es repetida *nueve* veces; mas hay que notar que los versículos 10, 11 y 12, en que se lee dos veces esa palabra, tienen el mismo objeto.

En San Lucas leemos sólo cuatro bienaventuranzas, supliendo las otras las cuatro siguientes maldiciones opuestas.

---

(1) Lo cursivo del texto es una aclaración de la letra, según la traducción de Torres Amat, cuya versión seguimos.

Cada bienaventuranza comprende dos partes: la primera expresa un rasgo especial que ha de caracterizar a los verdaderos discípulos de Cristo; y la segunda una promesa de bienaventuranza.

En cuanto a la bienaventuranza prometida, ella significa un estado de felicidad, que tendrá su cumplimiento, especialmente en la otra vida.

Pasemos ya a comentar brevemente la primera bienaventuranza.

**47. Primera bienaventuranza.**

*Bienaventurados los pobres de espíritu...*

La primera lección del Maestro divino es un gran soplo libertador lanzado sobre las muchedumbres.

A eso venía el Salvador del mundo: a libertar las almas, a romper sus cadenas, a proclamar solemnemente el reinado del espíritu....

Hasta entonces el paganismo había proclamado el triunfo de la materia, aprisionando las almas con cadenas de fierro a los bienes materiales y sepultando al espíritu en la podredumbre de la carne.

Así debía ser, pues faltaban al paganismo los horizontes sobrenaturales—que son los dominios propios del espíritu....

En la plenitud de los tiempos llega Jesucristo, y rasga los velos, y ensancha las fronteras, y descubre otros horizontes... y habla de resurrección y de vida.

Me figuro la estupefacción de la muchedumbre cuando por primera vez en el mundo escucha sobrecogida: *Bienaventurados los pobres de espíritu...*

Un fresco soplo de primavera debió agitar a todos los oyentes y como cubrir de rosas el espinoso camino de la pobreza...

La pobreza, ante los ojos de la muchedumbre, en ese momento se engalanaba de rosas, se cubría de púrpura, y aureolada con promesas de bienaventuranza se encaminaba a la posesión de su reino, según aquellas palabras:

«Porque de ellos (de los pobres de espíritu) es el reino de los cielos».

**48. Explicando los términos.**

Aquí es preciso notar el significado y alcance de esas palabras: *Pobres de espíritu.*

No se habla aquí, por cierto, de los pobres de inteligencia, o sea de los mentecatos. El talento es un don apreciable, es una huella luminosa de la lumbre divina; y cuando es puesto al servicio de la Verdad, merece recompensas eternas.

Ni se habla aquí tampoco de pobreza material, es decir de la carencia de los bienes de fortuna.

La materia, en el concepto cristiano, es el elemento inerte, pasivo, que debe ser fecundado por ese otro elemento vital y activo que llamamos el espíritu.

El espíritu es el alma del cristianismo, en oposición a la materia que es el alma del paganismo.

Mientras el paganismo aprisionaba el espíritu dentro de los horizontes humanos y materiales, el cristianismo ha venido a proclamar por boca de su divino Fundador, la libertad, la vitalidad, la soberanía del espíritu humano...

Todo el Sermón de la Montaña, como iremos viendo, es como la proclamación de los derechos del espíritu sobre la materia.

La pobreza de espíritu de que habla aquí Jesús es el desasimiento de la materia, el desprendimiento de los bienes materiales, el desapego de las riquezas...

Como veis, la primera palabra del Sermón, es un gran soplo libertador.

Con esas palabras Jesús rompe el cepo de la materia, y lanza sobre el espíritu el primer aliento de libertad.

Como si se repitiera en el orden moral, la escena de la creación del primer hombre:

Dios inspirando en un trozo de barro, materia al fin, *ánimam vivéntem*, un espíritu viviente...

Como si Jesús, en su primera salutación a la muchedumbre, le dijera:

No ahoguéis el espíritu en medio de la materia... Sus dominios son más vastos... Ha nacido para sojuzgar la materia, dominarla, plasmarla a su antojo, ponerla por escabel de sus pies... y espaciarse sobre ella, batiendo las alas en la amplitud del espacio...

Al escuchar tales palabras, nos parece que el alma de las muchedumbres, tan abierta a las divinas sugestiones de la Verdad, debía de desprenderse de los cuerpos miserables (materia, al fin), y como si le naciese las alas, ensayar el primer vuelo del espíritu...

¡Oh! sin duda, eso debían de experimentar...

No se leen estas palabras ni se meditan estos conceptos, sin sentir que el cuerpo se nos aligera... y que come se nos va a lo alto tras el alma...

Se diría que el hombre ha nacido para cernerse en las alturas.

¿Como no recordar aquí a San Vicente de Paúl? Este varón, que la Providencia parecía haber escogido como su tesorero, para saciar a provincias enteras durante las guerras de la Fronda, fué uno de los hombres más pobres y más libres del mundo.

Rehusaba para sí cualquier ofrenda, y decía que «prefería ver a los suyos con azadón en mano que beneficiados».

Es que tales hombres no atan su espíritu a las riquezas, antes bien lo desligan de todo lo material para que pueda remontarse más ligeramente y señorear «el reino del mundo».

**49. La herencia prometida.**

*Porque de ellos* (de los pobres), *es el reino de los cielos.*

Nos parece que Jesús siguiera diciendo a la muchedumbre, aunque no fuera sino con la majestad de su figura y la elevación de su mirada:

Los dominios del espíritu son más vastos .. contemplad...

Un magnífico gesto del Maestro señalaría la amplitud de los horizontes. Y el alma del pueblo, se asomaría temblorosa de emoción, a la ventana de los ojos, anhelosa de contemplar los nuevos horizontes del espíritu...Era un mundo nuevo que surgía de entre las sombras del paganismo.

Como si Jesús siguiera diciendo:

Todo esto es vuestro... desligaos de la materia en un arranque poderoso, y tomad posesión de estos vastos dominios que os pertenecen por derecho de soberanía espiritual... Y aun más allá de estos horizontes que la azulada luz limita, se extienden vuestros dominios... más allá de las celestes esferas se explaya un reino inundado de luz que es la herencia de los pobres de espíritu.

El asombro no debía de caber en el pecho de la muchedumbre.

El Maestro divino trocaba, de arriba abajo, el orden de las cosas.

El oro bajaba de su altar e iba a confundirse con la escoria; y la pobreza honrada subía, cubierta de púrpura, hasta sentarse en un trono...

La fuerza de la materia cedía a la fuerza del espíritu..

Y mientras la carne iba a cubrir su desnudez en las sombras de la noche, se encendían en el cielo los grandes Ideales del alma...

¡El hombre ha nacido para cosas altas, para los bienes imperecederos y eternos!

---

# LECCION IV

## SEGUNDA BIENAVENTURANZA

## *«BIENAVENTURADOS LOS MANSOS Y HUMILDES»...*

**50. Motivos de humildad.**

Cuando el alma se ha desasido de las trabas terrenales, despliega fácilmente su vuelo hacia las alturas...

Y se vuelve más apta para las amplias visiones del espíritu.

Contemplando desde las cumbres el vastísimo panorama del mundo, ve la pequeñez y la poquedad del hombre...

Le ve como una hormiguilla casi imperceptible, que se mueve en un punto del universo, mientras se ensanchan ante sus ojos asombrados las playas de lo infinito...

Le ve a este hombrecillo cubierto de la lepra del pecado y zarandeado por una legión de pasiones impuras, le ve pasar sobre este planeta en el término de pocas horas, las que median entre la cuna y el sepulcro, cual efímera flor humana, mientras sobre su cabeza ruedan los siglos y abre la eternidad sus senos insondables...

Por otra parte, ve en la danza secular de los astros, en el amplio pabellón de los cielos, en la magnífica máquina del mundo, ve un estupendo despliegue de la gloria de Dios....

Y llega a convencerse que todo acto de orgullo—que es la verdadera lujuria del alma—es una especie de pecado contra la naturaleza, es un necio desafío al Todopoderoso y un insulto a la razón humana...

Bien se concibe que Dios castigara el primer acto de orgullo en Lucifer, la más bella de sus criaturas, arro-

jándole desde la más alta cumbre, por una sentencia condenatoria inapelable, a los abismos infernales...... Ante la magnitud de la ofensa el tiempo detiene su marcha... y la sentencia se cumple, irremisiblemente, en el seno de la eternidad.

Contempladas las cosas en su aspecto verdadero, se comprende lo aborrecibles que son el orgullo y esas otras pasiones que son hijas del orgullo.

**51. La locura del orgullo.**

Contemplemos un aspecto más del orgullo.

El orgullo, como Lucifer, anhela encumbrarse...

*Consćendam!*—he ahí su consigna registrada en la Biblia desde hace cerca de cuatro mil años.

«Escalaré las gradas del Altísimo:» *conscéndam!*

Y cada mañana se repite a sí mismo la consigna, anheloso y jadeante, en nueva arremetida para escalar las alturas— del poder, de la riqueza, de la fama, de la gloria...

El sol del mediodía le abrasa la frente, ya caldeada con los sueños de la ambición; y las zarzas del camino le desgarran las vestiduras... No importa.

El orgullo en su loco desvarío sigue trepando, hollando todo lo divino y humano, y arrojando a la cumbre su fatídica consigna: *conscéndam!*

El sol del ocaso alumbra una nueva derrota... y el crepúsculo de la tarde se apresura a amortajar con sus sombras el sueño fenecido del loco orgullo...

Mas la pasión no muere... y sigue alentando...Rotas las alas de la ambición, ellas renacen eternamente.

La aurora de un nuevo día esparce nuevas y frescas rosas en el camino del orgullo.

Y resuena en la amplitud del espacio la vieja consigna: *conscéndam!*

..................................................................................

Pues bien, demos que el orgullo, entre mil fracasos alcance un éxito...

Allí le tenéis: ha llegado a la cumbre lacerado, desharrapado, sanguinolento...

¡Cuánto cuestan los triunfos de una pasión!

Allí le tenéis, sentado en el más alto trono del poder, con el cetro del mando en la mano.

La ambición—esa diosa alada que arrastra a lo alto —le cubre con sus alas.

Y al pie del trono monta la guardia el despotismo—legítimo engendro del orgullo coronado.

El orgullo coronado es violencia, maldad, dureza de corazón, abuso de poder...

Y estó provoca en la naturaleza humana, en los gobernados y dependientes, reacciones tremendas.

Y comienzan las angustias, siguen las decepciones y llega, por último, una inesperada caída... en las sombras del olvido.

De tal modo que bien se podría decir, a la inversa de las bienaventuranzas:

Malaventurados los orgullosos, porque de ellos es el reino de las angustias, de las decepciones y del olvido.

**52. «Bienaventurados los mansos y humildes»...**

A este punto volvamos la vista al Sermón de la Montaña.

Y escuchemos como baja de lo alto, envuelta en la apacible luz de la tarde, en la quietud solemne de la hora, esa divina bienaventuranza:

*Bienaventurados los mansos y humildes de corazón...*

Hasta entonces habían sido considerado bienaventurados los poderosos del mundo: y de pronto se cambia la escena ante la muchedumbre atónita...

Los labios divinos, vertiendo dulzuras, pronuncian ante la majestad del cielo palabras que han de trocar en la prolongación de los tiempos el concepto de las cosas...

¡Magnífica revolución espiritual!

Lo de arriba, como el orgullo prepotente, se derrum-

ba con estrépito; y lo de abajo, como la mansedumbre y la humildad, se eleva sobre las alas de la gloria...

Veinte siglos conjurados—azuzados por todas las pasiones humanas—no han podido cambiar este nuevo estado de cosas...

El orgullo impotente rugirá, como Lucifer, rechinando los dientes, en el fondo del abismo adonde lo lanzara la maldición divina...

Y si pretende elevarse, y escalar de nuevo las alturas, le derribará de nuevo esa sentencia divina, digno comentario de esta bienaventuranza:

«Quien se humilla será ensalzado, y quien se ensalza será humillado» (1).

Pues bien, *bienaventurados los mansos y humildes*...

Es decir, bienaventurados esos discípulos que, penetrados de su nada, se humillan y abisman ante la majestad divina.

Así como los ángeles, que adoran la Majestad cubriéndose el rostro con sus alas.

Hemos dicho *se humillan*: palabra que indica etimológicamente *(humus*, tierra), postrarse por tierra, o estarse el alma de rodillas, profundamente anonadada, ante la majestad divina.

Sin esta concepción humilde de sí mismo, el discípulo de Cristo no puede ser un miembro del «reino de Dios».

Y eso hace ver como la humildad ha de nacer *del corazón.*

Basta tener algún conocimiento de la vida espiritual, para comprender que la humildad es una condición necesaria de la gracia, es el receptáculo propio de los dones de Dios, y la única atmósfera respirable de toda vida sobrenatural.

Por esto se encarece tanto en el Evangelio. Recuérdese la parábola del fariseo y del publicano.

---

(1) San Mateo, XXIII, 12.

**53. Un aspecto luminoso de la humildad.**

No hay que creer que esto de humillarse rebaje al hombre hasta cegarle acerca de los bienes que el Creador ha puesto en la humana creatura.

No, la virtud jamás ciega; antes bien, ilumina con luz divina, y en su faz verdadera, todos los aspectos del alma humana.

Acontece pues que el cristiano, dotado con dones especialísimos de gracia y de naturaleza, hace refluír hacia Dios, el Supremo Dador, la fuente de esos dones, acordándose de las palabras de Isaías (X, 15): «¿Por ventura se gloriará la segur contra el que corta con ella?»

S. Pablo en sus Epístolas explica claramente este aspecto capital y luminoso de la humildad.

Y mientras se declara, por la parte de sus miserias, el más pequeño de los apóstoles, se gloría, por la parte que corresponde a Dios, de haber subido, en las elevaciones de la gracia, hasta el «tercer cielo».

El humilde, ceñido con el lauro de una legítima gloria humana, imitará a esos veinticuatro ancianos de la Jerusalén celestial, según cuenta el Evangelista de Patmos, los cuales, entre nubes de incienso, se postraban y depositaban sus coronas a los pies del trono del Altísimo.

De este modo la humildad viene a ser el triunfo de Dios sobre la flaqueza del hombre.

El triunfo de la omnipotencia divina sobre la nada humana.

**54. «Bienaventurados los mansos»...**

Lo que hemos dicho de la humildad, podemos extenderlo a la mansedumbre.

Esta es la misma humildad en su aspecto elevado, tranquilo y sereno.

Es el bálsamo de la humildad que, rebosando del corazón, se derrama por toda la persona, y la llena de fragancias.

La mansedumbre, cuando pertenece a la regia estirpe de la virtud, es la más alta cumbre del alma humana: esa cumbre elevada, por encima de todas las tempestades morales, en profunda y perpetua calma.

Recordemos la recomendación del Eclesiástico (III, 19, 27):

«Hijo, haz tus cosas con mansedumbre, y sobre ser alabado, serás amado de los hombres».

Y esa otra grave advertencia:

«El corazón duro lo pasará mal al fin de la vida».

Como no fué clemente con los hombres, no hallará clemencia ante el trono del Juez Supremo.

**55. La promesa eterna.**

*Bienaventurados... porque ellos poseerán la tierra.*

Además de la interpretación común, que explica la palabra *tierra* por la *tierra de los vivientes*, como es a veces llamado el cielo en la Sagrada Escritura, podría entenderse también el dominio que alcanzan aún en esta tierra los hombres mansos.

Cuando la mansedumbre es, como dijimos, la interior elevación del alma que se espacia en la serenidad de las alturas, los mansos llegan a ser los verdaderos conquistadores de los hombres...

Ved al mansísimo Francisco de Asís, el tipo del perfecto discípulo de Cristo, vedle conquistando los dilatados espacios del tiempo, y esos más dilatados aún que son los espacios del amor...

Estos son los hombres que debieran caminar por el mundo, cubiertos de púrpura---símbolo de majestad real.

Esos son los verdaderos soberanos del espíritu que reinan en paz sobre sus amplios dominios...

Bien dijo David: «Los mansos heredarán la tierra, y nadarán en muchedumbre de paz» (1).

Y este reinado en el tiempo es un feliz presagio de un reinado eterno!

---

(1) Salmo XXXVI, 11.

# LECCIÓN V

## TERCERA BIENAVENTURANZA:

## *«BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN»*

**56. La filosofía del dolor.**

Aquí tocaba el Maestro divino una de las fibras más delicadas del corazón humano...

Hablaba a una muchedumbre que comía su pan mojado en lágrimas.

Nadie le había hablado hasta entonces de las grandes prerrogativas del dolor.

A sus ojos los sufrimientos comenzaban a explicarse y a adquirir su valor eterno.

Toda la filosofía pagana, aun la más encumbrada, no supo jamás explicar, ante las grandes tribulaciones que afligían al hombre, el misterio del dolor.

Y en sus devaneos llegó a sospechar la existencia de un Principio del mal, antagónico del Dios bueno, Principio del bien, cristalizándose esta errónea doctrina en uno de los dogmas del maniqueísmo.

Faltaba a la filosofía pagana el rayo de sol—la fe cristiana—que alumbra el fondo y aclara los misterios de la naturaleza humana.

Los Libros santos hablan de la prevaricación del primer hombre—que trajo como necesaria consecuencia la pérdida del estado de gracia en que había sido criado, y de su desposeimiento de los bienes de gracia de que había sido dotado...

Y luego, como triste herencia del *pecado original*, este cúmulo de miserias que agobia al hombre, y la rebelión de la carne, el acicate del dolor, la muerte del cuerpo...

La existencia adquiría de este modo para el hombre, el sentido de una gran expiación, de una ofrenda expiatoria ante la divinidad ultrajada, de una lucha y de una prueba para reconquistar, mediante la gracia de la Redención, los perdidos derechos a la gloria eterna.

A esta luz de la Revelación, se explica esta vasta conjuración del dolor contra la pobre humanidad...

Y que las lágrimas desatadas en la cuna de todo hombre sólo dejan de correr en la fosa...

No convendría perder de vista este aspecto cristianamente filosófico del dolor.

**57. Los merecimientos del dolor.**

El dolor pone además en ejercicio todas las virtudes, siendo para todas un estupendo campo de batalla.

Y al mismo tiempo las depura y enaltece, dándoles, diría Bossuet, «aquel no sé qué acabado y perfecto que la desgracia pone en la virtud».

El dolor hace en el alma el efecto que hace la brasa sobre el incienso: le háce difundir todos sus aromas...

¡Y es tanta la eficacia del dolor!

El dolor penetra lo más recóndito de nuestro ser, labrando allí abismos que sólo él sabe: abismos de dignidad, de magnanimidad, de augusta calma, de moral perfección. Ese es el crisol donde se ensayan los caracteres nobles, firmes y levantados. Mirad a los santos y a los héroes, y de seguro en el más hondo repuesto de su íntimo ser, en la raíz misma de su santidad y de su heroísmo, veréis anidado el dolor» (1).

Dice a este propósito el P. Faber: «Nada como el dolor, nos hace tan expertos ni aguza tan finamente nuestras potencias; al contrario de la vida plácida, que por lo común es de suyo frívola, muelle, mala conductora, diríamos, de la electricidad de los heroísmos, la santidad no se labra sino de la madera de las tribulaciones» (2).

---

(1) Gay, *Virtudes cristianas*

(2) *Al pie de la Cruz,* sexto dolor.

Un filósofo cristiano ha dicho que el dolor, por lo común, nos conduce a los umbrales de la gracia, y que es él quien «de los nacidos hace hombres, y de los hombres hace santos».

Y añade que «todo cuanto quedó a salvo en el antiguo paganismo, fué principalmente obra del dolor».

Y concluye que el dolor fué para la gentilidad «una especie de cristianismo germinal y anticipado» (1).

¡Bienvenido sea, pues, el dolor, si viene coronado de tantos merecimientos!

**58. La universalidad del dolor.**

Otro aspecto especial convendría hacer presente a las muchedumbres de hoy, tan empeñadas en perseguir al placer y el bienestar material; y es la universalidad del dolor.

El dolor es una ley que pesa sobre todo el linaje humano: pretender burlar las leyes de la naturaleza, siquiera por corto plazo, es una hermosa utopía.

El dolor acompaña así al pobre como al rico, del mismo modo que la sombra al cuerpo.

La principal desgracia de esta época es que se ha engañado al pueblo sobre la naturaleza del mal que sufre. Todo lo que él sufre, todo lo que el rico sufre como él, y a menudo más que él, dícese que es efecto del actual estado social...

Lo cual es desconocer la naturaleza humana.

Por más que la humanidad vaya ascendiendo penosamente la cuesta de la civilización, al sol de la cultura y de cierto bienestar, nunca dejará de encontrar abrojos y espinas en su camino...

«Ese viejo Carlos V, vencedor de Francisco I, ¿por qué abdica y acaba sus días consumido por la tristeza?

Aníbal, vencedor veinte años, es vencido en Zama y ¿por quién? Por un joven; y ese joven, ese Escipión

---

(1) Blanc de Saint-Bonnet, *Del dolor*.

que al principio de su vida ha alcanzado esa grande gloria de vencer a Aníbal: ese joven pasa el resto de sus días en suspirar celos, en deplorar por tener un mal hijo, en mantenerse distante de Roma maldiciendo su patria.

Y esos dichosos a quienes la historia llama Luis XIV y Napoleón; esos dichosos que llenaron el mundo de despecho, el uno por espacio de cincuenta años, y el otro por espacio de veinte: el primero, envejecido, dijo un día al Conde de Villeroy: «A nuestra edad ya no se es feliz»; y el segundo, de las Tullerías pasa a Santa Elena y muere solo, amarrado como Prometeo sobre una roca»... (1).

Es preciso hacer conocer al pueblo que no se puede desterrar del mundo al dolor...

Y aunque se desterraran todos los dolores físicos, aun quedaría el largo y continuo gemido del corazón humano.

«Remontaos a los siglos pasados, al feudalismo y al imperio romano; escoged bajo el imperio romano la felicidad de los Antoninos, la larga paz de Augusto; id a Grecia, visitad sus ciudades tan opulentas, la brillante Atenas y la rica Corinto; descended a otros pueblos, pasad el océano, recorred de un polo al otro esas Américas que se adelantan, como dos grandes islas entre los dos océanos;... observad, en una palabra, a todo el género humano; escuchad todos los corazones y responded: ¿No hay un dolor común en el fondo de todos?»...

En el fondo de todos hay ansias supremas de una felicidad que se escapa...

Alguien dijo: «La felicidad es como el Judío Errante: muchísimas personas creen haberla visto pasar: nadie ha podido detenerla».

Y la espiritual escritora Mad. Swetchine escribió: «Si alguna vez enciendo mi linterna como Diógenes, será para buscar un hombre feliz».

---

(1) Thiers, *La propiedad.*

Si ello es así, que el dolor es ley universal, ¿por qué no aceptarlo con resignación, y ofrecerlo a Dios en «sacrificio de expiación y alabanza?»...

**59. «Bienaventurados los que lloran»....**

Al pronunciar Jesús la bienaventuranza de las lágrimas, significaba:

Bienaventurados los discípulos que aceptan resignados la ley universal del dolor:

Y ofrecen sus lágrimas como un sacrificio de expiación y de alabanza.

Con esta disposición de ánimo, las lágrimas brillan como gotas de sangre sobre el ara del sacrificio...

Y adquieren valor expiatorio, pierden su acre amargura, se saturan de aromas de incienso...

Y cuando las hiere un rayo de amor divino, se vuelven hermosamente irisadas.

Son entonces, como dijo el poeta latino, *lacrymae decorae:* lágrimas bellas!

Y llegan a cautivar tan poderosamente las almas privilegiadas, que éstas ansían y buscan para sí el sufrimiento, dichosas en poder imitar a Cristo, en acompañarle en sus horas de agonía, en los azotes del Pretorio, en el camino del Calvario, en la desolación de la Cruz...

Y llegan estas heroínas hasta no poder vivir sin el cáliz de la Pasión.

Una de ésas, Santa Margarita María, solía exclamar. «Sin la cruz no puedo vivir».

En una ocación decía: «Suban otros con Jesucristo al Tabor. En cuanto a mí, bástame ir con El al Calvario, hasta el postrer suspiro de mi vida, entre los clavos, las espinas, las disciplinas, sin otro placer, sin más consuelo que carecer de él. ¡Qué dicha poder padecer siempre en silencio y morir finalmente en la cruz, abrumada de toda clase de miserias corporales y espirituales, en medio del olvido y del desprecio, pues el uno no podría serme agradable sin el otro!»

Después de oír estos gritos de un corazón amante de la Cruz, ¡cómo se comprenden bien esas palabras: «Bienaventurados los que lloran»!...

**60. «Porque ellos serán consolados».**

Era la primera vez que los hombres, pasmados de admiración, oían estas palabras.

Era la primera vez que aparecía en este triste planeta, derramando una lluvia de rosas, el ángel de la Esperanza.

Es de figurarse como la muchedumbre escucharía esa promesa... ¡Con qué trepidación de alma!

Desde entonces las lágrimas fueron un dulce desahogo del corazón...

Recordemos un hecho.

El insigne Juan Vásquez de Mella narra lo siguiente:

«Hacía poco que había muerto la madre de Menéndez y Pelayo, y yo le encontré un día en la calle y conversé con él. El sabio estaba apenadísimo, y cuando le hablé de ella, diciéndole, para consolarle, que sabía cuántas eran sus virtudes y cómo debía animarle cómo había sido edificante su muerte, a Menéndez y Pelayo se le arrasaron los ojos de lágrimas y empezó a sollozar delante de mí como un niño, y yo, queriendo consolarle, apelé a sus sentimientos cristianos, y le dije:

—Parece increíble que hombre de su fe y de su tesón, que sabe que al morir su madre abrazaba al crucifijo y al terminar una vida justa con una muerte santa ha entrado en un mundo mejor que el que Ud. y yo habitamos; parece increíble que Ud. no reconozca a la Religión como suprema fuente de consuelos.

—Es verdad—contestó,—y cogiéndome cariñosamente un brazo y bajando la cabeza, después de una pausa, la levantó al cielo, más sereno, y me dijo entonces esta frase, que me iluminó como un relámpago y por un momento me dejó ver el fondo de su espíritu:

—Verdaderamente, Jesucristo es Dios y El es nuestro Salvador; porque yo no podría creer en un Dios

que no quisiese o no pudiese enjugar mis lágrimas con el paño de la esperanza» (1).

¡Cuántas lágrimas ha enjugado este paño!

Hay más. Al hacer San Juan en el Apocalipsis (XXI) una descripción de la Iglesia triunfante, consigna estas hermosas palabras:

«Y vi un cielo nuevo, y tierra nueva...

«Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descender del cielo por la mano de Dios, compuesta como una novia engalanada para su esposo.

«Y oí una voz grande que venía del trono, y decía: Ved aquí el tabernáculo de Dios, entre los hombres, y el Señor morará con ellos...

«Y Dios enjugará de sus ojos todas las lágrimas: ni habrá ya muerte, ni llanto, ni alarido, ni habrá más dolor, porque las cosas de antes son pasadas»...

He ahí el espectáculo consolador que la muerte abrirá ante los ojos asombrados del discípulo sufrido:

«Un nuevo cielo. La nueva Jerusalén. Una morada en el tabernáculo de Dios. Y Dios enjugando las lágrimas de sus escogidos»...

.................................................................

(1) Discurso pronunciado en honor de Menéndez y Pelayo (1912).

## LECCIÓN VI

### CUARTA BIENAVENTURANZA:

### «*BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA*»

**61. «Hambre y sed de justicia».**

Aquí por justicia se entiende especialmente la rectitud, la perfección, la santidad, el cumplimiento pleno de la Ley.

Este es el sentido en que lo usa preferentemente la Sagrada Escritura.

Por eso de San José dice simplemente que era *vir justus*: hombre justo. Y en esta palabra se sintetiza la suma de la perfección.

Y aun en el lenguaje humano hablamos del *justo*, como del *super-hombre*, del prototipo de la especie humana; y atribuímos al concepto de *justicia* cierta aureola de santidad y cierto esplendor de gloria.

Claro es pues que Jesús ensalce la justicia, y flamee esta gran palabra, como un pendón de gloria, ante las muchedumbres.

Si bien existía esta palabra en la literatura gentil, no tenía este aspecto luminoso, peculiarmente cristiano, que ha adquirido en las Páginas sagradas, y que ha destellado su nueva lumbre sobre el mundo desde la cima de la Montaña santa.

Harto estaba el mundo de injusticias, ahogado estaba el espíritu bajo el peso de la letra, y el alma había dejado sus alas en la ciénaga del vicio...

Jesús desde la cumbre santa lanza la nueva palabra —la palabra libertadora del espíritu—y le confía la renovación de la humanidad...

Y notad que no dice *Bienaventurados los justos;* sino, *los que tienen hambre y sed de justicia*...

Es preciso que esta virtud—para que sea soberana y triunfadora—arranque de la raíz del alma, de las necesidades íntimas del hombre, y proceda y avance con hambre y sed...

Gráfica expresión: *hambre y sed*—tomada de necesidades imprescindibles de la naturaleza humana.

Asímismo, cuando el alma alcanza a sacudir sus alas por encima de la materia, se siente arrastrada hacia lo alto, por una especie de instinto divino...

Es el instinto del hambre y sed, como divinizado: el hambre y la sed de un alimento superior.

Y así es en verdad.

Basta haberse elevado un poco sobre la vida animal, para sentir esta innata propensión hacia la justicia...

Son ansias de perfección que agitan el pecho, son inspiraciones divinas que soplan de lo alto, son claros de luna que alumbran la conciencia en medio de las tinieblas del mundo...

Es una voz misteriosa que clama en el corazón y convida a preparar los caminos del Señor...

Y cuantos oyen esa voz, y van tras ella, son los predestinados a la santidad.

En verdad, ¿qué otra cosa son los Santos, sino hombres que han escuchado con docilidad y han seguido con avidez la voz del Maestro?...

Un día, en hora solemne, en la dulce quietud del silencio, han oído esa voz, y se han puesto de pie...

Y han sentido hervir su sangre de indignación ante las injusticias humanas, y han sorprendido en su pecho extrañas y generosas palpitaciones...

Las palpitaciones del entusiasmo por la causa de la Justicia, las aspiraciones nobles hacia la Verdad, los santos ardores por el Bien, las expansiones deliciosas hacia la perfección, los encumbramientos repentinos sobre las alas de la Gracia...

Esto es, han sentido el hambre y la sed del espíritu —ese instinto divino que es un llamamiento a una Vida superior.

Y así se han lanzado por el mundo, obedientes a la voz divina, en el pleno despliegue de sus actividades por Dios y las almas, llevando a todas partes como lema: *Justitia et cháritas*: «¡Justicia y caridad!»...

Y la caridad y la justicia florecían gloriosamente donde quiera que aquéllos ponían sus plantas.

Es por eso que en la historia se podría indicar el paso de un santo por las rosas—flores de virtud, olor de santidad—que dejaron sus huellas por el mundo.

Bienaventurados, pues, los que tienen hambre y sed de justicia.

### 62. El gran San Agustín.

Un bello ejemplo de estos hombres anhelosos de justicia, nos lo ofrece el gran San Agustín.

A ello lo llevaba naturalmente su genio y su corazón.

Poseía todas las cualidades que hacen al genio completo: la mirada perspicaz, el vuelo elevado del águila, la emoción estética.

Y además, un corazón rebosante de amor santo.

Basta leer cualquier trozo de sus escritos para ver cómo se entrelazan y se compenetran esas grandes cualidades, y todas convergen, alentadas por un grande amor, hacia el supremo vértice de la justicia, o sea de la santidad.

Ved aquí un trozo donde se admira esta elevación del espíritu.

Agustín se representa al Eterno sentado sobre un trono elevado y oculto entre las nubes de su gloria; su virtud omnipotente desciende de lo alto, y llena de radiosa actividad, va a penetrar los seres, a ligar los unos a los otros, y a servirse aún de la malicia misma de los malvados para llegar a sus fines.

«Y así no se ejecuta ni un solo movimiento en la

creación, cuya palabra de orden no descienda de la corte del Emperador soberano, o que al menos no sea permitida por su autoridad omnipotente».

«Así es, continúa este santo Doctor, como está el Criador gobernando este inmenso y magnífico imperio de toda la creación» (1).

«Mi Dios, dice en otra parte, es el Dios soberano que con su Verbo y su Espíritu lo ha creado todo; es Él quien nos hace felices por la participación de su Verdad; es Él quien da vida a todos los seres; de Él es de quien viene todo orden, toda medida, toda belleza...; vela sobre las criaturas racionales y sobre los imperios, pero no olvida combinar en armoniosas proporciones, la pluma pequeña en el ala del pájaro, la florecilla en los campos (*herbæ flósculum*) y la hoja ligera que se agita en medio del árbol» (2).

Tal era el Dios de Agustín. Esta grandeza avivaba la llama del amor en el pecho del Santo.

Escuchemos ahora al poeta del amor: «¡Dios mío! ¿qué es lo que amo cuando os amo? No es la belleza de las cosas exteriores; no es el esplendor de lo que se agita aquí abajo; no es ni el brillo de esta luz amiga de mis ojos, ni las dulces melodías del canto, ni el maná, ni la miel, ni los deleites de este mundo... No, no es esto lo que amo cuando amo a mi Dios; y sin embargo, lo que amo es una luz, es un canto, es un alimento, es un perfume, es un vínculo lleno de amor; pero esta luz, esta armonía, este perfume, y este gusto dependen de las regiones invisibles en donde la luz tiene por límite la inmensidad, en donde no se pierden los sonidos, sino que permanecen vivos en la eternidad inmóvil; en donde los perfumes no se evaporan, en donde la naturaleza nunca produce el tedio del goce» (3).

Estas bellas palabras encierran toda la historia del

(1) *De Trinit.*, l. III, 9.
(2) *De Civ. Dei,* l. v, c. II.
(3) *Confesiones*, lib. X, c. 6.

alma de nuestro Santo: el esplendor de la Belleza, de la Verdad, de la Justicia, elevaba su mente y hacía palpitar su corazón...

Razón tenía San Dionisio cuando dijo:

«Todo lo que es bello llama a la inteligencia y al corazón».

Lo bello es la aspiración natural del alma.

Es una melodía celestial que canta en el pecho un continuo *Súrsum corda!*

Así parecen indicarlo estas palabras:

«El alma oye un sonido divino; escucha la voz interior de Dios, esta poesía de los espíritus. Esta voz resuena en el silencio, y cualquiera que haya oído esta melodía, se disgusta a causa del tumulto de las cosas exteriores, se fatiga con este ruido que le impide oír esta música superior, estos sonidos tan dulces, que a nada pueden compararse, y respecto de los cuales nada puede decir nuestra lengua» (1).

Después de todo esto, es fácil creer a las palabras del mismo santo Doctor, cuando dice: «Dios da magníficos espectáculos al corazón cristiano, y verdaderamente no se puede encontrar nada más delicioso» (2).

Este es, en verdad, un espectáculo digno de Dios: contemplar a un hombre salir de la ciénaga, hastiado de carne, y correr, hambriento y sediento de espíritu, tras la Belleza, la Justicia y la Verdad, y elevarse con los vuelos amplios del águila que se remonta hacia el sol, a la Fuente primera de la verdad, de la justicia y de la belleza...

**63. Divinas harturas...**

Añade Jesús: *porque ellos serán hartos.*

Ellos experimentarán la hartura de la Verdad, el gozo de la santidad, el alumbramiento de la gracia... y

---

(1) *In psalm.* 42, 7.
(2) *In psalm.* 96.

vivirán en región muy alta, muy por encima de las humanas miserias...

Respirarán en esta atmósfera divina esas auras perfumadas de la vida sobrenatural, que son las primeras brisas que soplan desde las playas eternas...

Hombres espirituales, vivirán en íntima unión con la Divinidad, poseerán más plenamente a Dios, y satisfarán abundantemente su sed de justicia en la fuente misma de la gracia.

El alma de estos hombres, hambrientos y sedientos de justicia, vendrá a ser, según las palabras salomónicas, un *juge convivium*—un continuado y gozoso banquete...

¡Ah! bien es verdad: «no de solo pan vive el hombre».

Si el cuerpo corruptible vive de pan corruptible, el alma incorruptible ansía un alimento que no pueda corromperse.

Y eso es la justicia que harta y nutre al alma para la vida eterna.

A estas harturas divinas se refería David, cuando en sus deliquios de amor decía a Dios:

«Yo compareceré en tu presencia con la justicia de mis obras: y quedaré plenamente saciado cuando se me manifestará tu gloria» (1).

*Satiábor!*

El justo saciará sus ansias de justicia en la plenitud de Dios!

---

(1) Salmo XVI, 15.

## LECCIÓN VII

### QUINTA BIENAVENTURANZA:

*«BIENAVENTURADOS*
*LOS MISERICORDIOSOS»...*

**64. La voz de la misericordia.**

No podía dejar de nombrar el Maestro divino una gran virtud, que es una de las palpitaciones más tiernas del corazón humano: la *Misericordia.*

Ella brota de las raíces de la caridad y se derrama sobre las miserias humanas en ondas de amor...

El Corazón de Cristo, no pudiendo un día contener las agitadas olas de este amor compasivo, ante una muchedumbre hambrienta, rompió en ese grito: *Misereor...* «Tengo compasión de esta pobre gente»...

Y ese grito ha pasado a ser la voz de la misericordia que clama por los seres más desgraciados de la humanidad.

Traspasado de boca en boca, a través de los tiempos, perfumado por los labios de un San Juan de Dios o un Vicente de Paúl, ese grito ha venido derramando, sobre las almas y los cuerpos doloridos, los divinos bálsamos de la Caridad.

Y esto hasta tal punto que, según fué dicho, «la historia de la Caridad es la historia misma del Cristianismo».

**65. Entre las sombras del paganismo.**

El paganismo no conocía siquiera este concepto de la Caridad, esencialmente cristiano. Apenas conocía la palabra con cierto vago sentido.

*Caridad (Cháritas)* significaba entre los griegos la gracia y la elegancia, y entre los romanos de los últi-

mos tiempos no alcanzó más que a significar cierta adhesión a los parientes y amigos.

La misma palabra *humanidad* (*humánitas*) tan grande en el concepto cristiano, no significaba más entre los romanos sino política y buenas maneras.

Sabido es que Marco Aurelio, el más clemente de los emperadores romanos, declara sin rodeos que compadecer a los desgraciados era una debilidad.

Séneca, el moralista más célebre de la antigüedad, dedicó a Nerón en su tratado «de la Clemencia», aquellas máximas, muy bien aprovechadas por el imperial discípulo: «La miseria es un vicio del corazón. Los hombres honrados la evitarán con cuidado».

Cicerón, en su oración «pro Murena», dice que entre los estoicos, en cuyo número pone a Catón, eran máximas y preceptos: «Los hombres compasivos són los necios o los aturdidos. Es un crimen escuchar la compasión».

Por otra parte, el dicho latino *homo hómini lupus*—«el hombre es un lobo para el hombre»—manifiesta claramente cuán cerradas estaban las fuentes de la misericordia en el pecho humano...

Bien cuadran aquí al hombre gentil las palabras «corazón de piedra» de que hablan los profetas...

Fué preciso que Jesús viniera a desatar esas fuentes, golpeando la roca del corazón, que desde entonces en los pechos verdaderamente cristianos no ha dejado de fluír...

**66. En la era nueva.**

¡Ah! si los que sufren supieran lo que deben a Jesucristo!—cuya figura en el Evangelio es el piadoso samaritano (1).

La humanidad, exaltada y herida en su penoso camino, yacía en triste abandono, sumida en una hoya, esperando la hora de la redención.

---

(1) Véase San Lucas, X.

Pues bien, como anuncio de una nueva era, resonaron un día esas palabras:

*¡Bienaventurados los misericordiosos!...*

Es decir, esos discípulos que imitarán al samaritano en el ejercicio de las obras de misericordia para con el prójimo.

Aquí exclama alborozado el docto Dupanloup:

«Santa montaña, que oyó por vez primera aquella adorable palabra, ¡yo te saludo y te bendigo! ¡En adelante la desgracia no será un crimen, ni la indigencia una deshonra, ni la compasión una debilidad!

Así cayeron allí, confundidas, todas las crueles enseñanzas de la sabiduría pagana.

¡Qué día fué aquél en la historia del mundo!

¡Tiberio estaba entonces en Caprea! En aquel tiempo y talvez en aquel mismo día, los filósofos declamaban elocuentemente, como lo hacen hoy, en là corte de los príncipes, en las asambleas populares, bajo los pórticos del Liceo; pero lejos de Grecia y de Roma, en un rincón oscuro del Oriente, en medio de un desierto, un hombre desconocido, o más bien un Dios oculto, daba también sus lecciones a pobres pueblos, que habían acudido a oírle; y su palabra, de una sencillez y de una fuerza divinas, debía vencer al mundo, remover profundamente las entrañas del género humano, atravesar sin debilitarse todas las edades, enternecer los corazones de los hombres, consagrar a la vez los derechos sagrados del pobre y las sublimes prerrogativas del rico, y fundar para siempre, sobre las ruinas confundidas del egoísmo y de la soberbia, el imperio nuevo de la caridad».

**67. «La gran maravilla».**

Pero lo que es estupendo, y tal vez poco conocido, es que Jesús, para encarecer tal ejercicio, considera como hecho a sí mismo lo hecho por sus discípulos para con el «último de sus hermanos».

Leamos con admiración profunda:

«Cuando venga el Hijo de Dios con toda su majestad, y acompañado de todos sus ángeles, sentarse ha en el trono de su gloria».

Sigue el texto hablando de la separación de las «ovejas» y de los «cabritos», y de la sentencia de Jesucristo que convida a los suyos a tomar posesión del reino celestial, y apunta estas soberanas razones:

«Porque yo tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me hospedasteis:

«Estando desnudo, me cubristeis: enfermo, y me visitasteis: encarcelado, y vinisteis a verme y consolarme.

«A lo cual los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos nosotros hambriento, y te dimos de comer: sediento y te dimos de beber?

«¿Cuándo te hallamos de peregrino, y te hospedamos: desnudo, y te vestimos?

«O ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a visitarte?

«Y el Rey en respuesta les dirá: En verdad os digo, siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis» (1).

He aquí lo que hemos llamado «la gran maravilla».

El Maestro divino para esforzar a los suyos al ejercicio de la misericordia, proclama solemnemente que considera hecho a sí mismo cualquier acto de caridad que se ejerciere para «con el más pequeño de sus hermanos».

¡Cuán maravillosos son estos dos conceptos: Jesús llama con el dulce nombre de *hermano* al más pequeño de los hombres: y lo constituye como *representante* suyo!

---

(1) San Mateo, XXV, 31-40.

**68. Una observación.**

Notemos aquí que la misericordia, como la caridad, abarca muy vastos dominios.

Ella ansía curar no sólo las dolencias del cuerpo, sino también las del alma...

Y cuántas almas hay en este mundo que son harapientas, y acuciadas por el hambre y la sed, y caminan sollozando, y gimen cargadas de cadenas...

Pues bien, la misericordia extiende solícita también sobre ellas sus alas maternales.

Y compadece, y aun llora, las grandes miserias del alma.

Sin un lamento, sin un quejido, sin un reproche...

**69. Promesa estupenda.**

Concluye Jesús la bienaventuranza diciendo: *Porque ellos* (los misericordiosos) *alcanzarán misericordia.*

El más bello comentario de esta frase es la sentencia que pronunciará el Juez divino sobre los misericordiosos, según trae la página evangélica que acabamos de contemplar:

«Entonces el Rey dirá a los que estarán a su derecha: Venid benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino celestial, que os está preparado desde el principio del mundo».

¡Promesa estupenda que pone en posesión del reino celestial a los misericordiosos!

Por el contrario, lanzará el Juez esa tremenda sentencia a los que estarán a la izquierda:

«Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno»...

¿Por qué esto? Porque no cumplieron actos de misericordia, como lo explica en seguida el Rey, Juez eterno.

Es preciso leer en el texto original y en toda su extensión esta escena dramática del Evangelio, que corona de un modo tan estupendo los corazones misericordiosos.

He ahí la misericordia que el Señor tiene prometida.

De todo esto, algo pregustaban esos santos que en la hora de la muerte, seguros de haber alcanzado de Dios el perdón de sus culpas y de sus miserias, preludiaban con el Profeta ese Salmo (88):

«Cantando me estaré eternamente las misericordias del Señor...

«Bendito sea el Señor para siempre. *Fíat, fíat!*»...

## LECCIÓN VIII

### SEXTA BIENAVENTURANZA:

### *«BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZON»...*

**70. Una escena evangélica.**

Jesús despliega ante la muchedumbre, como un pendón blanco, otra bienaventuranza: la limpieza de corazón.

¡Oh! Jesús conocía muy bien las hondas llagas del corazón humano.

En otra circunstancia dijo: «Del corazón es de donde salen los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias»...

Eso dijo cuando los escribas y fariseos calumniaban a los discípulos, porque se ponían a comer sin haberse antes lavado las manos.

Recordemos esa escena que es típica y representa uno de los rasgos más sobresalientes del fariseísmo moderno (1).

(1) Véase San Mateo, XV.

Las circunstancias cambian, pero el fondo de la naturaleza humana es siempre el mismo.

Pues bien, decían a Jesús sus envidiosos enemigos:

«¿Por qué motivo tus discípulos traspasan la tradición de los antiguos, no lavándose las manos cuando comen?»

Hay que advertir que los judíos, siguiendo la tradición de sus ancianos, acostumbraban lavarse las manos muchas veces mientras comían.

Jesús retuerce el argumento y les responde.

«¿Y por qué vosotros mismos traspasáis el mandamiento de Dios por seguir vuestra tradición?»

Para comprender la fuerza del argumento hay que recordar que Moisés había prohibido expresamente a los judíos, que no añadiesen nada a lo que él en nombre de Dios les ordenaba: y los fariseos habían violado esta ley introduciendo nuevas tradiciones, propias de ellos.

Y además, siendo muy celosos de que éstas se observasen, olvidaban la obediencia que debían a los divinos preceptos. Por eso Jesús les tapaba la boca arguyéndolos de este modo:

Vosotros, que sois tan obedientes en todas las cosas a vuestros ancianos, ¿por qué igualmente no lo sois a Dios? ¿Por qué preferís vuestras tradiciones a las leyes divinas?...

Y después de haberles llamado la atención sobre un punto especial, como documentando su aserto, Jesús, en uno de esos gestos soberanos que delataba su inmensa superioridad, añade estas severas palabras:

«¡Hipócritas! Con razón profetizó de vosotros Isaías: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.

«En vano me honran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres».

Estas palabras alumbran maravillosamente ciertos aspectos de la vida cristiana moderna...

Mas vengamos a la conclusión de la escena, relatando el texto evangélico:

«Entonces, arrimándose más sus discípulos, le dijeron: ¿No sabes que los fariseos se han escandalizado de esto que acaban de oír?»

¡Es tan frecuente aun hoy día el escándalo farisaico!

«Mas Jesús respondió: Toda planta que mi Padre celestial no ha plantado, arrancada será de raíz».

«Dejadlos: ellos son unos ciegos que guían a otros ciegos; y si un ciego se mete a guiar a otro ciego, entrambos caen en la hoya».

Y después de estas palabras—que debían azotar en pleno rostro a esos «ciegos»—Jesús afirma su enseñanza que lo que mancha al hombre es el corazón.

«Mas el comer sin lavarse las manos, eso no le mancha».

Es decir, no es lo exterior lo que hace impuro al hombre, sino lo interior, lo que sale de un corazón impuro y corrompido.

**71. «Los limpios de corazón».**

¡Oh! cuán bien se comprende ahora la divina belleza de esas palabras:

*Bienaventurados los limpios de corazón!...*

Bienaventurados esos discípulos que se conservan puros en medio del lodazal del mundo:

Que saben resistir a las tremendas embestidas de la concupiscencia que se entra por los ojos y por todos los sentidos del cuerpo; y avanza, seductora y lasciva, a la conquista del corazón.

Bienaventurados los que aborrecen toda malignidad, mentira o doblez—que son todas obras de la carne:

Y guardan en todos sus actos esa sencillez, rectitud y pureza de intención—que es como la blanca luz de la gracia iluminando el íntimo santuario del corazón...

Y de estos discípulos hay muchos.

Un famoso impío tuvo que confesar lo siguiente: «Jesucristo ha creado el cielo de las almas puras, en

donde se encuentra lo que inútilmente buscaríamos sobre la tierra: la absoluta pureza, la total ausencia de las manchas del mundo».

**72. La visión de Dios.**

A estos discípulos que guardan puro su corazón, Jesús les promete la visión de Dios.

*Porque ellos verán a Dios.*

He aquí un magnífico y luminoso concepto.

Los discípulos limpios, las almas blancas, los corazones vírgenes, verán a Dios...

Le verán en éxtasis de gozo, en la visión beatífica de la gloria... y su pupila se dilatará para beber las grandes avenidas de la luz divina...

Aquí abajo no podemos sino entrever la divina Belleza, a través de las criaturas.

Un momentáneo relámpago de la Belleza divina nos sumergiría en un éxtasis tal, que separaría el alma del cuerpo.

Necesitaremos un día la misteriosa fuerza de la *luz de gloria* para poder sostener, sin ser aniquilados, la Presencia divina, en la vigorosa juventud de nuestra inmortalidad.

Y entonces nos extasiaremos ante la belleza divina.

Si la belleza criada—definida por un filósofo *la flor del ser*—tanto enajena, ¿qué será contemplar a Dios, piélago del ser, y al Verbo, esplendor de la luz eterna?

«¡Arcanos de Dios!» dice San Pablo, después de haber vislumbrado un rayo de la Belleza divina.

¿Qué son nuestras obras maestras en comparación con el Verbo? decía Clemente de Alejandría.

«Fidias, Polícleto, Praxiteles, Apeles, no pudieron dar a sus pinturas y esculturas la sangre, la vida, el pensamiento, las virtudes, la inmortalidad...

«El Verbo, por el contrario, es la obra maestra infinitamente perfecta de Dios, en su Imagen infinitamente substancial y espléndida y viviente. Dios, artífice supremo, se mira a sí mismo desde toda la eternidad,

con una mirada inefablemente profunda, pura y virginal, y mira en sí todas las cosas; y por esta mirada y en este pensamiento, produce, engendra su obra maestra única, su imagen perfecta, otro Él, su Hijo» (1).

Y ahí, la Belleza infinita, el éxtasis del gozo!

¡La visión beatífica del Verbo aterno!

**73. A través de los velos...**

Los limpios verán también a Dios, aunque bajo ciertos velos, aquí abajo, durante su vida mortal.

Le verán con las pupilas iluminadas al través de todas las criaturas: en la alborada que semejará a sus ojos como una lejana manifestación de la gracia de Dios sobre el mundo: en la aurora como un esplendor del rostro divino: en el sol como el ojo del Eterno...

Le verán en el céfiro que sopla, que semejará para ellos como el aliento de Dios: en la nube que pasa, como vaporosa peana de los pies divinos en sus paseos matinales sobre el mundo...

Le verán en los hombres: en la belleza de un rostro, en la tersura de una frente, en el relámpago de una mirada...

Le verán en sí mismos: en el esplendor de un pensamiento hermoso, en la blancura de un Ideal, en el clarísimo espejo de la conciencia...Un alma limpia, criada a imagen de Dios, debe reflejar muy limpia y pura la imagen del Criador.

Le experimentarán también en sí mismos.

«El Dios de los cristianos, dice un autor, no es un sér abstracto, una verdad matemática situada fuera de nosotros mismos y que el entendimiento percibe sólo a fuerza de indagaciones curiosas. Dios es la vida en su forma infinita, es un foco de amor que llama a todos los que tienen necesidad de amar; es una potencia, una luz, un calor oculto por todas partes, como el fuego que no se sospecha que exista en una piedra y que

(1) Cf. Migne, t. VIII, p. 214, 64, 65.

el más ligero choque hace saltar. En Él vivimos, respiramos, en Él se agita nuestro corazón.

Cuando se apodera de nosotros cierto disgusto por las cosas perecederas, esto proviene de esa fuerza secreta que nos atrae a sí y que al atraernos forma un vacío en torno nuestro, y crea en nuestra alma el aislamiento de las cosas exteriores. Cuando se apodera de nosotros esa fiebre de las almas selectas que se llama nostalgia celeste, se despierta en nosotros el instinto de lo infinito, que nos hace recordar nuestra grandeza y nuestro destino inmortal.

¿No habéis sentido jamás esas irresistibles y repentinas aspiraciones hacia las cosas elevadas, que hacen estremecer el corazón? Ya no estáis sobre la tierra, veis un Sér desconocido que os llama, lo oís, lo comprendéis; y si vuestro corazón es puro, esa vista de Dios es para vosotros más perceptible y luminosa que la de todos los objetos exteriores.

No lo dudéis; Dios os llama entonces: porque Dios es la belleza infinita, belleza oculta aquí abajo detras de nubes, pero cuyos rayos penetran a través de lo transparente de la creación, y despiden tanta claridad que no dejan duda alguna. Sí, Dios os llama, porque es bello: la propiedad de la belleza invisible, dice San Dionisio, es atraer las almas; tal es la etimología de la palabra griega, que significa al mismo tiempo llamada y belleza» (1).

Y esto lo experimentan todos los discípulos que guardan limpio su corazón, para blanca morada del Huésped invisible. Porque este Huésped augusto lleva siempre consigo la luz...

Recordamos a este propósito unas palabras de San Cirilo: «Nuestro espíritu debe estar lleno de pensamientos bellos y grandes en toda clase de cosas loables: debe estar adornado como la cabeza embellecida

(1) Landriot, *La mujer piadosa, XVI.*

con una graciosa cabellera: esta es la mejor preparación para recibir la luz sobrenatural».

«Esto es lo que San Agustín había comprendido maravillosamente. Así durante la segunda mitad de su vida, este corazón, tan generoso, tan amante, tan expansivo y tan profundamente poseído de ternura, no vivía ya sobre la tierra; su alma era constantemente transportada fuera de sí misma, respiraba en las alturas, vivía en la fuente de la luz pura de la belleza... santo e inmortal deleite del corazón.

Su lenguaje está también como empapado en esta luz celeste, sabe encontrar palabras lúcidas que permiten ver en toda su claridad la verdad divina; algunas veces no es sino una palabra, que hace estremecer de gozo, y frecuentemente hace recordar un fenómeno que se observa a orillas del mar. Después de un día de lluvia, o bien, cuando el rocío de la mañana ha sido abundante, se nota suspendida una pequeña gota sobre las hojas de los árboles, en donde el rayo del sol parece descender para bañarse; pero como para pagar con usura la hospitalidad que se le da, inunda esta gota con sus más hechiceros resplandores, y parece agitarse allí con todos los matices de los colores que adornan el arco iris» (1).

Digamos lo propio: el Huésped divino, como para pagar con usura la hospitalidad que le da un corazón limpio, le inunda con sus más hechiceros resplandores...

Y ahí todo es blancura y lumbre...

Es esta la visión terrenal de los discípulos puros, suave preludio de esa otra visión más espléndida que es la visión beatífica del cielo.

---

(1) Ibidem.

## LECCION IX

### SEPTIMA BIENAVENTURANZA:

*«BIENAVENTURADOS LOS PACÍFICOS»*...

**74. El mensaje divino de paz.**

«El príncipe de la Paz» iba a venir...

Según las profecías debía venir a la tierra en un período de paz.

Es de notar que Roma había elevado un templo a la Paz. Durante la guerra tenía abiertas sus puertas, como para pedir la paz desterrada. Desde los tiempos de Numas hasta Augusto, es decir, en siete siglos, sólo dos veces se había cerrado ese templo: la primera, según parece, por algunos días, y la segunda por algunos meses.

Augusto alcanzó a cerrar otras dos veces esas puertas terribles, y fué en una de éstas en que se iban a cumplir los designios de Dios.

Los hechos de armas, únicos sucesos que hacían ruido en el mundo antiguo, cállanse por todas partes. Es la hora solemne en que los ángeles cantan sobre la cuna de Belén el «Gloria a Dios en las alturas», y auguran «la paz a los hombres de buena voluntad».

Jesús traía al mundo su mensaje divino de paz.

**75. »Bienaventurados los pacíficos»...**

Este es, pues, la prolongación del saludo: *Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*—que los ángeles cantaron sobre la cuna de Belén!

Esa paz anunciada al mundo en los albores de la era cristiana, extiende hoy sus alas sobre la montaña, como para cobijar bajo ellas a todos los hombres de bue-

na voluntad, y saluda por boca de Cristo a sus primeros seguidores, los pacíficos...

Es decir, a esos discípulos que son mensajeros de paz...

Título muy hermoso: *mensajeros de paz!*

Mientras la gran mayoría de los mortales llevan a todas partes la guerra—que sienten rugir en sus entrañas, —es bello contemplar úna casta de hombres que recorren todos los campos de la lucha llevando a sus hermanos esos ramos de olivo que florecen perennemente en sus almas...

Nosotros nos los hemos figurado a estos discípulos, en nuestras contemplaciones místicas, como desfilando con blanca túnica entre los horrores de la lucha humana, repitiendo a todos los combatientes: *Pax! pax!...*

Y hemos recordado las proféticas palabras de Isaías (LII, 7):

«¡Cuan hermosos son los pies de los que anuncian y predican el Evangelio de la paz»!

Y al verlos desfilar en el curso de las edades—en esos tres primeros siglos de la era cristiana en que los mártires ofrecían su sangre a la nueva fe, y en esos otros en que las herejías sucedieron a las persecuciones, y las revoluciones a las herejías, y la conflagración de los pueblos a las revoluciones de la política...—al verlos desfilar, cual ángeles de paz, en medio de una guerra perpetua, a nuestra vez los hemos saludado desde la atalaya de la historia:

*Bienaventurados los pacíficos!*

Su paso por el mundo hubiera debido ser señalado por monumentos eternos que ensalzaran las glorias de los hombres pacíficos y dijera:

«Por aquí ha pasado «un hijo de Dios», un evangelizador de paz, un hombre que ha impuesto una tregua a las pasiones humanas, y bajo la salvaguardia de la Paz ha impulsado en todo orden de cosas el progreso humano»...

Estos merecen monumentos, que no esos asoladores de pueblos que con tea y espada han asolado los campos y las ciudades, azuzando en una orgía infernal de pasiones bestiales a los hermanos contra los hermanos.

Y sin embargo, sus nombres (los nombres de los hombres de espada) cubren las páginas de la historia, cuando debieran ser relegados a un perpetuo olvido.

David decía (S. 67,31): «Disipa, Señor, a las gentes que quieren guerra».

Harta está la pobre raza de Adán de las calamidades de la guerra!

**76. «Hombres de guerra»...**

Mas, preciso es confesarlo, las contiendas humanas son nuestro acompañamiento necesario en esta mísera peregrinación sobre el planeta.

Ellas son un brote natural de ese germen, la concupiscencia, que el pecado sembró en la naturaleza humana.

De ahí, según palabras del apóstol Santiago, «de vuestras pasiones nacen las riñas y pleitos».

Soñar que se puedan desterrar del mundo las contiendas entre individuos y pueblos, es una de las bellas utopías que sólo puede concebir una mente soñadora.

Preciso fuera trocar esencialmente la naturaleza humana, y formar ángeles que no hombres.

El hombre, tomado en general, será siempre un *hombre de guerra...*

Sólo los hombres superiores, que han logrado con sus esfuerzos, coronados por la gracia divina —cegar, o siquiera obstruír, la fuente de las pasiones humanas, sólo esos pueden ser *hombres de paz...*

Porque, sólo ellos, elevándose por encima de las turbulencias que agitan la parte inferior del hombre, gozan en la cumbre del espíritu de esa tranquila serenidad que es el privilegio de todas las alturas...

Y sienten bajar de lo alto, según dice el profeta, como caudaloso río la muchedumbre de paz y abren amplísimos los senos del alma...

Sólo ellos, digo, saturados de paz, navegando en la tranquila serenidad del espíritu, pueden ser hombres de paz.

**77. Los mensajeros de la paz.**

De entre esta raza escoge Cristo sus mensajeros, les confía su Evangelio, que es un gran mensaje de paz, y les manda hacerse a la vela con rumbo a las playas tumultuosas...

Esos son los hombres pacíficos que llevan la paz de Cristo a todas las almas angustiadas...

Y triunfan en la tranquilidad de la paz, por la virtud del Evangelio.

«Y es que—diremos de nuevo con el apóstol Santiago (III, 18)—los pacíficos siembran en paz los frutos de la verdadera justicia».

**78. El reinado de la Paz.**

¡Ah! si pudiera reinar en esta tierra en su plenitud la paz de Cristo!

El Profeta Isaías (XXXII) alcanzó a columbrar, desde el fondo de los siglos, algún esplendor de paz sobre el pueblo que hubiera abrazado la causa de la justicia».

Profetiza que «al derramarse el Espíritu del Señor, el desierto se convertirá en un Carmelo».

Y haciendo hablar a Dios, dice: «La obra de la justicia será la paz, y el efecto de esta justicia el sosiego y seguridad sempiterna.

«Y reposará mi pueblo en hermosa mansión de paz, y en tabernáculos de perfecta seguridad, y en el descanso de la opulencia».

Es preciso conocer la expresión latina, de una belleza incomparable:

*In pulchritudine pacis...*

*In requie opulenta:*

¡La hermosura y la opulencia de la paz!

**79. Pensamientos de San Agustín.**

San Agustín consideraba la paz como armonía y objeto del anhelo y del fin de todos los seres.

La paz, decía, es un bien tan grande, que ni aun en las cosas mortales y pasajeras puede hallarse nada que valga más...

La paz del cuerpo consiste en la justa proporción de los miembros; la paz del sér privado de razón, en el reposo de sus apetitos; la paz del alma racional, en la conformidad perfecta de la inteligencia y de la acción; la paz del cuerpo y del alma, en la salud bien ordenada; la paz entre el hombre y Dios, en la sumisión a la ley eterna; la paz de los hombres entre sí, en la concordia razonable; la paz de la familia, en una justa correspondencia entre los que mandan y los que obedecen...

*La paz* en todas partes *es la tranquilidad del orden.* Dios que creó todas las naturalezas con sabiduría admirable, que colocó al hombre sobre la tierra como su más bello ornamento, nos ha dado ciertos bienes convenientes para esta vida, es decir, la paz temporal tal como se puede disfrutar aquí abajo, tanto consigo mismo como con los demás hombres, y con la paz todo lo que se necesita para conservarla y recobrarla; y los que hicieren buen uso de estos bienes, recibirán otros mejores y más grandes, es decir, la paz de la inmortalidad, y con ella la gloria y el honor, en el goce eterno de Dios.

**80. Abundancia de gozo.**

La paz de Cristo trae al buen discípulo abundancia de gozo espiritual.

«El gozo espiritual es la mayor prueba, dice San Buenaventura, de que la gracia está en nuestro corazón».

Viendo el discípulo de un venerable solitario que su maestro gozaba de una paz continua, le preguntó si no temía caer en ilusiones:

«No,—le respondió:—yo conozco la diferencia que hay entre el espíritu de tinieblas y el espíritu de Dios; la luz del uno es agitada y produce tristeza; la otra al contrario, es decir, la luz del cielo, es agradable, santifica el alma con su contacto tranquilo, y llena el corazón de resplandores, de gozo y de alegría».

San Doroteo cuenta que un día quedó como espantado al considerar la profunda paz de que gozaba; pero un santo anciano lo tranquilizó diciéndole: «Es menester que los que sirven a Dios, sean colmados de paz, de alegría y de tranquilidad».

En fin, la alegría y la serenidad de la paz es el punto culminante de la perfección.

«Todos los grados de la caridad, dice San Buenaventura, terminan en una perfección tranquila en que gozamos de la abundancia de la paz».

Santa Teresa dice que el estado de paz y de dulzura es el sello especial de Dios.

Y San Agustín: «En las regiones más elevadas del espíritu, hay una mansión de alegría, en donde se saborea el bien soberano, en donde se goza de una luz serena y como del viento fresco de la eternidad».

Entonces nos acercamos a lo que el mismo Doctor llama en otra parte: «lo *serenamente eterno*, el lugar de la eterna serenidad».

**81. El éxtasis de una Santa.**

A la luz de lo dicho, se explican los éxtasis de gozo de las almas divinamente pacíficas.

Es claro. Pues, según dice San Cirilo de Alejandría, «Cristo mismo corona el alma justa, la llena de gozo, de alegría y de dicha. El mismo la acompaña en sus cantos como una lira, como una cuerda musical».

Recordemos sólo las hermosísimas palabras que escribía Santa Angela de Foligno, después de haber bajado del «lugar de la eterna serenidad», donde había contemplado a Jesús.

Decía esa santa virgen: «Me preguntáis qué he visto.

Sólo puedo decir que era *él mismo*. Era una plenitud, una luz interior y cumplida, que no puede expresarse por palabras ni comparaciones. No vi nada que tuviera cuerpo. Era en la tierra algo de lo que brilla en el Cielo: la belleza que cierra los labios, la soberana hermosura que contiene el soberano bien. La asamblea de los santos se mantenía en pie, y cantaba alabanzas ante la majestad soberanamente bella.

«Jesús me hablaba de sus santos y de su Madre; pero lo que me decía me conmovía poco: la inmensidad del deleite que bebía en él, en él mismo, en su manantial, me cegaba en presencia de los santos y de los ángeles.

«Toda su belleza, toda su bondad, estaba en él y procedía de él; era el soberano bien, la suprema beldad. Y mis ojos se cerraban a las cosas creadas, sumida por el gozo en la esencia de lo bello, cuando me dijo: Te amo con un amor inmenso».

Y era tal el gozo que estas visiones de Dios ponían en el corazón de Santa Angela, que exclamaba sumergida en este deslumbramiento glorioso:

«¿Se trata del deslumbramiento de la gloria? ¡Oh! nada digáis, palabra humana! Lo que pronuncio en este momento me parece una ruina, y me parece el espanto de una blasfemia...

«¡Todo cuanto he dicho es nada, nada, nada, en comparación de lo inenarrable!» (1).

Sólo el silencio sería el digno coronamiento de estos inefables conceptos!...

**82. «Serán llamados hijos de Dios».**

Jesús, después de haber declarado bienaventurados a estos hombres pacíficos, añade:

«Porque ellos serán llamados hijos de Dios».

Esto es, Dios—que nada ama tanto en el mundo como el reinado de la paz, el cual es a su vez el triunfo de la justicia—tendrá a estos hombres pacíficos y pacificado-

---

(1) *Libro de las visiones*, p. 59-60.

res, como privilegiados hijos suyos, los hará instrumentos de sus glorias, los ejecutores de sus designios, los heraldos de su Evangelio, los mensajeros de su Palabra a todos los pueblos de la tierra.

No podría ser de otro modo: pues las operaciones de la gracia se cumplen siempre en la plenitud de la paz. «En la conmoción, en los espíritus turbulentos, no habita el Señor», según la frase del Profeta.

La paz es la atmósfera de lo divino, es un plácido remanso donde bogan los pacíficos al soplo de la gracia...

A este propósito recordamos que Santa Catalina de Sena solía llamar a Dios *Mar Pacífico.*

¡Cuán bello es navegar por este Mar!

Y así es como esos hijos privilegiados de Dios gozarán más abundantemente de la Vida divina, y reflejarán más tersa en su alma tranquila la imagen del Padre.

Y eso será vivir en esta baja tierra como en un pedazo de cielo, gozando de esa paz «que supera todo sentido», como preludio de la paz eterna...

Hemos dicho: *¡la paz eterna!*

Un océano de gozo en eterna bonanza.

Y el alma reposando en el seno del Padre en el éxtasis de la gloria...

---

## LECCIÓN X

### OCTAVA BIENAVENTURANZA:

### *«BIENAVENTURADOS LOS QUE PADECEN PERSECUCIÓN POR LA JUSTICIA»...*

**83. La razón filosófica de la persecución.**

Con esto pone Jesús un coronamiento divino a las bienaventuranzas del Sermón.

Es un magnífico despliegue de gloria sobre la muchedumbre de los perseguidos en toda la amplitud de los tiempos.

Los viejos Profetas que dieron su sangre y su vida por la causa de la justicia, debieron estremecerse de júbilo al percibir desde ultratumba los ecos de esas palabras que bajaban de la Montaña fulgurantes de gloria...

Habían llegado los tiempos en que los perseguidores pasarían al rango de los verdugos, y los perseguidos al de los bienaventurados...

Los perseguidores pasaban a encarnar en el nuevo concepto la fuerza bruta, la pasión coronada, toda la parte animal y demoníaca del hombre puesta al servicio del poder...

Y los perseguidos por la causa santa aparecían cual víctimas coronadas, cual encarnación de la libertad, de la virtud, y de todos esos nobles Ideales que son privilegio del espíritu...

Y la palabra *persecución* adquiría destellos luminosos...

Bien cierto es que la persecución habría siempre seguido la pista a la humanidad, mordiendo el talón de todos los apóstoles...

Ello responde a una de las condiciones necesarias de la vida humana en su estado actual. Siempre habrá, en el fondo de la naturaleza del hombre, en ese fondo donde fermentan las pasiones, y se conciben los pecados, siempre habrá, en los hombres depravados, aversión a la luz, odio a la Verdad, aborrecimiento contra la Virtud...

Es el grito de rebelión de la parte animal contra la parte superior del hombre.

Es el salvaje que hay en todo hombre, en estado de rebelión, que se levanta contra el civilizado y el cristiano...

Es el girondino o el bolchevique que se rebela al orden establecido, impone la dictadura de la fuerza bruta, decapitando las cabezas selectas...

Es necesario que haya persecuciones por la misma razón por la cual dijo en otra ocasión el Maestro divino: «Es necesario que haya escándalos».

Este mundo pervertido, «puesto en lo maligno», da de lo suyo...

Y así dice el versículo siguiente como explicación del anterior:

«Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de males contra vosotros»...

He aquí al mundo.

He aquí a los perseguidores, armados de maldiciones y de calumnias, de cuchillos y de espadas, en su innoble persecución contra al justo...

**84. La razón divina de la persecución.**

Jesús lo tenía predicho todo esto a sus discípulos.

El mundo habría odiado al Justo por esencia.

«Si el mundo os aborrece, sabed que primero que a vosotros me aborreció a mí.

«Acordaos de aquella sentencia mía, que ya os dije: No es el siervo mayor que su amo. Si me han per-

seguido a mí, también os han de perseguir a vosotros...

«Pero todo esto lo ejecutarán con vosotros por causa y odio de mi nombre» (1).

Es el odio satánico del espíritu de las tinieblas que difundiéndose en las entrañas del mundo, abrasa a todos sus adeptos.

El odio es el eterno enemigo del amor.

El error es el jurado enemigo de la verdad.

Es la carne que arremete contra el espíritu, para defender sus viejos y corrompidos dominios.

Es el mundo que remacha las cadenas de sus esclavos ante el soplo libertador de los mensajeros de Cristo.

Y a éstos persigue, como los lobos a los corderos.

Jesús bien predijo todo eso a sus discípulos, cuando los enviaba «como corderos en medio de los lobos»...

Decíales en otra circunstancia:

«En el mundo tendréis grandes tribulaciones»:

*Pressúram habébitis* (2).

Notad lo expresivo de la palabra: *pressúram.*

Como si todas las tribulaciones del mundo los debieran oprimir y aplastar...

Sí, podrán aplastar u oprimir el cuerpo, mas no lograrán matar el alma...No hay cadenas que puedan aprisionar el espíritu.

«No temáis a los que matan el cuerpo»...

Así formaba Jesús a sus discípulos, desplegando ante ellos «el poder de las tinieblas», pero añadiendo también:

«*Tened confianza: yo he vencido al mundo*».

Y vosotros también lo venceréis, por el auxilio de mi gracia, y «daréis testimonio de mí hasta los últimos confines de la tierra».

---

(1) San Juan XV, 18-21.
(2) San Juan, XVI, 33.

**85. Magníficos testimonios.**

Y los discípulos han dado en todos los tiempos un magnífico testimonio del Maestro!

Hojead algunas páginas de la historia.

Abrid los Hechos de los Apóstoles, y al escuchar sus palabras cálidas, al verlos ante los tribunales en actitud de triunfadores, llevar gozosos las cadenas, desafiar los suplicios y defender triunfalmente la verdad, comprenderéis que dieron magnífico testimonio...

Seguid la pista a San Pablo, recorred con él campos dilatados, pasad a Macedonia, oídlo en Atenas, atravesad con él los mares, acompañadle en Roma, adonde lo había llevado su grito—«Soy ciudadano romano;—y conoceréis cuán magno testimonio supo dar este gran ciudadano de la naciente República de Cristo...

Abrid las Actas de los mártires, y contemplad esa sangre vertida, esos miembros destrozados, esas llagas abiertas...y ved qué elocuente testimonio dieron de Cristo!

Abrid las Vidas de los Santos, y al verlos sobrellevar con entereza por el nombre de Cristo los desprecios, las calumnias, las persecuciones, comprenderéis cuán estupendo fué su testimonio!

Registrad la historia de los Papas, y al inclinaros ante esas èminentes figuras de los Pontífices que como Gregorio VII podrían decir que morían en el destierro porque «amaron la Justicia y odiaron la iniquidad», quedaréis pasmado, ante el magnífico testimonio que supieron dar de Cristo.

Hojead después los Anales de las misiones, y al ver desfilar ante vuestros ojos una inmensa muchedumbre de misioneros, que se lanzan en busca de la persecución, abrasados por el deseo de salvar almas; recordaréis esas palabras del Maestro a sus apóstoles:

«Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, y me ser-

viréis de testigos en Jerusalén y en toda la Judea, y hasta el cabo del mundo» (1).

Hasta en la historia profana hallaréis discípulos que arrostraron por la causa santa las iras de los tiranos y de los poderosos según el mundo.

Mientras los apocados se doblegaban ante las amenazas, esos hombres invencibles se quedaban en pie...

Recorred sólo la triste época de Enrique VIII en Inglaterra, cuando rompió con Roma.

Mientras se doblegaban todas las cabezas, hombres como Fisher y Tomás Moro preferían el cadalso antes que abjurar la fe de Roma.

El primero ante la cuchilla cantaba el *Te-Deum* y el otro el *Mirerere.*

Y ellos, y cien héroes más, sirvieron de testigos a Cristo en Londres, en toda la Inglaterra, y hasta el cabo del mundo.

Es imposible contemplar tan grandioso espectáculo, y testimonios tan numerosos y dilatados, sin sentirse emocionados...

Testigos innumerables van desfilando por el mundo, hambrientos de justicia, flameando a todos los vientos el blanco pendón de Cristo, bajo la férula de la persecución, y los esputos del desprecio y la cuchilla de la muerte...

Lo dijo Cristo: «Del mismo modo persiguieron a los Profetas que ha habido antes de vosotros».

Es un desfilar sin interrupción, desde las épocas más remotas, a través de los tiempos...

Y con el andar del tiempo las filas se acrecientan, las palmas se multiplican, los vítores llenan el espacio... y la gran columna de los perseguidos de Cristo avanza camino de la gloria...

¡Cuántas veces al contemplar con la imaginación, repasando los caminos de la historia, estos hermosos es-

---

(1) Hechos de los Apóstoles, I, 8.

pectáculos, hemos sentido la necesidad de arrojarnos de bruces al suelo, en profunda veneración, enviando a la muchedumbre gloriosa de atletas de Cristo, desde el último rincón del planeta, el saludo entusiasta del más pequeño de los hermanos!...

**86. «Dichosos seréis»...**

Y mientras esa muchedumbre se pasea triunfalmente, agitando sus palmas, por las cumbres de los siglos se sienten resonar en los aires las palabras del Maestro:

«¡*Dichosos seréis* cuando los hombres por mi causa os maldijeren»!...

Y es bello escuchar esta promesa y regalarse con sus dulzuras cuando se tiene a la vista el gran ejército de los triunfadores!

Y cuando se les ve coronados después del combate, y ceñidos de gloria, y llevados en triunfo por los ángeles...

¡Qué son todas las apoteosis humanas, que fenecen como un eco en la inmensidad, ante esas apoteosis que describe San Juan en su rapto de Patmos—en que la muchedumbre de los perseguidos, «los que vinieron de grande tribulación», marchan cubiertos de estolas rojas en seguimiento de Cristo!

Es bello entonces oírnos repetir de los labios del Maestro, ante esta estupenda visión ultraterrenal, esas palabras:

«*Alegraos* y *regocijaos*, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos».

**87. El himno del triunfo.**

Es por esto que la Iglesia no llora sobre los perseguidos por la causa de la justicia, sino canta el himno del triunfo...

«La Iglesia, dice Carlos Gay, cantó en las catacumbas, canta en los cadalsos, canta al pie de los sepulcros, y nadie habrá cantado jamás tanto ni con tan alegre corazón como cuando ella, sobre las ruinas que en toda

la tierra habrá amontonado el Anticristo, levante hacia el Oriente la cabeza para saludar, en fin, al sol naciente de la universal y póstrera redención».

Y no puede ser de otro modo, pues el cristiano es el hombre de la eternidad, y su último gemido en este mundo, lanzado por la causa de la justicia, es el preludio del himno inmortal que entonan los triunfadores en el reino de la gloria.

**88. Un reclamo.**

Concluyamos leyendo la voz de Jesús como un reclamo:

«*También vosotros daréis testimonio,* puesto que desde el principio estáis en mi compañía» (1).

No sé si cuantos esto leen, sentirán, después de lo dicho, la fuerza de este reclamo:

«¡También vosotros daréis testimonio de mí!»...

---

(1) San Juan XV, 27.

## LECCIÓN XI

### «VOSOTROS SOIS LA SAL DE LA TIERRA»

**89. Exposición.**

Después de las bienaventuranzas, que son condiciones necesarias para entrar en el reino de Dios, Jesús habla de la misión especial que cumple a los que quieren ser miembros de este reino.

Y dirigiéndose a sus discípulos en particular, y a la muchedumbre en general, les dice que deben ser *sal* y *luz*.

Ciñéndonos ahora a la primera parte, escuchemos con religioso recogimiento las palabras de Jesús:

13. «Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se hace insípida, ¿con qué se le volverá el sabor?, para nada sirve ya, sino para ser arrojada y pisada de las gentes».

**90. «Vosotros sois la sal de la tierra».**

Como si dijera: la sal de la incorruptibilidad, respecto de vosotros mismos y de vuestro prójimo.

Debéis ser incorruptibles en medio de un mundo donde todo es corrupción.

No hablamos de la corrupción de la carne—con su hervidero de microbios, con su manto de podredumbre, con sus nubes de miasmas...

En este sentido la tierra, con todos los detritus que la vida deja en pos de sí, es un inmenso hervidero de fermentaciones pútridas,—desde cuyo fondo se eleva el hedor de la podredumbre.

Háblase aquí especialmente de la corrupción del alma, entregada a la muerte del pecado: y de la corrupción del corazón, entregado al ludibrio de bajas e ignominiosas pasiones.

**91. Sed incorruptibles.**

Vosotros debéis ser la sal de la tierra, ante todo, por vuestra incorruptibilidad.

Hombres íntegros, triunfadores de las pasiones, amadores de la justicia, cumplidores de la Ley...

Hombres tan encumbrados, en las altas regiones del espíritu, que no os alcance la ambición, esta terrible pasión de las cumbres, que cuando se apodera de un sujeto le causa vértigos.

Ni os muerda los talones la codicia, que es la pasión insaciable de la voracidad.

Ni os abrase las entrañas la envidia, cuyos celos son fuego, la pasión característica de las almas bajas.

Ni os arrebaten las tempestades de la concupiscencia, la más baja y la más corruptora de las pasiones humanas.

En suma, debéis ser hombres ante los cuales todas las pasiones corruptoras del mundo se rindan y enmudezcan...

Hombres de tan excelsa rectitud, tan amantes de la justicia, que no os doblegue el peso del despotismo, ni os ciegue el humo de las adulaciones, ni os envanezca el incienso de los honores, ni os deslumbre el brillo del oro...

Hombres que os conservéis en pie, con la frente santamente altiva y divinamente serena, en medio de la gran muchedumbre que camina encorvada bajo el peso de las cadenas de las pasiones o se arrastra en el suelo lamiendo los pies de los poderosos.

Muchedumbre venal, siempre dispuesta a venderse a la primera pasión que pasa o al primer amo que la compra!

No seáis vosotros así...

No os dobleguéis sino ante la Ley—para escuchar con acatamiento sus artículos, y seguir fielmente sus dictados.

**92. Sed principio de incorruptibilidad.**

No basta que seáis incorruptibles en ese fuero augusto que es vuestra propia conciencia.

Es preciso que llevéis el principio de incorruptibilidad a vuestros hermanos.

Que les llevéis la sal de vuestros ejemplos y el sabor de vuestras palabras...

Y que llevéis a cabo con vuestros actos en medio de este mundo corrompido una grande obra de desinfección.

Nos apesta la podredumbre moral en todas las esferas sociales y políticas, privadas y públicas!

¡Sed vosotros los sanitarios de la moral!

Que si no fuerais así, ¿para qué servirían los discípulos de Cristo?

Si vosotros os dejáis entontecer por la ignorancia o corromper por los vicios, ¿cómo podríais sazonar la vida de vuestro prójimo?

Si fuerais insípidos, no serviríais ya para nada, como la sal insípida que no sirve sino para ser arrojada y pisada de las gentes.

**93. Un gran ejemplo.**

Es de todo esto un luminoso ejemplo el gran San Agustín.

Dios le había escogido para ser *sal de la tierra*.

Para ello le sacó de en medio del camino, donde, como sal insípida, no servía para nada, sino para su propia y ajena perdición.

Se sienten aún los gemidos de ese tiempo—los gemidos de una alma ahita de mundo—en el libro de sus «Confesiones».

Ahí se contemplan aún sus resistencias a la gracia, cual águila herida que no quiere rendirse.

Y se ven aún correr por esas páginas las lágrimas de Santa Mónica, que ofrecía diariamente a Dios «la sangre de su corazón» por la conversión del hijo Agustín.

Al fin llegó la hora. Las Epístolas de San Pablo, de este apóstol que fué verdadera «sal de la tierra», abrieron los ojos de Agustín.

Y la gracia, con su soplo purificador, comenzó a desecar los antiguos pantanos del alma...

Ya se sienten las primeras brisas...

«Yo, Señor,—dice Agustín, imitando a David,—soy vuestro siervo e hijo de una sierva vuestra; y pues habéis roto mis prisiones, quiero tributaros un sacrificio de alabanza»...

Después de la muerte de su madre, Agustín se trasladó al Africa, y a las puertas de Tagaste inició una vida de oración y mortificación.

Una vez ordenado de sacerdote, fundó en las inmediaciones de Hipona ese célebre Monasterio que dió tantas lumbreras a la Iglesia africana: San Alipio, obispo de Tagaste; San Evodio, obispo de Ozala; San Severo, obispo de Milevi; San Possidio, obispo de Calamo; San Profuturo, obispo de Cirte, y tantos otros.

Agustín comenzaba a ser la sal de la tierra.

Mientras tanto su anciano obispo quiso nombrarlo su coadjutor, consagrándolo obispo, a pesar de la resistencia de Agustín, quien alegaba su indignidad.

Así fué como tan bella antorcha fué colocada en el candelero, para que iluminase la Iglesia y el mundo.

Dios le había dado a Agustín un talento tan profundo y tan penetrante, que instantáneamente iba a la raíz de las cosas, y de un solo vuelo se remontaba hasta el origen de ellas.

Además le había dotado de corazón ternísimo, para que tuviera, junto con las percepciones claras del talento, las intuiciones profundas que nacen del corazón.

Y la santidad vino a coronar con su lustre esta obra maestra de la naturaleza.

Esto era en víspera de la invasión de los bárbaros, en medio de las numerosas sectas que infestaban el campo de Dios, en una época en que el mundo necesitaba de

la sal incorruptible de la Verdad para no caer de lleno en la corrupción del error.

Para esto la Providencia se sirvió de Agustín, que como obispo fué la más alta lumbrera del Africa; y como escritor el martillo más duro y tenaz para la herejía.

En cuarenta años, en medio de innumerables trabajos, Agustín dió a luz *mil ciento treinta obras*, coronadas por su magnífica concepción de la «Ciudad de Dios».

Por esto la Iglesia le concede el sobrenombre de divino: *Divus Augustinus*.

He ahí un hombre, que tocado por la gracia, fué verdadera sal de la tierra.

**94. Encareciendo...**

San Lucas (XIV, 35), al relatar el mismo pasaje del Evangelio, después de haber dicho que la sal desvirtuada se arroja afuera como inútil, como para encarecer a los discípulos esta gran verdad trae a continuación estas palabras:

«Quien tiene oídos para escuchar, atienda bien a esto».

## LECCION XII

## «VOSOTROS SOIS LA LUZ DEL MUNDO»

**95. Exposición.**

El Maestro divino sigue hablando de la misión que cumple a los miembros de su reino; y después de haber dicho: «Vosotros sois la sal de la tierra», añade estas clarísimas palabras:

14. «Vosotros sois la luz del mundo. No se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte.

15. Ni se enciende la luz para ponerla debajo de un celemín, sino sobre un candelero, a fin de que alumbre a todos los de la casa.

16. Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro padre que está en los cielos».

Para la mejor comprensión de este trozo estupendo, téngase presente que al decir Jesús: «no se enciende la luz para ponerla debajo de un celemín», aludía a esta costumbre antigua: a causa de lo difícil que era prender nuevo fuego, solía guardarse en cada casa, día y noche, una lámpara encendida, que se colocaba bajo una pantalla (celemín), o en un lugar obscuro; y siempre que se necesitaba la luz se sacaba la lámpara y se colocaba sobre un alto candelero.

Nótese también que desde el lugar del Sermón se veía perfectamente la ciudad de Sefet, situada sobre un monte; y se comprenderá la oportunidad de esas palabras: «No se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte».

**96. «La luz del mundo».**

«Vosotros sois la luz del mundo».

Debéis ser luz por el esplendor íntimo de las virtudes, y luz por su irradiación exterior.

¡Cuán bella es esta metáfora: *la luz del mundo!*

¿Hay algo en todo el universo más bello que la luz?

Muy de madrugada, se asoma tímidamente por el oriente, blanca y fresca, y se eleva y se dilata por el horizonte, ahuyentando el escuadrón de las tinieblas...

Y trae en sus ondas la frescura inmaculada de la mañana, y los perfumes sagrados de la naturaleza, y la primera salutación de la aurora...

Y sigue elevándose, dilatándose, esclareciendo el hemisferio, poniendo su ósculo sobre todas las cosas; y avanza, en amplia inundación, irradiando al mundo con las hebras doradas de la aurora, y abrasándolo con los cálidos fulgores del sol...

Y la naturaleza, despojada de las tinieblas, se viste con alba vestidura de luz, y se atavía con hermosos colores, y se sonríe abriendo al primer beso del sol todos los cálices de las flores... y se estremece en una gran palpitación de vida.

¡Cuán bella es la luz!—esta finísima vestidura, hecha de hebras de oro, con que el Criador engalana cada mañana el universo!

Es la luz como una palidísima imagen de los esplendores eternos.

Es como una refulgente oleada del océano de la gloria celestial.

Es la luz como la sonrisa de Dios que se derrama sobre el mundo.

En cierto modo, es una suavísima emanación de su lumbre divina.

**97. La luz divina.**

En verdad, Dios mismo es luz.

La sagrada Escritura derrama este concepto en ciento de sus páginas luminosas.

Llámase al Hijo de Dios, *Luz de Luz.*

Toda la divinidad es, sin duda, luz: *Deux lux est* (1).

---

(1) Epístola de San Juan, I, 5.

En esta admirable luz, nos dice S. Atanasio, el Padre es la lumbrera o la fuente de luz, el Verbo el resplandor, el Espíritu Santo la iluminación.

El Verbo es, pues, la primera efusión de la Luz infinita, es el Hijo eterno de la Luz, es la Luz engendrada (1).

De ahí le viene este hermoso nombre de *Luz de Luz;* y viene a los hombres para manifestar y hacer resplandecer esa Luz infinita.

Santa Hildergarda se complacía en llamarle *la luz viviente*.

Más quien raya más alto es San Juan.

Este evangelista en el primer capítulo de su Evangelio, tan inundado de luz; habla del Verbo «en quien estaba la vida, y *la vida era la luz de los hombres*.

«Y esta luz resplandece en medio de las tinieblas...

«Era la *luz verdadera*, que cuanto es de sí alumbra todo hombre que viene a este mundo»...

Y así San Juan, que cual águila había bebido tanto sol, va dejando un gran reguero de luz en su Evangelio y en sus Epístolas.

Hace notar con lástima que «las tinieblas (los hombres obcecados por el pecado) no quisieron recibir esa luz».

Y las tinieblas poblaron el alma de esos hombres...

**98. Reflejo del Maestro.**

Pues bien, el discípulo de Cristo ha de reflejar la lumbre del Maestro.

He aquí un hermoso concepto de San Pablo:

«Dios que mandó la luz brotar de las tinieblas, es el mismo que ha hecho brillar su claridad en nuestros corazones, a fin de que nosotros podamos iluminar a los demás (2).

---

(1) San Basilio.
(2) Epístola II a los Corintios, IV, 6.

El discípulo debe, pues, reflejar la claridad de Cristo en su interior santuario, por la blancura de su pureza, por el fulgor de su castidad, por el alumbramiento del amor, por esa especie de fosforescencia que brota naturalmente de todas las virtudes.

A no ser así, será un discípulo «tenebroso», sumido en las tinieblas de la noche....

Por esto escribiendo San Pablo a los Efesios (V, 8), les dice: «Verdad es que en otro tiempo no erais sino tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor»: *Lux in Dómino.*

Y añade hermosamente: «Así pues proceded como *hijos de la luz*».

**99. La luz de la edificación.**

Además el buen discípulo ha de alumbrar a los demás.

San Juan Crisóstomo dice terminantemente:

«Más fácilmente dejaría el sol de alumbrar que de resplandecer un cristiano, porque su luz interior es antorcha cuyo fulgor no puede ocultarse» (1).

¡Ojalá así fuera siempre!...

No puede ocultarse una antorcha ardiente.

Y si se enciende la luz es para ponerla sobre un candelero, «a fin de que alumbre a todos los de la casa».

Es propio de la luz iluminar a los demás; así es propio de la virtud, y especialmente de la Caridad, edificar «a todos los de la casa».

En verdad, según la doctrina de Cristo, uno de los deberes que tenemos con nuestros hermanos, es *edificarlos.*

*Edificar:* he aquí una bella metáfora, privativa del idioma cristiano.

Edificar en el sentido literal no es amontonar piedras o escombros, sino construír un hermoso edificio.

En el sentido metafórico es elevar en el alma del pró-

---

(1) *In Act Apost.* Hom. XX, 4,

jimo el *edificio de la Caridad*, y no amontonar ahí «piedras de escándalo».

San Pablo hace un santo derroche de esta palabra *edificación*: «Hágase todo para edificación de los fieles»: *Omnia ad œdificatiónem fíant* (1).

A los Efesios les dice: «Vosotros, ya que sois codiciosos de dones espirituales, desead ser enriquecidos con ellos *para edificación de la iglesia* (2).

Del contexto y de las últimas palabras bien se echa de ver que si la luz ha de brillar, ha de ser no por vanagloria, sino «para edificación de la Iglesia».

«De manera que vean los hombres vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos».

Sí, glorifiquen al Padre, que ha reflejado tanto esplendor en sus pobres criaturas.

**100. La misión luminosa del cristiano.**

En verdad, la vida del cristiano no puede entenderse de otro modo.

Según lo indica la palabra, *cristiano* ha de ser otro *Cristo*.

Otro Cristo por el esplendor de la gracia.

«¿Qué es un cristiano?—pregunta Mons. Gay.

«Es un Dios en flor, como dicen con repetición los Santos Padres. El Verbo, flor del Padre, y que, según frase de San Cirilo, exhala de sí toda la fragancia del autor de la naturaleza, desciende a nosotros, nos hace morada suya y nos une consigo en tal manera, que no ya nosotros vivimos, sino él vive en nosotros; por él y en él somos hijos de Dios, como él es Hijo del Padre; como él es Verbo del Padre, nosotros somos verbo suyo; el óleo que a él le consagra, nos consagra también a nosotros: de aquí que seamos vivo perfume, o como

---

(1) Ep. I. a los Corintios, XIV, 26.
(2) Ibidem, 12.

dice San Pablo, «el buen olor de Cristo delante de Dios...olor vivificante que nos causa vida».

«Por último, el cristiano es una fuerza resultante de las potencias naturales y de las virtudes sobrenaturalmente infusas en su alma; virtudes que todas se compendian en aquella sola llamada por San Pablo también la *virtud*, o sea el *poder de Cristo*» (1).

A esta estupenda página añade el autor citado otra más estupenda aún:

«El cristiano, como luz que es, tiende a irradiarse; como perfume, a difundirse; y como fuerza, tiende a dilatarse: así que por el mero hecho de existir, por virtud misma de su ser y de su actividad propia, cuantos viven de fe pueden y deben edificar, cooperar a la obra de Dios, erigir el templo espiritual, dilatar, en fin, a Jesús.

«Comencemos por creer en esta virtud santificadora que poseemos por gracia, pues el guardar y cultivar incesantemente en nuestras almas esta creencia, es primero y fundamental requisito de nuestra aptitud para edificar al prójimo.

«Sí; todos y cada uno de nosotros podemos erigir a Jesús en las almas de nuestros hermanos, porque en todo tiempo y lugar nos es dado irradiar la luz de nuestro Salvador, como quiera que dentro de nosotros mismos, en nuestro mismo ser de gracia, llevamos este divino foco».

### 101. Medios para llegar a la luz.

El magnífico alumbramiento de que nos hablan las páginas anteriores, es posible sólo en una alma triunfadora del pecado—que es tinieblas—y amante de la plegaria.

El amor suplicante atrae la luz.

He aquí como pedía esta luz una alma santa:

---

(1) *Virtudes cristianas*, «De los deberes de la Caridad».

«¡Oh, Señor! Ojalá qúe mi alma se vuelva hacia Vos, como se vuelven las flores en busca del sol!

«Pues, Vos sois un Oriente eterno, que posee todas las frescuras de la aurora y los esplendores del mediodía!»

Al amor que nos hace puros y humildes, debe juntarse la oración esclarecedora.

Es lo que el filósofo convertido, Maine de Birán, enseñaba y practicaba en sus dolorosos años, cuando lentamente se remontaba a la luz.

En su cuaderuo de notas, en el cual dejaba cada noche sus dolorosas impresiones, indicaba los medios de volver a la verdadera vida:

«Primeramente, desear, sentir la propia necesidad, la propia miseria, la propia dependencia y hacer un esfuerzo para subir más alto. Después rogar, para que el espíritu de sabiduría descienda o que llegue al reino de Dios; rogar y mirar a la fuente de donde procede la luz. De este modo, el hombre se halla en posesión de un tesoro infinito, inagotable».

«¿Quién me dará, pues—decía él también—las alas de la oración?... ¡Oh, cuán necesario me es el orar!»

Y en seguida: «¡Día feliz, de calma y de razón, efecto de la plegaria!»

He ahí las palabras de este gran filósofo de nuestros tiempos. En su propia razón encontró que, para llegar a la luz, la súplica es todavía más poderosa que la razón. Es el gran medio después del amor.

### 102. «¿Sois la luz del mundo?»

Ahora pues sería lícito preguntar a los lectores:

«¿Sois vosotros la luz del mundo?»

Estas palabras las dirigía Jesús a sus discípulos, y a la muchedumbre en general.

Hay pues derecho para preguntar a los cristianos de hoy:

—¿Sois la luz del mundo?

He vuelto la mirada al oriente y al occidente, al norte y al mediodía, y he lanzado la gran pregunta a las muchedumbres de nuestras ciudades:

—¿Sois la luz del mundo?

«En el mundo el Verbo estaba, y el mundo por él fué hecho, y con todo, el mundo no le conoció».

«Las tinieblas no recibieron la luz».

He vuelto la mirada a los templos, atestados de fieles, y desde lo alto de la cátedra sagrada he dejado caer la gran pregunta:

—¿Sois la luz del mundo?

Un silencio solemne ha seguido a la pregunta.

Pasmado de no encontrar siquiera los diez justos de que habla la Biblia, he esforzado la voz, y he vuelto a preguntar:

—¿No habrá siquiera un hombre justo a quien dirigir la salutación divina: Sois la luz del mundo?...

Me he orientado entonces hacia la montaña santa del sacerdocio, para contemplar ahí, derramando su luz, los siete candelabros místicos, y he dirigido a lo alto la solemne pregunta:

—¿Sois vosotros la luz del mundo?

.................................................................

---

## LECCIÓN XIII

### «LA LEY ANTIGUA Y LA LEY NUEVA»

**103. Exposición.**

Después de haber señalado las condiciones para entrar en el reino de los cielos, y la misión que cumple a los miembros de este reino, comienza Jesús la promulgación de la Ley nueva, diciendo:

«No penséis que yo he venido a destruír la doctrina de la Ley, ni de los Profetas: no he venido a destruírla, sino a darle su cumplimiento» (1).

Jesucristo dió cumplimiento a la Ley con su doctrina, con sus obras y con sus preceptos.

Dió cumplimiento a las promesas y vaticinios, verificando el objeto y el fin de ellos, que era el mismo Jesucristo.

Dió cumplimiento a las *leyes ceremoniales*, dándonos lo que significaban como p. e., el bautismo, simbolizado en la circuncisión; y el sacrificio de su cuerpo y sangre, simbolizado por los sacrificios de animales.

A las *leyes morales*, vindicando su integridad e inteligencia contra los escribas y fariseos que las habían corrompido con sus tradiciones y falsa interpretación.

A las *leyes judiciales*, confirmando lo que tenían de derecho común y perpetuo, y conmutando los premios y castigos corporales y temporales en espirituales y eternos.

---

(1) La Ley del Señor se nombra de muchas maneras en la sagrada Escritura. En el Salmo 118 se le dan doce nombres: *Ley, camino, testimonios, mandatos, preceptos, dicho, palabra, juicios, justicia, reglas de justicia o justificaciones, estatutos, verdad.*

La palabra *Ley* o *Ley antigua* unas veces se toma por la *Ley natural*, o los diez mandamientos del *Decálogo:* otras por la *Ley escrita* en las tablas de Moisés; otras por el *Pentateuco*, o también por el *Antiguo Testamento.*

Tan lejos estaba Jesús de querer destruír la Ley, que añade:

«Con toda verdad os digo, que antes faltarán el cielo y la tierra, que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la Ley, hasta una sola jota o ápice de ella».

*Hasta una sola jota:* (1) es decir, hasta lo más mínimo, en lo que se refiera a la moral, o a las predicciones que miran a Jesucristo y a su Iglesia.

Y vuelve el Maestro divino a afirmar lo mismo, confirmando su palabra con sanciones eternas:

«Y así, el que violare uno de estos mandamientos, por mínimos que parezcan, y enseñare a los hombres a hacer lo mismo, será tenido por el más pequeño, (esto es, por nulo) en el reino de los cielos; pero el que los guardare y enseñare, ese será tenido por grande en el reino de los cielos».

Argüye el Señor la falsa doctrina de los fariseos, (2) que ponían diferencias entre los mandamientos, como si unos fueran grandes, y otros pequeños, cuya transgresión fuese de poco momento; y muestra que todos tienen un mismo carácter de autoridad divina, y que todos obligan igualmente, bien que los grados de la materia sean diversos.

Además, añade que mayor recompensa tendrá aquel que no sólo atiende a su salud, sino también a la del prójimo...

«Ese será tenido por grande en el reino de los cielos».

---

(1) *Yod* (jota) es la letra más pequeña del alfabeto hebreo en caracteres cuadrados.

(2) Notemos de paso que bajo el aspecto religioso, el pueblo hebreo se dividía en dos sectas principales: los *fariseos* y los *saduceos.* Estos negaban la inmortalidad del alma y la resurrección de los muertos; aquéllos eran exactos observadores de la letra de la Ley (los libros santos), pero no de su espíritu, y por esto cubrían sus vicios con aparatosas exterioridades. Contra éstos, en modo especial, clama el Maestro divino.

Por el contrario, «será tenido por el más pequeño», es decir, será excluído del reino de los cielos el que violare y enseñare a los otros a violar con su mal ejemplo o doctrina el mínimo mandamiento.

**104. El plan divino.**

El Maestro divino ha venido a ampliar los horizontes de la Ley antigua, coronándolos con la bella luz de su doctrina.

No vino a destruír sino a edificar como «sabio arquitecto».

Vino a enlazar en sí los tiempos antiguos con los nuevos, centralizando en sí mismo todas las edades. Colocado en medio de ellas aparecía en verdad como «Rey inmortal de los siglos».

El que estudie los anales del Antiguo Testamento verá bien pronto que en el gobierno del mundo, Dios sigue un plan vasto, un designio grandioso, cuyo punto central es la gran idea de su reino.

En toda su política Dios no ha pretendido otra cosa que la purificación, la renovación, el afianzamiento y la extensión de su reino sobre la tierra, del que era entonces su centro el Templo y lo es hoy la Iglesia

De ahí que el reino de Dios se abra con hermosa perspectiva sobre todas las páginas del Evangelio.

De ahí que el mismo Jesucristo nos haya enseñado a pedir al Padre celestial: *¡Venga a nos el tu reino!*

Arrojan mucha claridad sobre este plan divino el «discurso sobre la Historia Universal» de Bossuet, y la grandiosa obra de San Agustín: «De la ciudad de Dios».

**105. El espíritu de la Ley.**

Y añadió Jesús: «Porque yo os digo que si vuestra justicia no es más llena y más perfecta que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos».

*¡Yo os digo!* «La historia del Cristianismo, desde su

primera palabra hasta su última página, no es otra cosa que la historia del triunfo de esta palabra» (1).

Algunos comentadores explican así el texto: «Si no sois más observantes de la ley que los escribas y fariseos»...

Y otros: «Si no fuerais más perfectos»...

Lo sustancial es cumplir la Ley divina, no a la manera de los escribas y fariseos, que hacían consistir la perfección en el cumplimiento de la simple letra, sino de un modo más perfecto: cumplir el espíritu de la letra.

La letra es simplemente una especie de involucro de la doctrina, su broquel, su molde, su aspecto exterior.

Mientras, por el contrario, el espíritu es el aliento de la doctrina, su corazón palpitante, su esencia íntima...

La letra sola, sin espíritu, forma hipócritas, «sepulcros blanqueados», lustrosos por afuera, y corrompidos por adentro...

Empero el espíritu, cuando vivifica la letra, forma hombres sinceros, íntegros y de una sola pieza...

De esta raza de hombres son los santos—esos venerables discípulos de Cristo que transparentaban su alma en todos sus actos, que vivían la doctrina y respiraban el Evangelio, y sentían en su pecho el gran aliento del Maestro...

Mientras que de la raza de los hipócritas o fariseos son esos falsos discípulos que «predican una cosa y hacen otra».

**106. Los anatemas de Cristo.**

Los más duros reproches de Jesucristo fueron para esta clase de hombres—que son los encubiertos profanadores de su doctrina.

Basta leer algunos versículos para quedar pasmados.

Leemos en San Mateo (XXIII): «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que pagáis diezmos hasta de la yerba buena, y del eneldo, y del comino, y ha-

(1) L. Veuillot, *Vida de N. S. J. C.*

béis abandonado las cosas más esenciales de la Ley, la justicia, la misericordia y la buena fe. Estas debierais observar, sin omitir aquéllas».

Lo que sigue es una sublime ironía.

«¡Oh guías ciegos, que coláis cuanto bebéis, por si hay un mosquito, y os tragáis un camello!»

¡Y os tragáis un camello! Así son de ciegos y de anchas tragaderas esos cultivadores de la letra, pero sepultureros del espíritu.

Siguen en el texto indicado otros anatemas: y hasta se leen con espanto esas palabras:

«¡Serpientes y raza de víboras!»

Y esto es explicable: el fariseo es un profanador de esa doctrina que es esencialmente «espíritu y verdad».

Es un profanador—que se oculta bajo la capa de la hipocresía.

**107. Algunas aplicaciones.**

A la luz de estas verdades, escribía un autor, que ha auscultado el corazón de la sociedad moderna:

«Hay un gran número de personas que se dicen cristianas, se creen cristianas y viven en la frivolidad y en toda clase de pequeñeces que ni están prohibidas ni permitidas. Tienen un modo de vivir tan especial que se les ve en misa por la mañana y en el baile por la noche. Son personas que comulgan, pero con trajes tan asombrosos que la Iglesia se ha visto obligada a fijar avisos bajo sus bóvedas de que les negará la comunión cuando se presenten con tales atavíos. Estos cristianos tienen el espíritu tan desordenado que ni tienen la independencia del ateo, ni la inefable humildad del creyente. Son seres incompletos que se pliegan a todas las necesidades mundanas y pretenden al mismo tiempo seguir los deberes religiosos.

«Son cristianos... pero son cristianos, cuando se quiere, y cuando se quiere mundanos. No son del todo ni «gente de iglesia ni gente de mundo». Son una insípi-

da mescolanza, burlezca e inútil que se entretiene en mil frivolidades» (1).

Al ver cómo el número de estos inconscientes aumenta prodigiosamente, uno se ve tentado de preguntar: ¿Han leído estos tales el Evangelio? ¿Han penetrado su espíritu? ¿Dónde arraiga su fe?...

Se diría que su fe—¡simulacro de fe!—arraiga en su estómago o en su indumentaria... Es algo que sólo atañe a la parte inferior o exterior del hombre.

O bien, es algo simplemente convencional, y bueno sólo para ciertas circunstancias.

Dice a este propósito Lacordaire, que hay católicos que, «tomando en ciertos momentos convenidos, su fe en un rincón de su cerebro, se ponen en comunicación con el más allá, y durante todo el resto del tiempo dejan su fe en depósito».

¡Ah! si Cristo volviera al mundo, ¡cómo fustigaría a estos profanadores del nombre cristiano!

Recordemos también aquí las hermosas palabras de Mad. Swetchine, a propósito de aquellos católicos que no viven a la luz de sus principios:

«De muchos cristianos, cuya acción no corresponde a su palabra, puede decirse en verdad que por la voz recuerdan a Jacob, pero sus manos son las de Esaú».

Es un divorcio completo entre lo interior y lo exterior.

**108. Cumplir con perfección hasta el ápice....**

Además, el versículo susodicho del Sermón de la Montaña, insinúa la necesidad de cumplir con perfección las partes menudas de la Ley.

*Las partes más menudas*, pues aun ellas son palabras de Dios. Y como tal, participan de la majestad y de la inmortalidad de todo lo divino.

---

(1) H. Mink-Jullien, *Appuyé sur l'Autel.* (1921. p. 49. 127s.)

«Antes faltarán el cielo y la tierra, que deje de cumplirse perfectamente, hasta una sola jota o ápice de la Ley».

Y esto es consolador para el creyente: cuando se desplome el cielo y la tierra, es decir todo lo material, la palabra divina, que es espíritu, resonará eternamente en las alturas, cual melodía divina a los oídos de los que la practicaron.

Hemos dicho—*cumplir con perfección.*

Pues lo divino, aun en sus partes infinitesimales, merece la observancia más exacta y excelente.

Es obra divina, y ésta merece cumplirse con arte y grandeza de alma.

Un poeta ha dicho: «Nada es grande ni vil: nuestra alma nos da la medida de esta verdad».

Pascal añade que se deben «hacer las cosas pequeñas como grandes, a causa de la majestad de Jesucristo, que las hace en nosotros y que ve nuestra vida, y las grandes como pequeñas y fáciles a causa de su omnipotencia».

Por otra parte razón tenía San Jerónimo cuando decía: «No despreciemos como pequeñas las cosas sin las cuales las grandes no pueden existir».

Cuando sopla el espíritu, no se pára a considerar la estructura exterior de la Ley: como el sol, él besa igualmente todas las cosas, grandes o pequeñas.

---

## LECCIÓN XIV

### LA LEY DE LA CARIDAD

**109. Exposición.**

Jesús aplica el principio sentado anteriormente acerca de las excelencias de la Ley nueva sobre la antigua a varios casos particulares.

Comienza, pues, diciendo:

21. «Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No matarás: y que quien matare será condenado *a muerte* en juicio.

22. Yo os diga más: quienquiera que tome ojeriza con su hermano, merecerá que el juez le condene. Y el que le llamare *raca* merecerá a que le condene el concilio. Mas quien le llamare *fatuo* será reo del fuego del infierno».

**110. Explicación.**

Aquí Jesús, hablando del homicidio, compara la ley de Moisés, tal como la entendían los escribas, según la letra del texto, y tal como debía entenderse, según la ley natural y según la perfección cristiana.

El precepto de no matar (se entiende a otro hombre, por autoridad propia y privada y sin causa legítima) es de ley natural; y mucho antes que el Señor diera a Moisés las tablas, había dicho al primer homicida Caín: «la sangre de tu hermano me da voces pidiendo justicia».

Moisés añadió a este precepto la sanción: el matador debía ser llevado al tribunal y condenado a muerte: que si no lo dice con estas precisas palabras, lo dice equivalentemente en el C. 21 del Exodo, donde señala pena de muerte para los que matan a otro y aun para los que le hieren con la intención de matarlo y para los

que de cualquier modo hieren a sus padres: y pena del talión para los que a otros mutilan *(óculum pro óculo, déntem pro dente).*

«Jesucristo, dice un comentador, no había de derogar este precepto de la ley natural y escrita, sino había de confirmarlo con su propia autoridad, corrigiendo la mala inteligencia de los escribas y fariseos y añadiendo lo que faltaba a la ley escrita para guardar bien la natural.

*Yo,* dice, *os digo:* nótese la fuerza de esta palabra. Jesucristo es Dios y habla como quien es, el Legislador Supremo.

Los escribas y fariseos considerando que la ley de Moisés no ponía sanción más que para los que mataran e hirieran y nada decía de los que insultaran u odiaran, llegaron a persuadirse que era lícito el odio y el insulto. Por enorme que este error parezca, no puede extrañar en estos tiempos en que se permite divulgar toda clase de ideas que inciten al crimen, con tal que éste no se llegue a poner por obra; tan contrario es a la razón y a la ley natural el error de los liberales, como el de los fariseos. Corrigiéndolo, pues, dice Jesucristo, que se ha de arrancar la raíz del pecado de homicidio que es la ira desordenada, que antes de llegar a las manos se manifiesta en los afectos y brota en las palabras.

Mas para entender bien el precepto de Jesucristo hay que saber primero qué cosa es ira, y si toda manera de ira se prohibe. Es la ira una pasión, que naturalmente todos tenemos y que nos incita a la venganza al vernos despreciados o al ver despreciado lo que estimamos. Los filósofos estoicos decían que toda ira era mala, pero les contradecían los peripatéticos; y a éstos dió la razón el Maestro Divino, aunque por este lugar del Evangelio pueda parecer a primera vista lo contrario. En algunos códigos antiguos no se leía sencillamente «el que se aira con su hermano» sino «el que se aira *sin razón*»: y aunque esta adición sea espuria, la adoptaron algunos San-

tos Padres y otros notan que en todo caso debe sobreentenderse.

Si así no fuera, habría contradicción entre los hechos y las palabras del mansísimo Señor; que aunque por el dominio absoluto que tenía sobre sus pasiones podía no airarse, quiso manifestar a veces su justa ira. Y así nota S. Marcos (III, 5) que alguna vez contristado por la ceguera de corazón de los que le rodeaban, «les miró con ira»: y muchas veces prorrumpió en palabras insultantes contra los fariseos, llamándoles hipócritas, ciegos, necios, sepulcros blanqueados, etc., y aun llegó a empuñar el látigo para arrojar del templo a los profanadores. Hay, pues, una ira santa, como la de Nuestro Señor Jesucristo y la que alaban también las Sagradas Escrituras en Finees, Elías, los Macabeos y San Pablo.

Sépanlo los que farisaicamente se escandalizan, cuando se defiende con energía la causa de Dios.

Contra tales escrúpulos habla así la filosofía cristiana por boca del sabio comentarista P. Alfonso Salmerón, S. J.:

«No hay pasión natural, cuyo acto no pueda ser lícito, pues Dios entonces habría hecho una cosa inútil y mala: y así como serían inútiles los ojos, si nunca se permitiera ver, sería inútil la ira si nunca pudiéramos usar bien de ella. Otra cosa son las pasiones voluntarias, como la envidia, el odio o la soberbia. Pero la ira es común al hombre como a los animales, que no pueden tener culpa alguna. La ira, pues, en cuanto es movimiento natural, que se levanta apeteciendo según su especie la venganza justa, nunca es pecado. Pero en cuanto mana del consentimiento de la razón que juzga debe hacerse aquello a que mueve la ira, puede ser viciosa; y lo es, como todas las perturbaciones, cuando excede al medio. Y la ira que precede a la razón y la arrastra consigo es mala, porque siempre excede al medio; pero la que sigue se juzga buena, en cuanto ayuda a castigar eficazmente. Y eso, aunque la razón no juzgue tan libremente con ella; porque no conviene que ande-

mos siempre deliberando, pues entonces nada haríamos. Y así como el ministro del juez no peca cumpliendo su mandato, tampoco el apetito deseando la venganza que la razón juzga conveniente, no para hacer daño, sino para hacer justicia» (1).

Damos por supuesto que Jesús trata aquí sólo de la ira contra la razón.

Ahora bien, según unos, de esas tres maneras de ira la primera es interior, la segunda prorrumpe en una interjección de desprecio *raca*, aunque sin llegar al insulto; la tercera lanza una palabra insultante. Según otros, *raca* es ya un insulto que nota a uno de falta de entendimiento, como bobo o tonto; y *fatue*, aunque por la traducción latina parece significar eso mismo, en hebreo es un insulto mayor que significa criminal o impío.

A estos tres grados de ira señala el Señor tres grados de castigos, o de juicio y gradación en los tribunales; el primero merece condenarse como en juzgado de primera instancia, el segundo en el Sanedrín o tribunal supremo, el tercero en el tribunal de Dios, único que puede condenar al infierno, como si entre los hombres no hubiera ya bastante castigo para tal pecado» (2).

En cuanto a las últimas palabras del texto «fuego del infierno» (*gehennae*), hace notar San Jerónimo que esa palabra *gehenna* corresponde a un sitio cerca de Jerusalén, al pie del monte Moria. En él había un ídolo de Moloch, a quien sacrificaban los israelitas sus propios hijos, quemándolos lastimosamente; y de aquí se aplica este nombre al fuego y lugar del infierno.

**111. Aplicación.**

Todo lo cual indica como los discípulos de Cristo han de cuidar de no lastimar, no sólo el cuerpo, sino

(1) *Commentarii in Evangelicam Historiam.* L. v, Tr. XXXVI.
(2) Cf. «Sal terrae», 1921.

también el alma, el honor y la buena fama del prójimo.

«¿Acaso el alma vale menos que el cuerpo y las cosas materiales?»

Cuando se considera que el prójimo es hermano nuestro y que brilla en su alma la sangre de Cristo que nos rescató, no es fácil arrojar sobre ese hermano el lodo de las contumelias...

Por esto los Santos que veían en sus hermanos con los ojos de la fe, la bella imagen de Cristo, aunque a veces ofuscada por las nubes del pecado, estaban poseídos de veneración ante esa imagen divina grabada en el fondo de la conciencia...

Y cuando hablaban, las palabras fluían de sus labios, como «un bálsamo derramado» en un lugar sacro, ofrenda de una alma a otra hermana suya...

Este es el fruto más exquisito de la caridad: respetar y amar al prójimo con una especie de veneración sagrada.

¿Qué saben de estas cosas esos malos discípulos que tienen «unas lenguas afiladas como espadas», según la frase de David, y se presentan siempre en todas partes en son de guerra?...

¡Ah! si ellos supieran cómo lastiman el rostro de Cristo y desfiguran su imagen en la conciencia de un hermano, toda vez que con esas «espadas afiladas»—con esas mismas palabras de *tonto* y *necio*... que reprueba el Evangelio—cortan y sajan sin piedad!...

¡Cuántas mutilaciones horrorosas se verían si las mutilaciones del alma fueran visibles!

¿Cómo no han de merecer estos hombres sanguinarios las penas de que habla el Evangelio?

No, no es discípulo de Cristo el que no lleva en su mente, en su corazón y en sus labios, la flor de la caridad...

**112. Reconciliación fraternal.**

Jesús refuerza y amplía lo anterior, recomendando la reconciliación fraternal.

23. «Por tanto, si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti:

24. Deja allí mismo tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano: y después volverás a presentar tu ofrenda.

25. Componte luego con tu contrario, mientras estás con él todavía en el camino; no sea que te ponga en manos del juez, y el juez te entregue en las del alguacil, y te metan en la cárcel.

26. Asegúrote de cierto que de allí no saldrás, hasta que pagues el último maravedí».

Los judíos restringían la obligación de que habla el texto, a restituír los daños ocasionados en dinero; Jesús extiende la obligación a todo género de daño y ofensa, exigiendo la reconciliación de los corazones, antes de presentar la ofrenda.

¿Cómo podría ser de otro modo aceptable a Dios una ofrenda, un sacrificio, hecho sobre el ara impura del corazón?

Cuando el hombre se acerca a la Divinidad, para ofrecerle sacrificios, debe llevar la estola blanca de la pureza...

Recalca además el Salvador este mismo concepto, cuando dice: «Componte luego con tu contrario»...

Es más útil componerse amigablemente las dos partes que esperar la sentencia del juez, porque éste hará poner en prisión al deudor hasta que pague el último maravedí.

Y esto, dice Jesús, «mientras estás con él todavía en el camino»...

Pues no encontrará paz delante de Dios en la otra vida, quien no supo tenerla con su hermano en ésta.

**113. San Juan Limosnero reconciliándose.**

Los Santos han sabido cumplir con estas enseñanzas del Maestro.

Cuéntase de San Juan Limosnero que tuvo un día una disputa con el Senador Nicetas, separándose ambos en mala inteligencia.

Hacia la tarde el Santo, muy apenado, envió un sacerdote a Nicetas para que le dijese de su parte estas palabras: «Hermano mío, *el sol está para ponerse*».

El senador, conmovido por estas palabras, va a buscarle deshecho en lágrimas; y en el instante se pusieron ambos de rodillas el uno delante del otro y se abrazaron tiernamente.

El Santo le dijo:—Os aseguro que, si no hubiera temido renovar vuestra cólera, hubiera ido a buscaros al instante.

El senador repitió lo mismo. Y desde entonces vivieron en perfecta inteligencia. Y Dios los bendijo.

Habían cumplido con el precepto evangélico.

**114. Resumiendo.**

He ahí pues trazado en uno de sus aspectos principales el bello programa de la Caridad.

Resplandezca esta virtud soberana en los inmaculados dominios del pensamiento, y ponga su sello real y divino en todas las palabras...

¡Oh! cuánta majestad ostentarían las palabras que se arrojan al mundo, si las cubriera siempre la púrpura de esa soberana!

¡Y sea la Caridad la gran pacificadora, la divina mensajera que lleve a todos los combatientes de este planeta la oliva de paz!...

---

# LECCIÓN XV

## DE LA CONCUPISCENCIA Y DEL DIVORCIO

**115. Exposición.**

Jesús sigue explicando su doctrina, coronando de luz la Ley antigua:

27. «Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No cometerás adulterio.

28. Yo os digo más: cualquiera que mirare a una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón.

29. Si tu ojo derecho es para ti una ocasión de pecar, sácale y arrójale fuera de ti; pues mejor te está el perder uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno.

30. Y si es tu mano derecha la que te sirve de escándalo *o incita a pecar*, córtala, y tírala lejos de ti; pues mejor te está que perezca uno de tus miembros, que no el que vaya todo tu cuerpo al infierno».

La Ley antigua prohibía el adulterio: la ley nueva prohibe hasta el mal deseo... y declara que hay adulterios que se consumen en el silencio del corazón.

La Ley antigua prohibía también los malos deseos (Exodo, XX, 14-17); pero es verosímil que los fariseos hubiesen reducido la prohibición sólo a la culpa positiva.

Jesús exige la castidad hasta en los dominios del pensamiento y del corazón.

Recordemos otra vez: «Bienaventurados los limpios de corazón»...

No quiere en su reino «sepulcros blanqueados, que por afuera parecen hermosos a los hombres, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de todo género de podredumbre» (1).

(1) San Mateo, XXIII, 27.

La castidad ha de ser virtud inherente al alma, la sal incorruptible del espíritu, el límpido cristal de la conciencia..

Ha de ser la blanca luz que ilumine el santuario interior...

Cualquier ráfaga impura que sople allí—pensamientos, imágenes, deseos consentidos — apaga esa luz y profana y execra el santuario.

Y, cuando esto sucede, Dios se aleja con su gracia, de este templo profanado...

**116. Una página de teología mística.**

La gracia divina sólo mora en el templo de la castidad—que es el santuario interior.

Este es uno de los aspectos más hermosos del misterio de la gracia.

Por ella llegamos a formar una misma cosa con Cristo.

San Pablo dice expresamente: «Vosotros sois el cuerpo místico de Cristo» (1).

Y en otro pasaje: «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?» (2).

Por aquí se ve cómo el hombre entra a ser parte del misterio del Verbo Encarnado, y se une con él al modo que con la cabeza está unido el cuerpo.

Mística es esta unión, sin duda; mas no por esto ha de creerse cosa imaginaria, o bien mera y vaga abstracción.

Ahora bien, el mismo San Pablo dice que Jesucristo es morada de Dios:

«En él habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente» (3), es decir, según Santo Tomás, real, substancial, totalmente.

En otros términos: su Humanidad toda entera es trono, santuario y templo de la Divinidad.

---

(1) I a los Corintios, XII, 17.
(2) I a los Corintios, VI, 15.
(3) A los Colosenses, II, 9.

Así es, pues, como, a causa de Cristo y por medio de él, el hombre viene a ser, a su vez, sin duda como a su condición humana conviene, templo, santuario y trono de Dios.

El mismo citado apóstol añade: «¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros?» (1).

El hombre viene, pues, a ser verdadero templo de la Divinidad.

Dios mora en él por su gracia.

Custodia y sacerdotisa de este templo es, según Tertuliano, la castidad.

Pues bien, he aquí lo que añade el mismo San Pablo:

«Pues si alguno profanare el templo de Dios, perderle ha Dios a él. Porque el templo de Dios, que sois vosotros, santo es» (2).

Dios ha de perder a los que profanan con la impureza su propio cuerpo.

Como se ve, la castidad es una virtud esencial en la doctrina cristiana, es una condición necesaria para las operaciones de la gracia...

Así se explican las palabras del Maestro:

«Si tu ojo derecho es para ti una ocasión de pecar, sácale y arrójale fuera de ti», etc.

Es decir, es preciso apartar cuanto es ocasión de pecado o cuanto sirve de escándalo, y arrojarlo, y tirarlo, aunque nos sea tan necesario o tan amado como el ojo o la mano derecha.

Cualquier sacrificio es preferible antes que la perdición eterna.

**117. Medios prácticos.**

Recordemos aquí, de paso, un medio práctico que solía dar San Vicente de Paúl para conservar la pureza en los dominios del pensamiento:

---

(1) I a los Corintios, III, 16.
(2) I a los Corintios, III, 17.

«Acostumbraos, decía, a depositar vuestro corazón en las sagradas Llagas de Jesucristo siempre que os acometan algunas ideas impuras: estas Llagas son un asilo inaccesible al enemigo».

Añadía: «El verdadero modo de conservar la pureza, es evitar todas las ocasiones que pueden mancharla».

Muchas de estas ocasiones se presentan a los ojos: de ahí la necesidad de guardarlos mortificados.

De San Vicente se dijo que «llevaba la mortificación de Cristo sobre todo su cuerpo».

**118. Acerca del divorcio.**

Jesús sigue explicando los alcances de la Ley nueva, y añade acerca del divorcio:

31. «Hase dicho: Cualquiera que despidiere a su mujer, dele libelo de repudio.

32. Pero yo os digo: cualquiera que despidiere a su mujer, si no es por causa de adulterio, la expone a ser adúltera; y el que se casare con la repudiada, es adúltero».

Para la inteligencia del texto hase de notar que el libelo de repudio era una especie de testimonio o certificado que el marido daba a su mujer cuando se divorciaba de ella, en ciertos casos permitidos por la ley. Dios no había mandado el divorcio; pero lo había permitido a los judíos «por la dureza de su corazón», mandando empero que no lo ejecutasen sin dar a la mujer dicho libelo, que las autorizaba a casarse con otro, para dar tiempo a la reflexión y evitar que los maridos fuesen demasiado fáciles en repudiar a sus mujeres.

Jesús declara que en adelante el matrimonio será indisoluble: lo único que se podrá permitir en algunos casos graves, por razón de la mala conducta de alguno de los consortes, es la separación de los cuerpos, aunque quedando ligados con el vínculo matrimonial, mientras vivan ambos.

«El que se casare con la repudiada, es adúltero», dice

el texto, porque permanece indisoluble el vínculo matrimonial (1).

«Como los discípulos manifestasen cierta extrañeza por esta doctrina, Jesús les declaró que tal había sido la ley primitiva, *ab initio fuit sic;* y que si la antigua ley del pueblo hebreo había tolerado ciertas desviaciones de la primitiva, había sido únicamente «a causa de la dureza de los corazones» de un pueblo grosero.

Difícil era promulgar la ley y su razón soberana con más sencillez, energía y grandeza. Así, pues, Dios es quien los ha unido, Dios quien los ha hecho el uno para el otro, Dios quien los ha hecho para sí mismos, y en la obra de la creación los ha asociado a los dos a su poder supremo! Separarlos, desunirlos, es atentar a la obra divina: es perturbar todo el designio del Creador. El hombre no tiene tanto poder: «*No separe el hombre lo que Dios ha unido*».

Era difícil establecer con más profundidad y levantar más alta la barrera que debía ser la salvaguardia de las costumbres públicas, y la muralla más fuerte del afecto conyugal; así como también era difícil proteger con mayor poder la fuente de las generaciones humanas, y esa sociedad misteriosa cuya fuerza y honor consisten en la unidad y en la estabilidad.

Bossuet, cuya mirada investigadora penetró tan adentro en todas las cosas, después de haber dicho que, «*el amor conyugal no admitía división*, que una sociedad tan santa no tenía otro fin que el de la vida y que los hijos no viesen arrojar a su madre de la casa para poner en su lugar una madrastra», añade: «La fidelidad, la santidad y la dicha de los matrimonios, son un interés público y una fuente de felicidad para los Estados. Esta ley es tan política como moral y religiosa».

En efecto, ¿de qué se trataba? De procurar la dicha y

(1). Véanse amplias explicaciones sobre este texto, mal interpretado por los griegos cismáticos y algunos protestantes, en el *Manual Bíblico* de Vigouroux, etc. N.º 276.

todos los efectos de la familia; de levantar la mujer del abatimiento en que había sido arrojada; de devolverle su puesto y su dignidad primitivas bajo el techo conyugal; de hacer de esa débil criatura la noble compañera del hombre; de ennoblecer al hombre dándole una esposa, una hermana, una madre, una hija, dignas de él.

Pero Jesucristo hizo más aún: estableció el fundamento de las costumbres sociales; encadenó con santa severidad la depravación y la inconstancia humanas; cautivó las pasiones tumultuosas en el seno de la sociedad en peligro, y quiso proteger, bendecir y santificar la humanidad entera en aquella hora solemne de la vida del hombre» (1).

**119. ¡Gracias a Dios!**

«¡Gracias inmortales sean dadas al Dios del Evangelio! El matrimonio recobró con una sola frase de sus labios la dignidad, la gracia y la inviolabilidad de la institución primitiva; y como no hay nada puro y noble en la naturaleza que la bendición del Redentor de los hombres no ennoblezca y purifique, nada santo que no santifique, nada grande que no eleve, es un hermoso y tierno espectáculo verle en Caná, primero honrando con su presencia las bodas inocentes de dos pobres esposos y aumentando con un milagro brillante la alegría de la fiesta; y después, elevando esta venerable alianza a la más alta dignidad, imprimirle un carácter nuevo y más augusto, haciendo de ella un sacramento, consagrando la sociedad conyugal hasta el punto de hacer que forme una parte de la religión; protegiéndola contra la impaciencia y el capricho de las pasiones con el vigor de las leyes más santas, y sancionando para siempre su unidad, su indisolubilidad y su santidad con la amenaza de las penas más severas y a la vez con la promesa de los más gloriosos privilegios» (2).

---

(1) Dupanloup, *Historia de N S. J. C.,* Introducción.
(2) Ibidem.

## LECCIÓN XVI

### DEL JURAMENTO Y DE LA SINCERIDAD.

**120. Exposición.**

Jesús habla de la claridad en las palabras que exige la Ley nueva:

33. «También habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No jurarás en falso: pero cumplirás los juramentos hechos al Señor.

34. Yo os digo más, que de ningún modo juréis *sin justo motivo*, ni por el cielo, pues es el trono de Dios.

35. ni por la tierra, pues es la peana de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran rey.

36. ni tampoco juraréis por vuestra cabeza, pues no está en vuestra mano el hacer blanco o negro un solo cabello.

37. Sea, pues, vuestro modo de hablar, sí, sí *o* no, no: que lo que pasa de esto, de mal principio proviene».

Los fariseos habían falsificado el sentido de esta ley «No jurarás en falso», restringiéndola a solos los juramentos falsos hechos en daño de tercero, y por el nombre propio de Dios: así que no comprendían en ella los juramentos vanos y frívolos, y reputaban por indiferentes o de nonada los que se hacían por las criaturas, «por el cielo» o «por la tierra», o también, a semejanza de griegos y romanos, «por la propia cabeza».

Lo que pasa de la simple afirmación o negación procede de mal principio, que es o la desconfianza de los unos o la mala fe de los otros.

Se puede también entender eso, que del «maligno procede», esto es, del espíritu maligno, que es padre de mentiras, y que intenta hacer perjuros a los hombres.

Esta prohibición absoluta de todo juramento se debe entender cuando no hay necesidad, porque cuando la

hay y concurre la verdad y la justicia, no sólo es lícito, sino santo y sagrado, como consta de Jeremías (IV, 2): «Sea tu juramento (hecho con verdad, en juicio, y con justicia): Vive el Señor»...

Además recordemos que el mismo San Pablo toma a Dios por testigo de la verdad de lo que escribe, y el ángel del Apocalipsis levanta la mano y jura por Aquel que vive por los siglos de los siglos.

**121. La sinceridad es hija de la verdad.**

«Sea vuestro modo de hablar, *sí sí* o *nó nó*».

He ahí un rasgo peculiarísimo de los discípulos de Jesús: la *sinceridad.*

La sinceridad es el acento de la verdad.

Cuando la verdad habita en el hombre en toda su limpidez, sin ofuscaciones, se manifiesta a lo exterior en su pureza virginal.

El agua de una fuente es pura cuando el manantial es puro. Y es cenagosa, cuando procede de un cenagal.

Es pues la sinceridad hija de la verdad: es su imagen exterior (la imagen de la verdad) reflejada en la limpidez de las palabras; es el metal de su voz resonando en el mundo sensible; es una onda de su luz que ella envía a las almas desde su íntimo santuario...

Por eso concebimos esa virtud como algo límpido, argentino, luminoso, que sale de lo interior...

**122. Virtud evangélica.**

Es virtud eminentemente evangélica.

Siendo el Evangelio el aliento de la verdad, la sinceridad es como su palabra nítida expresada en el tiempo, o como su grito, espontáneo y cristalino, lanzado desde el fondo de los siglos a las generaciones que pasan...

Por eso el Evangelio aborrece la mentira, que es negación: la doblez, que es simulación de la verdad: la hipocresía, que es una capa que el vicio pide prestada a la virtud para cubrir sus ignominias...

Basta recordar los acentos de indignación que el Salvador lanza contra los fariseos hipócritas, hasta llamarlos «raza de víboras», para comprender que la hipocresía, la doblez, la mentira y toda la progenie de hijas espurias del alma humana, están esencialmente reñidas con el espíritu del cristianismo.

Citemos sólo ese paso que trae San Juan (VIII, 44), en que el Maestro divino reprende a los Fariseos:

«*Vosotros sois hijos del diablo*... quien criado justo no permaneció en la verdad»...

Como si dijera: le quedó por carácter y distintivo propio la mentira.

Y añade: «Y así no hay verdad en él (en el diablo): cuando dice mentiras, habla como quien es por ser de suyo mentiroso y padre de la mentira».

¡*Hijos del diablo* llama Jesús a los mentirosos!

No vamos a recordar otras páginas del Nuevo Testamento, porque todo él, por boca de Jesucristo, de los evangelistas, de San Pablo, es un encarecimiento al espíritu de sinceridad y de verdad.

No puede, pues, realmente ser cristiano quien no es sincero.

Le falta un soplo vital del espíritu evangélico.

Le falta la incorruptibilidad de la sal.

**123. Ampliando el concepto.**

Podríamos también extender estas consideraciones a esas mentiras solapadas, con que las convenciones de la civilización moderna encubren las intrigas de la política, la zalamería de la diplomacia, la afectación de la etiqueta...

Sobre esto recordaremos sólo una frase que escribió San Pablo a los Romanos (VIII, 6):

«La prudencia de la carne, es muerte: mientras que la prudencia de las cosas del espíritu, es vida y paz».

Nótense las palabras «la prudencia de la carne»,—esto es, esa prudencia corruptible, falsa y aparente, que rige las relaciones de los hombres del mundo.

Podríamos también añadir que está reñida con el espíritu evangélico toda suerte de exageración.

La exageración, según De Maitre, es la mentira de la gente honrada.

La exageración es falta de proporción moral, cierta inflación morbosa, un estrabismo del ojo del alma...

De ahí que la hermosa figura de la verdad aparezca desproporcionada, finchada, falsa...

O por lo menos, con lineamientos, como ciertas pinturas oblongas del Greco, los cuales no responden a la realidad.

Además de que, sabido es, la exageracion denota cierto desequilibrio mental.

El entendimiento percibe las cosas como a través de un lente de aumento... Y de ahí todos los superlativos que fluyen por las palabras, y el aire de pasmo que viene a ser la atmósfera constante de todos los hombres exagerados.

Estos hombres andan siempre llenos de interjecciones, que por cualquier frívolo pretexto espetan a cuantos se atraviesan en su camino...

Y, como falsos profetas, presagian de continuo inminentes tempestades...

De esta raza de desequilibrados salen todos los fanáticos.

**124. La transparencia de los Santos.**

¿Acaso se concebiría un santo—uno de esos santos que son la personificación viva del Evangelio—con la mentira en los labios, la doblez en el espíritu, la hipocresía en su comunicación con Dios y con los hombres, y la exageración en sus juicios y en sus palabras?...

No, al Santo, y digamos, al verdadero discípulo de Cristo, se le concibe con el alma transparente...

La verdad que le alumbra interiormente, esparce sus claridades también en lo exterior...

Y a través de sus palabras cristalinas se percibe el acento de la verdad.

Aun más. El varón justo sabe morir por la verdad, ofreciéndole en homenaje, a esta eterna Soberana, la púrpura de su sangre...

Un solo hecho. El célebre héroe del Tirol, Pedro Mayer, compañero de Andrés Hofer (1809), cayó en poder de los franceses y fué condenado a muerte. Muchos intercedieron por él.

Los franceses estaban dispuestos a otorgarle el perdón, si confesaba que no sabía la paz firmada entre Austria y Francia y la prohibición de llevar armas.

Mas él se negó a ello, diciendo: «Quiero más la verdad que la vida».

Y cayó fusilado en Bozen, en 1810.

El buen discípulo de Cristo muere, pero no miente.

Su divisa es: morir antes que mentir.

Y la sinceridad es como su vestidura transparente.

Hasta en su frente—en esta noble morada del espíritu—se percibe cierta serenidad, que es el indicio más seguro de la interior imperturbabilidad del espíritu.

El Santo no se conturba, no se pasma, no se agita, boga en un mar siempre tranquilo, y sus palabras, como las aguas límpidas, reflejan su imagen...

El Santo no habla mucho, no ornamenta su hablar con vana fraseología, ni le enturbia con inútiles aditamentos, ni le fincha con ridículos pleonasmos; ni siquiera le refuerza con ninguna clase de juramento...

Su modo de hablar es: *sí, sí,* o *nó, nó.*

Lo que pasa de esto, es palabrería inútil.

En el hombre ha de hablar la voz de la sinceridad, y ha de convencer la evidencia de la verdad. Esta es la gran cúpula luminosa que corona el edificio de la santidad.

---

# LECCIÓN XVII

## LA LEY DEL TALION

**125. Exposición.**

Seguía Jesús adoctrinando a la muchedumbre acerca de la nueva Ley:

38. «Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo, y diente por diente.

39. Yo empero os digo, que no hagáis resistencia al agravio; antes si alguno te hiriere en la mejilla derecha, vuélvele también la otra.

40. Y al que quiere armarte pleito para quitarte la túnica, alárgale también la capa.

41. Y a quien te forzare a ir cargado mil pasos, ve con él otros dos *mil*.

42. Al que te pide, dale: y no tuerzas tu rostro al que pretende de ti algún préstamo».

Recordemos que Moisés había ordenado en el Levítico (XIX, 18—XXIV, 20), que se arrancase solamente *ojo por ojo*. y *diente por diente*; esto es que la venganza fuese proporcionada a la injuria.

Esta es la ley llamada del *talión*, cuya ejecución no tocaba sino a los jueces.

Es de notar además que entre los fariseos se consideraba un grado de justicia considerable el no exceder la justa medida de la venganza.

Jesús no prohibe aquí la reivindicación contra las injurias, siempre que se haga por medios legales y sin mala intención de perjudicar al prójimo o de gozarse en su mal; sino que más bien expone el ideal de la paciencia cristiana y de la caridad magnánima, que a la malicia de un perverso adversario responde con un redoblado amor.

Es evidente que la mayor parte de los casos señalados en el texto, son tan sólo materia de consejo y de perfección, y, por consiguiente, a no ser en circunstancias muy especiales, no obligan.

**126. «¡Ojo por ojo!»...**

He ahí sintetizado el espíritu de venganza—una de las pasiones más violentas de la naturaleza humana.

Es ella el grito de la bestia sedienta de revancha: grito salvaje que resuena en las espesuras incultas de una conciencia tenebrosa y levanta en rebelión a todos los instintos depravados...

Y en el hervor de la sangre, los ojos cegados, los dientes rechinando, el hermano se lanza contra el hermano, y le hiere con el arma o lo cubre de infamia con la palabra.

He ahí al hombre vengativo: ha descendido hasta la última grada... a ese bajo fondo de la pobre naturaleza humana donde, entre las tinieblas de la razón y de la conciencia, rugen en pleno libertinaje las más temibles pasiones.

He ahí al *sub-hombre*—al hombre de las cavernas.

Bien cierto es que el barniz de una exterior cultura cubre este bajo fondo con ciertos convencionalismos.

Esto sucede, p. e., con el duelo—fruto de prejuicios y resto de barbarie.

Pero en el fondo es siempre la misma pasión que por pudor se cubre de una capa farisaica.

De ahí nacen también ciertas polémicas—contiendas de ideas en que el estilete de la pluma o de la lengua suele aventajar, con mucho, al cuchillo en despedazar honras y reputaciones. Estos son los delitos más comunes que se cometen a la sombra de la moderna civilización.

He ahí al hombre—exteriormente civilizado — en quien no alienta el espíritu de Cristo.

Es el mismo salvaje primitivo, cubierto con la capa

de Diógenes—es decir, con un ligero barniz de filosofía cínica.

Salvo este barniz, el hombre del siglo XX bien puede llegar a ser el hombre de las cavernas.

**127. La ley del espíritu.**

Pues bien, Cristo viene a encadenar esta salvaje pasión, y hablando «como quien tiene autoridad», dice a los discípulos:

«Yo, empero, os digo que no hagáis resistencia al agravio»...

Es decir, «no devolváis mal por mal, mas dejad a Dios la venganza», como dice San Pablo (1).

He ahí el primer paso. Encadenar la pasión y reducirla a la impotencia.

Jesucristo, aun desde el punto de vista humano, es el gran libertador del espíritu.

Su palabra es un gran soplo de libertad infundido en el hombre: es el bronce sagrado que anuncia a las muchedumbres la hora de la emancipación.

Como si dijera: Hasta ahora habéis obedecido a las tendencias inferiores de la naturaleza—que los hombres tienen comunes con los brutos.

Pues ahora, os mando, si queréis ser mis discípulos, que quebrantéis las cadenas de la servidumbre de los instintos, y entreguéis al espíritu el mando superior del hombre.

«El espíritu os hará libres»

El espíritu es lumbre, es amor, es vida.

Es el soplo divino que al pasar por un pecho humauo, le purifica, le eleva y le comunica los alientos de la caridad.

**128. La soberanía del espíritu.**

Notemos que en esto consiste esencialmente la vida superior del hombre: la soberanía del espíritu sobre la materia, el señorío del alma sobre las pasiones.

---

(1) A los Romanos, XII, 17-19.

Y en esto consiste el verdadero valor: en estas calladas pero gloriosas conquistas sobre el salvaje que anida en todo hombre.

Abandonarse en manos de este salvaje, es el mayor acto de debilidad y cobardía que cabe en el mundo.

El resistir sus ímpetus pasionales—como la sed de venganza, la ira, el rencor...—con la noble altivez del espíritu que a toda costa quiere la paz en sus dominios y que no tolera los criminales atentados de la pasión, eso es ser hombre de carácter.

Eso es ser hombre valiente y esforzado.

**129. La más alta conquista del espíritu.**

Mas Jesús quiere algo más: exige no sólo la resistencia pasiva, sino también la activa.

Por eso dice: «Si alguno te hiere en la mejilla derecha, vuélvele también la otra.

«Y al que quiere armarte pleito para quitarte la túnica, alárgale también la capa»...

Es decir, lleva tus conquistas aun más allá de lo dicho: no te contentes sólo con no vengarte, sino desarma a tu ofensor con la bondad...

Vence la abundancia del mal con la sobreabundancia del bien.

Cubre las miserias del ofensor con las flores de la caridad—de esa caridad que por sí sola «es capaz de cubrir la muchedumbre de los pecados».

Olvida... para que el aguijón del recuerdo de la ofensa no te persiga.

Y ama... que «el amor te enseñará todas las cosas»...

Te enseñará a perdonar y compadecer a tu prójimo —víctima, acaso inconsciente, de la tiranía de las pasiones.

El amor te impulsará, con su gran fuerza impulsiva y difusiva, a elevarte y a derramar beneficios sobre el injusto agresor...

Esto es ser cristiano.

Y, aun cuando la defensa sea necesaria, el amor te enseñará a amar al individuo, aborreciendo y condenando su pecado.

Así lo han practicado los Santos.

Basta hojear sus Vidas, para darse cuenta de como supieron practicar las enseñanzas del Evangelio.

Recordemos un solo hecho. Un joven arriano resolvió matar a San Gregorio, Patriarca de Constantinopla, por odios sectarios. Penetró, espada en mano, en el humilde aposento del prelado, el cual yacía en cama enfermo; y al ver un rostro tan venerando, aquél quedó sobrecogido...

—¿Qué hay de nuevo?—preguntó dulcemente San Gregorio. El joven quedó sin palabra.

—¿No lo conocéis?—dijo vivamente un cortesano:—este infeliz venía a quitaros la vida. Que se prenda al asesino.

—Dejad,—exclamó San Gregorio,—como enemigo mío debo yo el primero dar la mano a este hombre. Ven, hijo mío,—añadió, haciéndole señal para que se acercara,—ven, que Dios te libre de mal, como a mí me ha guardado de ti. Yo te perdono de todo mi corazón, y saldrás de palacio con la misma libertad con que has entrado.

—Padre mío,—exclamó el arriano, poniendo solemnemente la mano sobre su corazón,—desde este momento soy católico.

He ahí la ley de Cristo.

Esta es la más alta conquista del espíritu.

A estas cimas han de elevarse los discípulos de Cristo—todos esos discípulos que son dignos de morar en la cumbre de la Montaña, cantando en la augusta serenidad de las alturas, un himno triunfal a las victorias del espíritu y a los prodigios del amor!...

.......................................................................

## LECCION XVIII

### EL AMOR A LOS ENEMIGOS

**130. Exposición.**

Jesús sigue explicando las excelencias de la Ley nueva sobre la antigua:

43. «Habéis oído que fué dicho: Amarás a tu prójimo, y tendrás odio a tu enemigo.

44. Yo os digo más: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian;

45. para que seáis hijos *imitadores* de vuestro padre celestial: el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores.

46. Que si no amáis sino a los que os aman, ¿qué premio habéis de tener? ¿no lo hacen así aun los publicanos?

47. Y si no saludáis a otros que a vuestros hermanos, ¿qué tiene eso de particular? ¿Por ventura no hacen también esto los paganos?

48. Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro padre celestial es perfecto, *imitándole en cuanto podáis*».

Hay que notar que esas palabras—«amarás a tu prójimo, y tendrás odio a tu enemigo»—eran una de las máximas torcidas de los falsos intérpretes de la Ley, los cuales entendían por *prójimos*, a solo los parientes, amigos y conocidos.

Jesús explicó ampliamente este concepto de prójimo, en la parábola del samaritano, cuando respondió a la pregunta del doctor de la Ley: «¿Quién es mi prójimo?» (1).

El amar sólo a los que nos aman, es propio también de los publicanos.

(1) San Lucas X, 29.

Los publicanos eran los que cobraban la alcabala del emperador, y eran mirados por los judíos como hombres perdidos e infames.

Se comprende pues muy claramente la alusión de Jesús.

El amor cristiano no debía ya conocer fronteras ni estrecheces: debía inundar como el sol a buenos y malos...

Cristo ha sido el primero que ha hecho del amor al prójimo una ley universal.

Cierto es que el amor, según Platón, constituye el principio de todas las relaciones; y que la filosofía enseña, según Séneca, a «amar lo humano» (1); pero en boca de esos filósofos el amor era un sentimiento abstracto, infecundo en la práctica.

«Faltaba al paganismo, escribe Dahlmann, lo que consideramos enteramente natural los cristianos porque sabemos respetar al hombre: la Caridad» (2).

Esa caridad—que es el alma de la nueva Ley, y el esplendor de la gracia divina.

Hacía cuarenta siglos que el hombre ahogaba esta ley en su corazón...Al fin con Cristo tuvo esta ley su expansión divina.

Ante este esplendor sobrenatural debían retirarse del corazón cristiano, como las tinieblas ante el sol, las negras sombras del odio.

**131. «Amad a vuestros enemigos»...**

Arrojad ya las negras sombras del odio.

El odio es la medida de la barbarie del alma.

Es ese fondo obscuro donde se genera, en medio de las tinieblas, la sed de venganza de que hablamos anteriormente.

Es un instinto ciego y homicida, que surge de la raíz misma de la animalidad.

---

(1) Epístola XC, 3.
(2) *Política*, pág. 216.

Cuando tal instinto no es contenido por el espíritu, y se apodera del corazón del hombre, y exalta su fantasía, adquiriendo toda la pujanza y el colorido de la pasión humana, es capaz de todo delito.

San Juan en su primera Epístola (III, 15) dice: «Cualquiera que odia a su hermano es un homicida».

Es Caín perpetuamente renovado en el hombre animal, que asesina alevosamente a Abel.

Claro está que no siempre se asesina en la obra: hay asesinatos que se cometen, lejos de los ojos humanos, con un simple deseo, con pérfida intención, en el rincón más obscuro de la conciencia humana.

En este sentido ¡cuántos homicidas hay que pasan por hombres probos! a pesar de haber degollado una muchedumbre de hermanos.

Pues bien, Jesús, el verdadero libertador del espíritu humano, manda a sus discípulos que rompan las cadenas de los bajos instintos, y desplieguen las alas del alma...

Y alentando sobre el corazón humano, le infunde un gran soplo de amor.

El odio es homicida; sólo el amor es fecundo, y sus dominios no conocen fronteras...

Es como un sol moral que resplandece sobre buenos y malos.

Y resplandece eternamente.

Sin esta elevación a las regiones altas, desde donde los horizontes se amplían hasta perderse con lo infinito, bajo los resplandores del amor, no es posible ser discípulo de Cristo, no es posible ser hijo del Padre celestial, el cual envía la lluvia fecunda sobre justos y pecadores.

Sin esta visión amplia, aun cuando el odio no extienda sus negras alas sobre el alma, ¿qué sucederá?

Lo que sucede ordinariamente: cristianos y aun profesionales de la religión, pero que no han comprendido el espíritu de Cristo, levantan en el campo aun cristiano barreras insuperables entre las diversas castas y

clases y partidos, y fomentan las discordias, y azuzan los rencores, y atacan reputaciones, y lanzan sospechas... y sin ninguna clase de pruebas, sin ninguna restricción, sin ningún atenuante, condenan, *córam pópulo*, a cuantos individuos, culpables o no, aciertan a pasar ante su propio tribunal...

A veces bastan cinco minutos de conversación con algunos de estos cristianos, para darse cuenta de la pasmosa esterilidad y estrechez de su corazón...

De esta raza son todos los fanáticos—hombres poseídos de una sola idea—y todos los sectarios, que son los energúmenos del odio.

**132. «Los imitadores del Padre celestial».**

Los verdaderos discípulos de Cristo no se han de portar así... Han de poseer bastante anchura de mente y de corazón para abrigar bajo sus tiendas a todos los peregrinos de este destierro...

Y dar acogida a cuantos extraviados se han alejado, como hijos pródigos, del techo paternal... Y mostrar a los enemigos, que si cabe combatirlos en el terreno de las ideas, cumple abrazarlos bajo la tienda del amor...

Así lo practicó San Agustín, quien dejó escrito: «Combatid los errores, pero amad los adversarios».

Y también, dirigiéndose a los herejes, les decía: «Pongámonos de acuerdo, hermanos: nosotros os amamos y deseamos veros con nosotros»...

Y, vuelto a los trescientos Prelados del Africa, añadía: «Lo necesario es salvar a nuestro pueblo, aun cuando para ello debamos sufrir y morir».

Así obran «los imitadores del Padre celestial».

Y aun cuando éstos reciben ofensas, ciegan el odio en su pecho, y abren las fuentes del amor...

San Cristóbal recibió un día un bofetón de una persona despreciable, en pública plaza.

Hirviendo su corazón en cólera, se precipitó sobre el ofensor, derribóle en tierra, desenvainó la espada, e iba a traspasarle de una estocada.

Mas de repente se acordó del precepto del perdón, reprimió su cólera, envainó la espada, y volviéndose hacia el pueblo, que le gritaba «mátale», contestó: «Le mataría, si no fuera yo cristiano».

Más tarde llegó a ser un santo, y al fin un gran mártir.

Además, cuando el amor llega a apoderarse de una alma, resulta, aun humanamente hablando, mucho más fácil el perdón que la venganza.

Decía a este propósito Fr. Cristóbal de Fonseca:

«No sólo es mejor perdonar al enemigo que vengarse, sino más fácil y más cómodo. Rigurosa y desabrida cosa fuera y llena de peligros, si te mandara vengar de tus enemigos, salir a media noche, (o solo, cargado de armas, o acompañado de amigos) a acecharle y al cabo procurar su muerte. ¿Cuánto mejor es perdonarle, cosa que puedes hacer cenando y en tu casa y acostado y con todo descanso?»

**133. El ejemplo de S. Vicente de Paúl.**

Es admirable ver como los Santos sabían amar a los ofensores o enemigos.

Uno de éstos ofendió un día gravemente a San Vicente de Paúl, llegando hasta llamarlo *viejo loco.*

La respuesta de Vicente fué arrojarse a sús pies, e hincado de rodillas pedirle perdón de haberle, según él, provocado a la cólera.

Otra vez fué gravemente calumniado.

El Santo, movido de santa indignación, resolvió justificarse. Tomó, pues, la pluma, pero apenas había formado la primera letra, cuando comenzó a reprenderse a sí mismo diciendo: —«¡Ah miserable! ¿Qué es lo que piensas tú hacer? ¡Cómo! ¿Quieres justificarte a ti mismo? Ahora acabamos de oír que un cristiano falsamente acusado en Berbería ha estado tres días en los tormentos, y ha muerto sin proferir una palabra de queja, siendo así que era inocente del delito que se le imputa-

ba; ¿y tú quieres excusarte? No, no, no será así»—y dicho esto, arrojó la pluma, ni quiso volver por su reputación.

Dijo un día de dos adversarios: «He sabido que son contrarios nuestros; pero aun cuando me sacaran los ojos no dejaría de amarlos, respetarles y servirles por toda mi vida».

En otra ocasión dijo: «Por parte mía, jamás me justificaré sino con las obras».

Y en otra circunstancia: «Es gran felicidad el ser tratado como Cristo Señor nuestro».

Con razón dijo del Santo el cardenal de Rochefoucauld: «Si queréis hallar la verdadera humildad en este mundo, no tenéis más que ir a buscarle en Vicente».

**134. «Sed, pues, vosotros perfectos».**

Bello coronamiento de tan divinas enseñanzas, son esas palabras:

«Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto».

Del contexto se infiere que Jesús habla aquí de la perfección en el amor del prójimo, como diciendo:

Sed perfectos en este amor para con todos, así como lo es vuestro Padre celestial.

¡Con qué amor infinito ama a sus criaturas, y las colma de beneficios, y perdona sus extravíos!...

Y todo el cielo se pone de fiesta cuando algún pecador se convierte.

¡Ah! no se pueden leer las parábolas del hijo pródigo o de la oveja extraviada sin que salten las lágrimas a los ojos!...

Eso es el eterno y perfecto Modelo!

«¡Amar a los pecadores!—escribe Dupanloup:—eso era ya prodigioso y completamente inesperado! ¡Hay en ese amor una profundidad y un misterio de afecto que supera a todo lo que podemos concebir: ese amor es manifiestamente el último grado de la bondad; mayor bondad aún que amar a los pobres, a los enfermos

y a los demás miserables; porque al fin esto es el mal; no es la pobreza, la enfermedad y la desgracia, sino el mal mismo; y sin embargo, esto era lo que Él amó más! Las expresiones, los testimonios de su amor a los pecadores, superan en mucho a la ternura y afecto que tuvo nunca a ningún otro objeto de su amor. La ternura que les manifiesta, la compasión que le inspiran, se apodera de su ser y le penetra hasta el fondo de su alma. Es lo único que le pone fuera de sí. Por los pecadores da gritos, vierte lágrimas: vedlo llorar sobre Jerusalén, leed la parábola del hijo pródigo, la de la Samaritana: allí se siente el Padre, el Amigo, el Criador de esta pobre naturaleza humana, hecha a su imagen y semejanza, y desgraciadamente desfigurada y perdida por el pecado, y que Él quiere restaurar y volver al buen camino. Por mi parte, lo confieso, en el amor a los pecadores veo el rasgo divino, la luz irresistible de la divinidad: en ese rasgo de su bondad, es donde el Dios se manifiesta invenciblemente, y se hace sentir más cerca de mi corazón.

Yo pregunto, ¿antes de Jesucristo, quién había amado a los pecadores? ¿quién había podido pensar en semejante cosa? ¿ni quién había dicho: pecadores... *Peccatores?* Sí, ¿quién había dicho esto, quién se había atrevido a decirlo? Era necesario ser el Hijo de Dios y el Santo de los Santos».

Todo el Evangelio es una gran efusión de amor... Es una fusión de corazones.

Pues el amor produce la unión de los corazones: por eso es llamado por San Pablo el *vínculo* de la perfección.

Esa unión fué la última petición del Maestro a su Padre, la última recomendación a sus discípulos, en la noche suprema, antes de salir para el Huerto de la agonía.

Era el momento solemne en que la palabra divina iba a elevarse al vértice mas alto... Oigamos algunos acentos:

«Ruego que todos sean una misma cosa, y que como

tú ¡oh Padre! estás en mí, y yo en ti (por identidad de naturaleza), así sean ellos una misma cosa en nosotros (por unión de amor)».

Y vuelve a encarecer lo mismo: «a fin de que sean ellos consumados en la unidad»: *ut sint consummati in únum* (1).

Tal fué el supremo anhelo de Jesús, la última despedida de esa noche trágica: *la consumación de los suyos en la unidad.*

¡Qué palabras más sublimes y más expresivas!...

El cielo respondió a este ruego enviando al Espíritu Santo, que es el amor mismo, y el gran «clarificador de las almas»...

A la luz de lo dicho, la unión entre los hombres por el vínculo dela caridad, es el nobilísimo blasón del cristiano.

Es la imitación de la unión divina de las tres Personas de la augusta Trinidad.

Es «la consumación en la unidad» de todos los discípulos de Cristo.

Es uno de los más bellos triunfos del espíritu sobre los egoísmos de la carne.

Así es como San Pablo, que tan luminosos conceptos ha derramado en sus Epístolas sobre esta materia, escribía a los Gálatas (V, 13-14):

«Vosotros, hermanos míos, sois llamados a un estado de libertad: cuidad solamente que esta libertad no os sirva de ocasión para vivir según la carne, pero sed siervos unos de otros por un amor espiritual.

«Como quiera que toda la ley en este precepto se encierra: Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Pues el amor al prójimo no es sino la reverberación del amor divino sobre las criaturas.

Es la expansión de ese Amor infinito que Dante llamaba *il primo Amore.*

---

(1) San Juan XVII, 21-23.

## LECCIÓN XIX

### LA PUREZA DE INTENCION

**135. Exposición.**

Jesús sigue adoctrinando a la muchedumbre, y les enseña que su doctrina es espíritu y vida.

El se dirige especialmente al alma, y con destellos de luz divina ilumina ese santuario interior que es la conciencia.

Es allí, en ese santuario, donde el alma debe transformarse, y, en cierto modo, transfigurarse ante las claridades de la nueva doctrina.

La letra, que hasta entonces había sido la tumba del espíritu, comenzaba a adquirir un nuevo aliento de vida al soplo de la palabra divina.

Ahora bien, he aquí un nuevo aliento de vida (C. VI):

1. «Guardaos bien de hacer vuestras buenas obras en presencia de los hombres con el fin de que os vean: de otra manera no recibiréis su galardón de vuestro Padre que está en los cielos».

Aquí condena Jesús el fin perverso que se proponen en sus obras los hipócritas y los hombres vanos.

Es decir, condena especialmente la *vanagloria.*

**136. «Guardaos bien»...**

Guardaos bien de la vanagloria—que es la hija alada de la soberbia.

No os entreguéis a las alas ligeras de este instinto de la naturaleza humana, muy voladeras, pero muy quebradizas...

Las quiebra el soplo de un céfiro.

¿Qué otra cosa es, en verdad, la vanagloria, sino una brisa que pasa, un soplo que expira en la inmensidad del vacío, uno de esos fuegos fatuos que suelen bri-

llar de repente en noche lóbrega sobre los despojos humanos recién inhumados?

Eso es: una llama fugaz que ilumina repentinamente, en medio de una noche eterna, la escualidez de un cementerio...

Eso es la vanagloria: una ráfaga que roza con sus alas luminosas, por el espacio de un minuto, la frente sudorosa de un pobre peregrino, cargado de polvo, rendido de cansancio, condenado a la muerte,... viajero hacia el mundo de la eternidad..

Eso es la vanagloria: una hebra de luz fugaz, en la inmensidad de la noche y del espacio...

**137. La gloria vana y la gloria verdadera.**

Cuando se contemplan estas perspectivas de lo infinito, ampliándose a medida que la visual se eleva, es fácil comprender lo *vano* de la *gloria*...

Bien lo sabía Salomón, quien en la cumbre del poder y en la más elevada cima de la sabiduría, ante los espacios y los cielos dilatándose en lo infinito, cantó con desmayos del alma y acentos inimitables la gran *vanidad* de la *gloria*...

Si ponéis oído a las voces fugaces que resuenan en el espacio, como ecos perdidos de verdades eternas, oiréis todavía esos acentos, que cantan en todos los tonos de la melodía humana, la *gran vanidad*...

*Vánitas vanitátum!*

Pasarán los siglos, precipitados en el abismo de la eternidad por la premura de otros siglos, y esas voces, esos ecos inmortales de la verdad, seguirán flotando por encima de todos los tiempos, repitiendo a los peregrinos de un día:

*¡ Vanidad de vanidades!*

Ello es cierto, que cuando un alma se eleva, y se asoma, digámoslo así, a los balcones de lo infinito, bien fácilmente comprende con clarísima intuición lo efímero de toda la gloria humana, cuyo imperio, aun el más dilatado, no es sino un puñado de polvo...

Y especialmente comprende lo efímero de esa *vanagloria*—que se condena a sí misma con su solo título de *gloria vana*, como un nimbo robado, por falta de méritos propios, a los esplendores de esa gloria con que Dios aureola la frente del justo o del sabio.

Y comprende también, ante la hermosísima perspectiva de lo infinito, que hay otra clase de gloria verdadera, gloria substancial, no vana, que baja de las eternas esferas, como un haz de gloria celestial, como una sonrisa del Eterno, como una voz alentadora del Padre que clama desde lo alto sobre el justo:

«Este es mi hijo muy amado, en quien he puesto mis complacencias».

Es natural que ante la hermosura y la majestad de estos Ideales, el cristiano se sienta elevado por encima de todas las cosas vanas, efímeras y pasajeras, y pasen por su mente destellos de la verdadera gloria, y adquieran sus actos como un sello de eternidad...

Y ese cristiano que piensa y habla, trabaja y lucha, en este ambiente sobrenatural, y con alientos que van a expirar en las playas eternas, ese cristiano será el hombre justo del Evangelio, «la complacencia del Padre que está en los cielos».

Despreciando la gloria efímera, se hará acreedor a la gloria inmortal—a esa gloria que no corona la frente sino de los hombres elevados...

**138. Comparando...**

Comparad ahora a este hombre superior, que vive a la luz de tan altos Ideales, al hombre farisaico, que vive a la luz de una *vanagloria*...

Comparad a ese hombre que en el silencio y en la rectitud de su conciencia vive y obra sólo para complacer al Padre celestial, con el fariseo que vive y obra, en la fastuosidad de la vida exterior, para complacer a cuatro congéneres...

¡Qué distancia infinita entre esos dos hombres!

El primero sigue los dictámenes de la conciencia.
El segundo, los dictámenes del vulgo.
El uno vive para la eternidad.
El otro, para las horas fugitivas...

Y estos solos principios que orientan la vida de dos hombres, abren en definitiva al primero las sendas gloriosas de la vida, y al segundo los obscuros caminos de la muerte...

Y es que la doctrina de Jesús es vida interior, sobrenatural, eterna; mientras que la doctrina del mundo es vida exterior, superficial y efímera como su gloria—esa *vana gloria* que, después de todo, es la más alta recompensa que otorga el mundo a sus pobres ilusos...

---

## LECCION XX

### COMO SE HA DE HACER LA LIMOSNA Y EL BIEN EN GENERAL

**139. Exposición.**

Jesús aplica el gran principio de la recta intención a las prácticas principales de los judíos, comenzando por la limosna.

Dice pues:

2. «Y así cuando das limosna, no quiêras publicarla a son de trompeta, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles *o plazas*, a fin de ser honrados de los hombres. En verdad os digo, que ya recibieron su recompensa.

3. Mas tú cuando des limosna, haz que tu mano izquierda no perciba lo que hace tu derecha:

4. para que tu limosna quede oculta, y tu Padre, que ve lo *más* oculto, te recompensará *en público*».

Aunque no los nombra, alude Jesús a los fariseos, quienes ponían mucho celo en recoger limosnas para distribuírlas luego públicamente en las sinagogas, juntando los pobres al son de una trompeta.

Y enseña a ocultar el bien, con esa frase proverbial: «No perciba tu mano izquierda lo que hace tu derecha».

**140. Recompensas humanas.**

*En verdad os digo, que ya recibieron su recompensa.*

El hipócrita que publica su limosna a son de trompeta, a fin de ser honrado de los hombres, ya recibió su recompensa: dos golpes de bombo, unos aplausos y un poco de humo...

En ese humo se esfuma la vanagloria.

Y ahí todo concluye.

Recordemos aquí aquella gran sentencia:
*¡Vanidad de vanidades!*

Una acción que pudiera tener resonancias en la eternidad, se apaga en breves aplausos: en aplausos que no resuenan más allá del reducido círculo de cuatro conocidos...

¡Es preciso tener un alma bien pequeña, para pavonearse en tan reducido espacio!

¡Es esta la triste suerte de todos esos cristianos que observan la letra material de la ley, sin conocer su espíritu!

Les faltan las alas para remontarse a los espaciosos horizontes que bordean con la eternidad...

¡Desgraciados! ya recibieron su recompensa.

**141. Recompensas divinas.**

Jesús añade que el verdadero discípulo debe hacer su limosna calladamente...

«Y tu Padre, que ve lo más oculto, te recompensará en público».

Así la limosna que el discípulo da, tendrá una recompensa eterna, a la luz pública de los juicios divinos.

Y eso es elevar el punto de vista, y apuntar a un premio seguro y eterno...

Eso es trabajar para la inmortalidad de una gloria que no conoce ocaso.

Eso es merecer los aplausos de los ángeles, y de esa muchedumbre de bienaventurados, que si hacen fiesta por un pecador que se convierte, deben estremerse de júbilo al contemplar desde las celestes esferas, los triunfos morales de un discípulo de Cristo.

Porque, ya lo hemos dicho, y conviene afirmarlo una vez más: no hay triunfo más alto, que el triunfo del espíritu sobre la materia.

Es pues tal discípulo, triunfador más alto que el mismo Alejandro Magno, «en cuya presencia la tierra calló asombrada».

Los triunfos de Alejandro, porque triunfos de la ma-

teria, no se extendieron más allá de la tumba—único receptáculo de todos los trofeos de las glorias humanas...

Mientras que los triunfos del espíritu—como en el caso nuestro, el triunfo sobre el instinto de la vanagloria—participan de la inmortalidad del espíritu y de la majestad de lo eterno...

**142. «Mucho mayor dicha».**

Debemos añadir que aun desde el punto de vista humano, el discípulo de Cristo que cumple, como está mandado, la ley de la limosna, goza mucho más abundantemente que el fariseo, de las satisfacciones legítimas que trae el cumplimiento de un acto bueno.

Son ellas una especie de reflejo de la luz eterna—que al reverberar sobre la conciencia, la inunda en ondas claras de gozo y felicidad...

Es la recompensa natural de todo acto sobrenatural—es decir de todos esos actos que al tocar lo eterno desatan los torrentes de la luz...

En este sentido, dijo Jesús: «Mucha mayor dicha es dar que recibir» (1).

Y en este mismo sentido hay que interpretar esas palabras de la Sagrada Escritura: «El alma del justo es un perpetuo festín».

Y esas de Santo Tomás: «Los Santos tienen fiestas interiores que celebran con la alegría del espíritu».

**143. El espíritu de Cristo en S. Vicente de Paúl.**

Fácil es pues explicarse ciertos actos extraordinarios de la vida de los Santos. Su abundancia de vida espiritual, sobrenatural y natural, los llevaba naturalmente al cumplimiento heroico de las enseñanzas del Evangelio.

Recordemos sólo un hecho. Volvía un día al convento San Vicente de Paúl, y encontró a la puerta unas

(1) Hechos de los Apóstoles, XX, 35.

pobres mujeres que le pidieron limosna. Prometiósela el caritativo Vicente, pero ocupado en negocios de mucha importancia, se olvidó. Al recordárselo el portero, fué en persona a dar la limosna a aquellas pobres, y arrodillándose a sus pies les pidió perdón del descuido que había tenido en socorrerlas.

La vida de este Santo es un tejido de tales hechos. Y esto prueba la gran pujanza del espíritu de Cristo, cuando llega a alentar en un pecho humano.

## LECCIÓN XXI

## DEL ESPIRITU DE ORACION

**144. Exposición.**

Jesús sigue explanando el gran principio de la rectitud de intención, desplegando las alas del espíritu en la serena alborada de la nueva doctrina.

5. «Asímismo cuando oráis, no habéis de ser como los hipócritas, que de propósito se ponen a orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres: en verdad os digo, que ya recibieron su recompensa.

6. Tú, al contrario, cuando hubieres de orar, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora en secreto a tu Padre, y tu Padre, que ve lo *más* secreto, te premiará en *público*.

7. En la oración no afectéis hablar mucho, como hacen los gentiles, que se imaginan haber de ser oídos a fuerza de palabras.

8. No queráis, pues, imitarlos; que bien sabe vuestro padre lo que habéis menester, antes de pedírsel ».

**145. Alejar la vanagloria.**

El Maestro divino, después de haber fustigado a los hipócritas que buscan la vanagloria en la oración, encarece orar con fines más altos...

No es la *plegaria* un medio de ostentación ante los hombres, sino un *plegarse* el alma humildemente ante la Divinidad, como si plegase sus alas en actitud de humilde acatamiento...

Para hincar más esta idea, contaba Jesús en otra circunstancia la parábola del fariseo y del publicano, que habían entrado en el templo a orar.

Sólo el último salió justificado en la presencia de Dios.

Las recompensas divinas no se otorgan sino a las almas humildes y confiadas.

**146. «Entra en tu aposento».**

Además, recomienda Jesús el retiro y el recogimiento.

*Entra en tu aposento...*

No derrames tus sentidos sobre todas las cosas, ni eches a volar por los aires la volandera fantasía...

*Entra en tu aposento...*

Los misterios de la gracia se cumplen siempre lejos del bullicio mundanal, en una atmósfera de paz, entre los perfumes sagrados de la virtud, y a la sombra de algún santuario íntimo...

*Entra en tu aposento...*

Y si a las horas que quieras recogerte te falta el aposento, transforma tu interior en santuario íntimo...

Y así llevarás en ti mismo un aposento regio para el Huésped divino, donde a todas horas, cerrada la puerta, podrás orar en secreto a tu Padre...

«Y tu Padre que ve lo más secreto te premiará seguramente».

**147. Otras tantas «epifanías».**

De lo dicho se infiere también que la oración ha de ser un movimiento íntimo del alma hacia Dios, una efusión del corazón humano en la presencia de la Divinidad.

Y no un simple movimiento de labios, o una efusión de palabras rituales, que no procedan de lo interior.

En la doctrina de Cristo todo debe proceder de lo interior; y todos los actos, como la oración, han de ser como otras tantas *epifanías*, es decir, una manifestación de lo divino en el alma.

No es la religión, como lo entienden los hombres superficiales, una especie de capa que se cambia según los ritos, o de indumentaria que se muda según los lugares o las estaciones.

**148. El fariseísmo en la oración.**

Particularmente reprende Jesús el fariseísmo en la oración: es decir, las muchas palabras, no alentadas por el alma...

Lo que tantas veces hemos dicho: no es la letra lo que vale, sino el espíritu.

La letra sin el espíritu—las muchas devociones no alentadas por el alma—son ecos que se disipan como el soplo del viento...

«Día vendrá—decía Jesús a la Samaritana—en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad» (1).

Y ese día será cuando la doctrina de Cristo haya llegado a ser sangre y carne de todo discípulo.

Merecen recordarse a este propósito las palabras que dirigía en sus conferencias el sabio arzobispo de Reims, Mons. Landriot, a las mujeres piadosas:

---

(1) San Juan IV, 23.

«Si no podéis visitar el templo material, tened siempre en vuestro corazón un altar preparado; que vuestro amor sea el incienso.

En el corazón de Santa Teresa era donde Nuestro Señor daba ordinariamente cita a esta gran santa.

Haced cortas y frecuentes visitas a este Dios tan bueno que habita en vosotras, que se complace en conversar con vosotras; que vuestro corazón sea también el lugar de cita para el Amigo Celestial...

Que todo termine por el culto interior, por la adoración en espíritu y en verdad, por la reforma de toda el sér interior. Esta será la mejor respuesta a los que nos reprochan de ahogar el espíritu religioso bajo formas exteriores: no, esto no es la religión de Cristo; ella busca ante todo las almas, las eleva continuamente de las formas al culto invisible, al culto del amor...

El corazón de la mujer generosa me parece muy a propósito para comprender esta doctrina: vuestro corazón tiene la facilidad del ave para elevarse, para subir a las alturas, para aspirar una atmósfera menos pesada que la de la tierra. Comprended bien, que el cristianismo verdadero es una escuela de trabajo divino, para espiritualizar el sér, para santificarlo, para arrancarlo a las tristes y abrumadoras realidades del mundo inferior y transportarlo a esa montaña en la que se principia desde aquí abajo el aprendizaje del cielo, en que los cantos del corazón se hacen más suaves y más íntimos, en que los pensamientos se purifican, hasta aquel día feliz en que el ideal infinito se convierta en una dulce y eterna realidad. Entonces se cumplirá perfectamente la palabra evangélica: entonces amaremos y adoraremos en espíritu y en verdad».

¡Cuán bellas y consoladoras son estas enseñanzas!

---

## LECCIÓN XXII

### LA ORACION DEL PADRE NUESTRO

**149. Exposición.**

Después de haber enseñado el modo como se debe orar, con espíritu y pureza de intención, el Maestro divino pasa a enseñar a la muchedumbre lo que ha de ser el objeto de la oración.

Y de sus divinos labios brota como flor divina la bella plegaria del *Padrenuestro*: flor divina que brotando de las raíces del corazón abre su corola en los labios, ofrendando al Padre los deseos íntimos del alma «en olor de suavidad»...

9. «Ved, pues, cómo habéis de orar: Padre nuestro, que estás en los cielos: santificado sea el tu nombre,

10. venga a nos el tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

11. El pan nuestro de cada día dánosle hoy:

12. y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores;

13. y no nos dejes caer en la tentación, más líbranos de mal. Amén.

14. Porque si perdonáis a los hombres las ofensas que cometen *contra vosotros*, también vuestro padre celestial os perdonará vuestros pecados.

15. Pero si vosotros no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro padre os perdonará los pecados».

**150. Explicación.**

El Padrenuestro es la oración por excelencia, la oración *dominical* (del Señor-*Dóminus*).

Ya se la mire en su autor, Jesucristo, o en su forma que es clarísima, o en su fondo que es lo más subs-

tancioso, tal oración es evidentemente la más excelente de todas las oraciones.

Ella es completa: encierra cuanto podemos y debemos pedir, como hijos del Padre celestial, para el cuerpo y para el alma, para nosotros mismos y para los demás.

Es prudente, pues nos recuerda y nos hace practicar las tres virtudes fundamentales: la fe, la esperanza y la caridad.

Es divinamente lógica, pues arregla los deseos de nuestro corazón, enseñándonos a pedir con orden y sencillez lo más noble del alma y lo más necesario del cuerpo.

He aquí por qué San Agustín la define con estas sublimes palabras: «La Oración dominical es la regla, que el celeste Jurisconsulto ha dado él mismo a los fieles para obtener el cumplimiento de todos sus deseos».

Lo que completa la excelencia de la Oración dominical está en que es la más necesaria de todas las oraciones: varios concilios, entre otros el de Roma, mandan a todos los Cristianos saberla de memoria, puesto que según la doctrina de los santos Padres conviene rezarla cada día.

«Viviendo en medio del mundo, dice San Agustín, donde nadie puede vivir sin pecado, la remisión de nuestras faltas se encuentra no sólo en las sagradas aguas del Bautismo, sino también en la Oración dominical y cotidiana, (en cuanto a los pecados veniales, de cada día) la que es como nuestro bautismo de todos los días».

La oración del Padrenuestro es también la más excelente de todas las oraciones, porque se compone de siete peticiones fundadas en aquella caridad, que consiste en amar a Dios sobre todo y sin límites ni medida, en amarnos a nosotros ordenadamente, y en amar a nuestros prójimos como a nosotros. Las tres primeras pertenecen al amor de Dios, su honra y gloria; y las

otras cuatro al amor ordenado de nosotros mismos y de nuestros prójimos.

**151. «Padre nuestro»...**

¡Cuán divina es esta introducción!

Es un despertar el corazón de los hijos!...

Jesús dijo *Padre nuestro*, y no *Señor nuestro*, porque la palabra *Señor* indica ese Dios de imperio y majestad ante el cual «se inclinan los cielos» y «se cubren con sus alas los Serafines»; mientras que la palabra *Padre* significa la ternura y el amor criador...

Y esto abre el corazón a la confianza y le dispone a las amplias efusiones de la caridad.

No podía ser de otro modo: el amor es el principio y el fin, el alfa y la omega del cristianismo.

El amor es la única explicación de los misterios divinos.

Sócrates había vislumbrado los prodigios del amor, cuando decía: «No sé nada fuera de las cosas del amor».

Cumplía a Jesucristo desde la cumbre de la Montaña proclamar la soberanía del amor, elevando los corazones humanos a la fuente primera del amor, al Padre celestial.

«Este amor al Padre es el alma de la vida de Jesús, desde el momento bendito de su Encarnación hasta su último suspiro, y aun más allá, puesto que Jesús es ayer y hoy y por los siglos de los siglos. En el fondo de todos sus misterios, de todos sus estados, de todos sus milagros, de todas sus predicaciones, de todos sus sufrimientos y del amor que los corona; no hay otra cosa sino amor para su Padre: «Vivo para mi Padre», dice (1), y si ando entre vosotros para que podáis creer en mí y recibáis tantos beneficios como derramo a mi paso, es, en primer lugar, porque «voy a mi Padre» (2), «en quien tengo mi fin y mi descanso» (3).

(1) San Juan, VI, 58.
(2) San Juan, XXI, 5, 10.
(3) Gay, *Confer. aux m. chrét.*, t. II.

Y este amor al Padre, lo enseñó Jesús a sus discípulos.

¡Cuántas veces les hablaba él de su Padre! Fué en una de estas circunstancias cuando Felipe, visiblemente alborozado de júbilo, dijo al Maestro:

«Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta» (1).

Y ese fué el clamor de los apóstoles, y es el clamor amoroso de todas esas almas puras que penetran más que las otras en las profundidades de los abismos divinos.

**152. «....Que estás en los cielos»...**

Después de haber despertado al corazón con el acento más tierno, Jesús lo eleva a lo alto...

«Padre nuestro, que estás en los cielos»...

Es un continuo *súrsum corda!*—¡arriba los corazones! —que Jesús ha puesto en el prefacio de la oración.

A Dios hay que buscarle en las alturas... y con los ojos del amor.

Santo Tomás, comentando a San Dionisio Areopagita, ha escrito: *Deus est ignotum:* Dios es lo desconocido.

Pero el amor lo vislumbra en medio de lejanos resplandores.

«Dios es espíritu, y los cielos, como él, están en todas partes. Tenemos, pues, razón de decir que *nuestro Padre está en los cielos*, pues nuestro Padre es sublime; está encima de nuestra condición con toda la grandeza de su divinidad, más elevada que toda la elevación de los cielos. Esta imagen es insuficiente; lleva, sin embargo, el alma hacia la verdad, hace buscar a Dios en las sublimidades y en las alturas, no en las alturas de los montes, como hacían los adoradores de Baal y después los judíos, sino en las alturas de la conciencia y del pensamiento, en las alturas del espíritu» (2).

---

(1) San Juan, XIV, 8.
(2) Fonsegrive, *El Padrenuestro.*

**153. «Santificado sea tu nombre».**

Enseña Jesús a pedir que Dios sea conocido, adorado y alabado en todo el mundo...

Esto mismo había sido la única aspiración de su vida.

Cuando más tarde los judíos le trataban de endemoniado porque daba gloria a su Padre celestial con el esplendor de sus palabras y de sus milagros (tal es la ceguedad de los hombres que se obstinan en negar la luz), Jesús responde solemnemente:

«Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro a mi Padre» (1).

He aquí las bellas palabras:

*Honorífico Pátrem méum!*

Y añade que él no ha venido a buscar su gloria, sino la gloria de su Padre.

«Al oír esto (dice el texto) los judíos cogieron piedras para tirárselas»...

Les faltaron las razones, pero en cambio, como a los impíos de todos los tiempos, les sobraban piedras...

Los discípulos de Cristo deben, pues, a pesar de las piedras, buscar la gloria del Padre celestial.

¡La gloria de Dios! He ahí el fin último del grandioso plan divino.

Esta palabra *gloria* refulge en el Evangelio como una aurora...

Basta fijar la mirada sobre esa palabra, cuando se la encuentra en los relatos divinos del Evangelio, y parece que se destaca de entre las letras, y surge luminosa, y se corona, como la aurora, de vívidos destellos...

Por cierto, para poder experimentar esta visión de óptica sobrenatural, es preciso que la gracia divina inunde al alma de luz divina...

Entonces esta luz, desborda a lo exterior, y pone sus claridades sobre todo lo divino...

---

(1) San Juan, VIII, 49.

Así es como para algunas almas aparece el Evangelio como una continua avenida de luz...

Léase, p. e., con estas disposiciones el Evangelio de San Juan, con su sublime y luminoso comienzo, y se verá qué desbordante avenida...

Pues bien, los hijos han de desear y buscar la gloria del Padre, como el supremo ideal de su vida.

Y este ideal ha de transparentarse en sus anhelos, en sus palabras y en sus actos... alejando toda sombra de pecado.

Pues el pecado deshonra a Dios...

Por esto escribía San Pablo estas palabras que se podrían aplicar a todos los malos cristianos:

«Vosotros (los judíos) sois la causa de que sea blasfemado el nombre de Dios entre los gentiles» (1).

**154. «Venga a nos tu reino».**

He ahí otra gran palabra que florecía con frecuencia en los labios del Maestro divino.

Recordemos sólo un paso. Cuando Jesús ya asombraba a los pueblos con su doctrina y milagros, dijo a los Cafarnaítas—que se empeñaban en que no dejase su ciudad:—«Es necesario que yo predique también a otras ciudades el Evangelio del reino de Dios: pues para eso he sido enviado» (2).

E iba por todas partes predicando el reino de Dios—la soberanía de Dios por medio de la caridad, el triunfo de su gracia—y dilatando cada día este reino en los dominios de las almas.

E infundiendo en sus discípulos el mismo celo.

Y bien pronto se vió la obra de estos discípulos en la magnífica expansión del reino de Dios sobre toda la tierra.

Y ese celo abrasó las entrañas de los Santos, que como San Ignacio de Loyola, dejados los aperos munda-

(1) A los Romanos, II, 24.
(2) San Lucas, IV, 43.

nales, se hicieron milicianos de Cristo, para extender su glorioso reinado en las almas.

Y no tuvieron otro anhelo sino que Dios fuese amado.

Recordar hechos sería cosa de nunca acabar, porque todo el Santoral cristiano es una especie de epopeya en que se cantan las pacíficas y dilatadas conquistas llevadas a cabo por los santos milicianos de Cristo.

Y esto sin distinción de clases ni de sexos. Las mujeres fueron tan valientes como los hombres.

Recordemos sólo un nombre, acaso desconocido: el de la beata Francisca de Amboise.

Después de haber gastado su vida en las santas conquistas que hemos dicho, en punto de muerte, se hizo leer: la Pasión, según S. Juan,—que el Ritual romano encarga aún hoy día de recitar cerca de los moribundos cuando se prolongan demasiado sus sufrimientos.

Cuando se llegó a aquellas palabras de Jesús agonizante: «Señor, en vuestras manos encomiendo mi espíritu», Francisca dió una mirada a sus hermanas que rodeaban su lecho, repitiéndoles: «Por última vez os digo que si queréis que os reconozca por mis hijas, sed sabias y discretas, firmes y constantes en vuestra vocación, y sobre todo os ruego que procuréis *que Dios sea el más y mejor amado*».

Estas palabras fueron como el testamento de la bienaventurada: ella había repetido sin cesar durante su vida: «*Haced sobre todas las cosas que Dios sea el mejor amado*» (1).

Sí, que se extienda el reinado del amor divino sobre toda la faz de la tierra!

De todas partes surge el clamor de tantas almas, sumidas en las tinieblas del paganismo: «Mostradnos al Padre!»... (2).

(1) Cf. *Año Cristiano* del P. Croisset. Mes Noviembre, día 5.

(2) Siguiendo las autorizadas estadísticas de los Padres H. A. Krose y B. Arens, S. J., damos numéricamente el estado de las misiones actuales: hay 17 millones de fieles misionados por los

¿No son ellas las hijas desgraciadas de nuestro Padre celestial?

¿No son ellas nuestras hermanas?

¡Venga pues, también sobre ellas, el reino de Dios!

**155. «Hágase tu voluntad»...**

Enseñaba Jesús a la muchedumbre a cumplir en todo la voluntad del Padre, así como la cumplen los bienaventurados en el cielo.

«Dios, dice un autor, para crear el mundo, pronuncia un *fíat*. Y el hombre lo mismo, para que la voluntad de Dios se realice, pronuncia otro *fíat*».

¡Que se haga esa voluntad soberana en toda la extensión del reino de Dios!

Ya sea en el cumplimiento de los divinos preceptos, ya sea en la aceptación de todas las pruebas.

Esas palabras fueron repetidas por el Maestro en el Huerto de los olivos.

Las mismas han de repetir los discípulos en sus horas de agonía.

«Día por día, hora por hora, podemos ver contrariados nuestros deseos particulares, nuestras esperanzas singulares; el tejido de nuestros planes y de nuestra vida puede ser desgarrado y deshecho hilo por hilo; pero el designio que constituye la trama, la esperanza que la soporta, son de un hilo tan fuerte y tan resistente, que nada puede romperlo, pues este designio no es otro que hacer lo que Dios quiere, y nuestra esperanza se apoya sobre su indefectible bondad» (1).

Santa Catalina de Sena oraba así:

«¡Señor, que vuestra voluntad y no la mía, se cumpla en todas las cosas! Yo no soy sino tinieblas, y vos

---

misioneros católicos, 10 millones de Judíos, 220 millones de mahometanos, 300 millones de herejes y cismáticos y 800 millones de idólatras esparcidos por el mundo. Estas cifras han de encendernos en celo santo por lo mucho que aun falta para que el reinado de Jesucristo sea completo.

(1) Fonsegrive, *El Padre nuestro*.

soy la luz; yo soy la nada y vos sois el Sér; yo soy la ignorancia y vos sois la sabiduría del Padre» (1).

**156. «El pan nuestro de cada día»...**

Jesús enseña después a pedir el pan de cada día.

*El pan nuestro*, a condición de que lo hayamos ganado con el sudor de nuestra frente.

Además pedimos la salud, la fuerza para poder ganar nuestro pan, y también el medio exterior de usar en esta fuerza y esta salud: la posibilidad de trabajar.

Pedimos también el pan del alma, del espíritu.

Necesitamos desplegar las energías del querer, y ganarnos el pan espiritual, como el pan material.

Por el espiritual hase de entender sobre todo la gracia divina, que es el alimento espiritual del alma, y los Sacramentos que particularmente nos la comunican, y en especial la Sma. Eucaristía que es «el pan del cielo».

Cristo, dice San Cipriano, es el pan de vida. Y este pan no es de todos, sino nuestro, de los cristianos. Y así como decimos *Padre nuestro*, porque es padre de los racionales y de los creyentes, así decimos *el pan nuestro*, porque Cristo es el pan de los que reciben su cuerpo... En la oración del *Padre nuestro* pedimos que se nos dé este pan cada día.

Todavía más nos enseña sobre el particular aquel santo Padre: «Nos amenaza al presente un combate, una persecución más fuerte y más feroz, y los soldados de Cristo deben prepararse a soportarla con fe constante, con valor y firmeza, considerando que beben todos los días el cáliz de la sangre de Cristo, para que puedan derramar su sangre por Cristo».

Bien decía el B. Juan de Avila: «Debíamos tener tanta devoción y tanta hambre de este celestial Pan, que ardiera fuego en nuestras entrañas, y que se nos hiciese cada día que no comulgásemos treinta años».

---

(1) Vida por el B. Raimundo de Capua, t. I, p. 103

Y, vuelto a un indiferente, le apremiaba diciendo: Corre, ve, recibe este pan, que no solamente se llama viático, porque nos da fuerzas para caminar, cuando morimos, sino mientras vivimos y sentimos desmayo en el camino de esta peregrinación.

Santa Margarita María solía decir que tenía siempre hambre de dos cosas: de la Comunión, donde recibía al Dios de su corazón y el Corazón de su Dios; y además, hambre de sufrimientos.

**157. «Perdónanos nuestras deudas»...**

De todo somos deudores a Dios. Le somos deudores de los bienes de gracia y de naturaleza... Todo se lo debemos: hasta el grano de trigo que nos nutre, y el aire que nos alienta...

Mas ¡ay! hemos sido depositarios infieles, deudores insolventes, pecadores ingratos...

Jesús nos enseña, pues, que hemos de pedir perdón a Dios, prometiendo a nuestra vez perdonar a nuestros ofensores...

Cuando en una circunstancia preguntó Pedro a Jesús:

«Señor, ¿cuántas veces deberé perdonar a mi hermano, cuando pecare contra mí? ¿hasta siete veces?»

Respondióle Jesús: «No te digo yo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (1), esto es, cuantas te ofendiere, sin cuenta ni medida.

Esta es la gran ley cristiana del perdón.

Recordemos a este propósito dos hechos.

Un protestante buscaba al Duque de Guisa para asesinarle: era el Duque un defensor valeroso de la fe católica. El proyecto de asesinato fué descubierto a tiempo; el príncipe llamó al asesino y le dijo con acento de estupor:

—¿Qué mal te he hecho? ¿Por qué me has querido matar?

(1) San Mateo, XVIII, 21-22.

—Nada tengo contra V. E., sólo he querido defender mi religión.

—Pues bien,—replicó el duque,—si tu religión te manda asesinar, la mía me ordena perdonar: por eso te perdono.

Alguien reprochaba a Enrique IV, el que tratara con demasiada bondad a sus enemigos irreconciliables.

El Rey les dijo:—Dios me perdona, yo también debo perdonar; Él olvida mis faltas, yo debo olvidar las de mi pueblo. Que aquellos que me han ofendido se arrepientan y no se hable más de ello.

¡Ojalá esta hubiera sido la norma de todos sus actos!

**158. «No nos dejes caer en la tentación».**

Las tentaciones nos asedian... y los tentadores son formidables.

Primero entre éstos es Satanás, «el príncipe de estas tinieblas del mundo», como lo llama San Pablo.

Y como príncipe se asocia con otros espíritus... En una ocasión, preguntado por Jesús «el espíritu inmundo» que atormentaba un pobre Geraceno «cuál era su nombre», le respondió: «Mi nombre es Legión, porque somos muchos».

¡Cuántos ante las tremendas arremetidas de esta legión caen rendidos... y de hinojos ante Satanás!

Y se sujetan a él, arrastrando las cadenas de la esclavitud en medio de esas «tinieblas exteriores»—esa región de muerte—de que habla el Evangelio.

Otro tentador es el mundo. No se habla aquí del mundo visible, sino de esa turba desgraciada que viven «según los deseos de la carne», sin otros ideales que el placer y la materia.

El mundo es el reino de Satanás.

En cierto modo podríamos decir que como la Iglesia viene a ser una encarnación de Jesús continuada, su cuerpo místico dilatado en todos los puntos del espacio

y del tiempo, así también el mundo viene a ser como una encarnación de Satanás y su verdadero reino.

Y cuanto hace la Iglesia de Cristo sobre el haz de la tierra con el fin de salvar las almas, otro tanto hace el mundo para perderlas...

Un tercer tentador es la concupiscencia, o sea el apetito desordenado que anida en todo corazón humano, moviéndole contra el orden, contra la razón y contra la ley de Dios.

Es la rebelión de todas las pasiones coligadas con el mundo y su príncipe Satanás, para las formidables embestidas...

Hay pues razón para pedir a Dios que nos libre de la tentación o nos dé fuerzas para vencerla.

**159. «Mas líbranos de mal. Amén».**

Estas palabras son de una extensión tan grande, dice San Agustín, que comprenden todo lo que puede pedir un cristiano en cualquier suerte de aflicción en que se halle, tanto con respecto al alma como con respecto al cuerpo.

Por la palabra *mal* o *malo*, *maligno*, entienden otros el demonio, autor del mal físico y del mal moral.

La palabra *Amén* es hebrea, y es como un sello hierático, una expresión henchida de deseos, con que termina el Padrenuestro: *Así sea!*

## LECCIÓN XXIII

### EL ESPIRITU DEL AYUNO

**160. Exposición.**

Un tercer ejemplo explica el principio sentado de la *recta intención.*

Jesús sigue diciendo:

6. «Cuando ayunéis, no os pongáis tristes y sombríos como los hipócritas: que desfiguran sus rostros, para mostrar a los hombres que ayunan. En verdad os digo, que ya recibieron su galardón.

7. Tú al contrario, cuando ayunes, perfuma tu cabeza, y lava *bien* tu cara,

8. para que no conozcan los hombres que ayunas, sino únicamente tu padre, que está presente a todo, *aun* a lo que hay de *más* secreto: y tu padre, que ve *lo que pasa* en secreto, te dará por ello la recompensa».

Eso de perfumarse no ha de entenderse al pie de la letra, sino metafóricamente.

Es decir, así como los antiguos se perfumaban y lavaban la cara, en los días de alegría y de festejos, así de la misma manera el discípulo de Cristo ha de hacer brillar en su rostro, en los días de ayuno, una santa alegría...

**161. El espíritu del ayuno.**

«Tu Padre, que ve lo que pasa en secreto, te dará por ello la recompensa».

Jesús vuelve siempre al punto radical de la cuestión: el espíritu que ha de animar al discípulo en todos los actos.

«Si la raíz es santa, también los ramos serán santos», apunta San Pablo.

Los motivos humanos de vanagloria vician el ayuno, y evaporan todo mérito...

Por el contrario, los motivos divinos santifican el ayuno, espiritualizan una acción que es de suyo material, y la doran con los reflejos de una gloria eterna...

**162. «No os pongáis tristes»...**

Hay que observar esas palabras: *No os pongáis tristes.*

La tristeza no es conforme con el Evangelio.

Se equivocan mucho los que creen que la práctica de la virtud, aun de ciertas virtudes austeras, ha de traer consigo nubes de tristeza.

Esos tales no comprenden la doctrina de Cristo.

En cien pasajes leemos ese concepto: *Gaudete et exultate*:

«Alegraos y regocijaos».

Y eso, aun cuando arrecian las persecuciones, y menudean los azotes, y hieren las calumnias, y soplan desatados los vientos de la tempestad...

Es que, aun cuando todos los hombres y los elementos se conjuren contra el justo, ninguno de ellos puede enturbiar la tranquila serenidad de la conciencia:— santuario íntimo, impenetrable para todo lo profano, e inviolable cuando lo santifica con su presencia la augusta Divinidad.

Y cuando esto sucede, en ese santuario hay abundancia de paz y de gozo—que es la atmósfera divina en que respira la Gracia.

Basta recordar lo que enseña la teología católica acerca de los frutos del Espíritu Santo, para comprender que cuando ese Espíritu invade con su gracia un alma, la consagra con todos los carismas.

«Nuestros teólogos sagrados, dice San Dionisio, celebrando al infinitamente bueno, dicen que es la misma belleza y bondad, que es la dilección y el muy amado; y le dan todos los nombres que pueden convenir a la belleza llena de atractivos y madre de todo lo gracioso».

«¿Por qué es Dios siempre soberanamente feliz? dice un autor: Porque vive en un perpetuo éxtasis, en el conocimiento y el amor de su belleza infinita, y de ese conocimiento y ese amor saltan ríos de beatitud que inundan por toda la eternidad el augusto santuario de la Trinidad. Dios es el Sér infinito, la vida y la belleza soberanas: ve, conoce, ama esa esencia de todo bien y de toda belleza, y reposa en esa amorosa contemplación.

Sobre la tierra no podemos participar todavía de esa vida de Dios, no podemos pretender gozarla completamente; sin embargo, si somos verdaderos cristianos, debemos iniciarnos todos los días en esa contemplación del bien, de la belleza eterna y, por consiguiente, de la verdadera felicidad que es su consecuencia necesaria.

Hay almas que están siempre dispuestas a tender un crespón fúnebre sobre las cosas de Dios, y a contemplarlas bajo un aspecto triste y nebuloso; pero se engañan, y, por un error de juicio muy común, dan a la piedad el color de su propia imaginación.

Sin duda puede haber, y hay en efecto, en las vías de Dios, pruebas, angustias interiores, necesarias para la purificación del alma. Es, para servirme de una comparación de San Juan de la Cruz, como la leña verde: cuando se le prende fuego, se agita, chisporrotea, cruje; pero una vez seca, arde suavemente y se eleva en llamas ligeras. Las almas piadosas pueden pasar, pues, por esas crucifixiones transitorias; pero el fin de la Providencia, si ellas no ponen obstáculos a la gracia, es conducirlas a la alegría y a la dilatación en el bien» (1).

Lo que produce la dilatación del espíritu.

**163. La glorificación del espíritu.**

Por otra parte, cualquier acto de virtud, cuando sale, como dijimos, de la raíz del alma, aunque hiera la carne, glorifica el espíritu...

---

(1) Landriot, *La mujer piadosa.*

Y así se explica la hermosa actitud de los mártires, atenaceados por el dolor de la carne...

Por encima de los potros donde se torturaban sus cuerpos, se cernía su espíritu en una especie de glorificación...

Era ese un lejano resplandor de la glorificación eterna que se proyectaba sobre la frente serena y el rostro iluminado...

Esos mártires contemplaban sus miembros despedazados como el supremo triunfo del espíritu sobre todo el poder de las tinieblas...

Y estos hermosos triunfos del espíritu no se dan nunca sin que dejen, aun sobre la carne despedazada, una gran huella de luz...

Y eso acontece siempre, cuando el Evangelio radica en el alma, y la Gracia alienta en el íntimo santuario...

Entonces, aun el dolor, es una ofrenda sagrada que, entre nubes de incienso e himnos de gloria, se presenta a la Divinidad.

Verdad que no hace falta entonces perfumarse el cabello y lavarse la cara, como dice metafóricamente el Evangelio, porque la claridad del gozo interior pondrá en el semblante una clarísima serenidad.

Y esa es la alegría espiritual—herencia legítima, aun en este mundo, de los escogidos...

Ese es el reinado del Espíritu en el alma.

Al decir de San Cirilo de Jerusalén, «la entrada del Espíritu de Dios en el alma se hace con tranquilidad y dulzura; lleva consigo una suavidad incomparable y como un oloroso perfume. Cuando quiere penetrar en un corazón, se hace preceder por rayos luminosos; llega como un padre tierno y amado; viene a salvarnos, a curarnos, a iluminar nuestro entendimiento».

¡Felices los discípulos de Cristo que conocen por su propia experiencia, lo que las palabras apenas alcanzan a hacernos vislumbrar! Ellos saben distinguir la brisa fresca y tranquila del Espíritu de paz como el pastor en

la montaña presiente la próxima salida del sol, la aurora que precede al astro refulgente.

**164. Otras razones.**

Nos faltaría añadir otras altísimas razones que abonan el ayuno como uno de los actos de virtud más necesarios y recomendables.

Notemos luego que la palabra *ayuno* puede tener la significación amplia de *mortificación.*

Y ya por su sentido estricto—mortificación del instinto del hambre,—ya por su sentido amplio—mortificación de todos los sentidos,—el ayuno es un elemento indispensable para los triunfos del espíritu sobre la carne.

No se alcanzan estos triunfos sin haber desbaratado en toda la línea, con el ayuno, al enemigo más formidable...

La carne arde en los miembros humanos, se desfoga en el cuerpo ahito y recalcitra contra el espíritu... y se revuelca en las inmundicias.

Y recibe su pábulo especialmente por la gula...

Sólo el ayuno, o más ampliamente la mortificación de todos los sentidos, puede domeñar este enemigo formidable, y cohibir sus continuas y vergonzosas rebeldías.

Eso fué lo que dió a los Santos la más completa victoria sobre los instintos inferiores.

Recordemos lo que decía alguien de San Vicente de Paul, según se lee en su Vida:—Por más que lo he observado, no he visto en él al hombre viejo (el viejo Adán que decía San Pablo) con sus malos deseos...

Es que Vicente lo había muerto con el látigo de la mortificación. En él vivía sólo el hombre nuevo en la plena floridez de la juventud.

De otro Santo decían que había estrangulado la gula, para librarse de una vez de sus acometidas. Y fué uno de los hombres más longevos. Había suprimido de golpe una causa principal de tentaciones y de enfermedades.

# LECCIÓN XXIV

## ACERCA DE LOS BIENES TERRENALES

**165. Exposición.**

En este amplio Sermón en que Jesús expone al pueblo los puntos principales de su doctrina, no podía dejar de tocar la cuestión de los bienes terrenales—que constituyen el eterno afán de la pobre humanidad.

Decía, pues, el Maestro divino:

19. «No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra: donde el orín y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y roban.

20. Atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo: donde no hay orín, ni polilla que los consuma; ni tampoco ladrones que los desentierren y roben.

21. Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón».

**166. El afán de las riquezas.**

*No queráis amontonar tesoros en la tierra...*

Como si dijera: No sea vuestro afán el acumular riquezas perecederas.

Ne seáis demasiado solícitos por los bienes de la tierra...

Ni entreguéis vuestra alma al vértigo de los negocios humanos...

*Porro únum est necessárium*, como decía en otra circunstancia Jesús a Marta: «Una sola cosa es necesaria»: *el gran negocio del alma.*

Como se ve, toda la doctrina de Cristo, partiendo de las intimidades del alma, esclarece con luz divina todas las cosas, y se dilata hasta tocar lo eterno...

Todo remata en Dios, principio y fin de todas las cosas.

*No queráis amontonar tesoros...*

Es preciso repetirlo muy alto, porque el afán de las riquezas está en la raíz de la naturaleza humana, y en este caso es de todo punto necesario poner la segur a la raíz.

La raíz es esa pasión avasalladora e insaciable que llamamos *codicia.*

Ella pasa por el mundo como reina, extendiendo cada día su ya dilatado imperio...

Es la pasión en la cual con más frecuencia se encarna Satanás.

Y entonces todos caen a sus pies para adorarle.

**167. Todo esto te daré.**

Un día, dice el Evangelio, se atrevió Satanás a tentar a Jesús, por permisión divina; y «le subió a un monte muy encumbrado; y mostróle todos los reinos del mundo y la gloria de ellos y le dijo:

«Todas estas cosas te daré, si postrándote delante de mí, me adorares»:

*Haec omnia tibi dabo!* (1).

Las mismas palabras repite Satanás a todos los falsos discípulos de Cristo...

Explaya ante algunos los amplios horizontes del poder, bañados por el sol de la gloria mundanal, y les dice:

«Todo esto te daré».

Ante otros hace pasar el fausto y el boato de las riquezas, y les dice con sonrisa maligna:

«Todo esto te daré».

Y hace brillar ante muchos el hechizo del placer, la ostentación del lujo, y el largo tren de todas las grandezas humanas, y les dice con un relámpago de diabólica complacencia:

---

(1) San Mateo, IV, 8-9.

«Todo esto te daré»:
*Haec omnia tibi dabo!*

Y después, lanza Satanás al bobo, deslumbrado ya ante el oro y su fausto, la tremenda condición:

«Todo esto te daré, *si postrándote a mis pies me adoráres*»...

Y a los pies de Satanás, cubierto con la capa real de la codicia, ruedan vergonzosamente todos los falsos discípulos.

Pocos son los que quedan en pie, e imitando al Maestro, gritan al espíritu tentador:

*Vade Sátana!* «¡Apártate de aquí, Satanás»!

Esta escena se repite constantemente en el gran escenario del mundo; y si fuera posible asistir a las interiores claudicaciones de tantos cristianos, se los vería, en vergonzosa actitud, y en muchedumbre, besando las pezuñas de Satanás...

No hay vileza ni vergüenza ante la cual se arredre el esclavo de la pecunia, cuando lo azuza la codicia.

Esta es la que pone el puñal en manos del bandido, la que arma al hermano contra el hermano, la que seca las entrañas del corazón y enturbia la claridad de la conciencia... y pone venda ante los ojos aun de los «hijos de Israel».

Es una pasión que corta las alas, y ata a la tierra, y hunde en el polvo, y ata a su víctima con cien cadenas al cepo de la materia...

**168. Lo del camello por el ojo de una aguja.**

Así se explica que el Maestro divino tuviera palabras tan tremendas acerca de esos ricos que son esclavos de sus riquezas.

Recordemos aquel paso evangélico en que Jesús convidó a un joven rico a seguirle, si deseaba ser perfecto (1).

---

(1) San Mateo, XIX.

El joven se retiró entristecido ante la insinuación divina de dejarlo todo; «y era que tenía muchas posesiones».

Jesús dijo entonces a sus discípulos:

«En verdad os digo, que difícilmente un rico entrará en el reino de los cielos».

Se entiende, repetimos, de esos ricos que son siervos, no señores, de la pecunia.

Siguió Jesús diciendo: «Y aun os digo más: Es más fácil el pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos».

Estas palabras, tomadas como suenan, parecen muy duras para nuestros oídos no acostumbrados al lenguaje oriental.

Por eso algunos comentadores insinuaron algunas explicaciones más benignas.

Entre ésos, San Cirilo de Alejandría, respondiendo a Juliano el apóstata, que se burlaba de esas palabras, recordaba que camello se refería a un grueso cable que se usa en las naves.

A este parecer del santo se adhirieron varios. Todos seguían en la semejanza y, para la pronunciación de entonces, igualdad de dos palabras: *kámeelos*, camello, y *kámilos*, el cable de que habla S. Cirilo. En el Evangelio se usa la primera palabra. Según esta interpretación, las palabras de Jesús serían: «más fácil es que un cable de navío pase por el ojo de una aguja, etc.»

Otros, «con peor juicio», dice Maldonado, han pretendido que había una puerta llamada, a causa de su estrechez y dificultad de pasar por ella, «ojo de la aguja». Esta opinión es enteramente arbitraria.

Lo natural, explican los más, es que se entienda esta palabra de Cristo como tantas otras de estilo enteramente oriental. Para exagerar, para dar a entender la dificultad de ciertas cosas, o la grandeza de ciertos hechos, se ponen comparaciones verdaderamente absurdas, si se toman a la letra, pero en el lenguaje ordina-

rio, muy admitidas, ya que, como un autor oriental ha dicho, «las parábolas y las comparaciones son las perlas con que el pensamiento se adorna».

Con frecuencia oímos en nuestras conversaciones: «comulgar con ruedas de molino, tragar leguas», etc., que nadie toma a la letra y todos gustan. Esto es lo que el Señor hace aquí: entre los orientales de la Tierra Santa ningún animal conocido había mayor que el camello y ningún orificio más estrecho que el ojo de la aguja: junta el Salvador los dos para explicar la dificultad de que el confiado en sus riquezas se salve.

En otro lugar toma también al camello por término de comparación cuando dice de los Fariseos que «cuelan el mosquito y se tragan el camello».

Ni faltan ejemplos de que esta comparación haya sido usada en los demás pueblos. Del Corán, por ejemplo, pueden traerse estas palabras: «Los que baldonan de falsedad nuestras señales y las desechan, verán que las puertas del cielo se les cierran y no entrarán al paraíso, sino hasta que un camello pueda pasar por el ojo de una aguja» (1).

Esta explicación aparece clara si se tiene presente que de todos los bienes creados ninguno hay que de tal manera se adueñe del corazón y lo materialice como las riquezas. Ellas llevan en sí, como la semilla lleva la planta, todos los demás enemigos de la salvación del hombre.

Ahora bien, para salvarse hay que tener ante todo corazón: corazón para humillarse, corazón para mortificarse, corazón para compadecer y hacer el bien a los demás... Esta es la razón de que Cristo, que venía a salvar al hombre de sus enemigos mortales, haya comenzado por pedirle un esfuerzo magnánimo: el desprendimiento de todos los bienes mundanales.

No quiere esto decir que el simple hecho de tener

---

(1) Sura, 7, 38.

bienes de la tierra haga imposible la entrada en el reino de los cielos.

Lo que dice Jesucristo, es que, por las puras fuerzas humanas, dejada la naturaleza a sí misma, no puede levantarse ni librarse de las cadenas...

Y que no es esto una vana interpretación lo dicen las palabras siguientes del Evangelio: Como era natural se alarmaron los apóstoles de tanta dificultad y preguntaron al Maestro:

«Según esto, ¿quién podrá salvarse?»

«Pero Jesús, mirándolos blandamente, les dijo: Para los hombres, esto es imposible, pero para Dios todas las cosas son posibles».

Como si dijera, lo que no puede la naturaleza, lo puede la gracia.

Y que la gracia lo haya podido espléndidamente, lo demuestra la historia de la Iglesia.

En todos los tiempos ha habido hombres y mujeres pudientes, que, en vez de poner su corazón al servicio de sus riquezas, supieron poner por amor a Cristo sus riquezas al servicio de su corazón.

Es decir, al servicio de su fe y de su caridad.

Superfluo es recordar nombres, pues toda la historia de la Iglesia es una historia de desprendimiento, de abnegación, de generosidad...

Desprenderse de unos bienes terrenales, y aun de la púrpura real, no debía ser muy difícil para los que iban a la conquista de los bienes imperecederos y eternos... y para esa otra muchedumbre que ofrendaban gozosos a Cristo la púrpura de su sangre...

### 169. Las maldiciones divinas.

Eso hace la gracia, mientras que la naturaleza se adhiere codiciosa al dinero con los tentáculos de un pulpo.

Ante la ignominia de la codicia, se explican y se comprenden esas amenazas que lanza Jesús en el Evangelio contra los codiciosos.

Allí están, resonando a través de los siglos, como ecos de la maldición divina.

Sólo con leerlas, ponen pasmo en el alma.

Recordemos algunas.

«¡Ay de vosotros los ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo en este mundo!

«¡Ay de vosotros los que andáis hartos! porque sufriréis hambre.

«¡Ay de vosotros los que ahora reís! porque día vendrá en que os lamentaréis y lloraréis» (1).

A los momentáneos goces de la riqueza seguirán los eternos ayes de la desesperación...

Por esto, lanza el Maestro su grito de alerta!

Y dice: *Atesorad más bien tesoros en el cielo...*

**170. Los bienes eternos.**

Jesús toma pues al hombre, lo arranca del cepo de la pecunia, y lo eleva a la contemplación de los bienes eternos.

No son éstos, bienes perecederos que el orín y la polilla pueden consumir, y los ladrones robar...

Son bienes eternos, bajo la custodia misma del buen Dios.

Es una corona inmarcesible de méritos, es un esplendor de gloria celestial, es un mar de goces purísimos, es la visión beatífica y la posesión misma de Dios...

¡Dios mío! fallan las palabras ante la grandeza del concepto...

Y el alma se desmaya ante las magníficas perspectivas que deja entrever, a través del cendal del tiempo, la Esperanza cristiana.

**171. Los privilegios del desprendimiento.**

Recordemos aquí la escena que se siguió a esas tremendas palabras: «Es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja,» etc.

---

(1) San Lucas, VI, 23-25.

Pedro tomó entonces la palabra y dijo a Jesús: «Bien ves que nosotros hemos abandonado todas las cosas, y te hemos seguido: «¿cuál será, pues, nuestra recompensa?»

Jesús les respondió: «En verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido, en el día de la resurrección universal, cuando el Hijo del hombre se sentará en el solio de su majestad, vosotros también os sentaréis sobre doce sillas, y juzgaréis a las doce tribus de Israel».

Comentando este paso Santo Tomás, dice que esta suerte, la de juzgar a las tribus de Israel y a todo el mundo, cabrá no sólo a los doce apóstoles, sino a todos los que a su ejemplo lo hubieren dejado todo por seguir a Jesucristo.

He ahí uno de los grandes privilegios del desprendimiento total: una investidura sagrada de autoridad sobre todos los pueblos.

Y eso es justo: que se sienten en el trono de los príncipes los que se negaron a las cadenas de la materia.

Y aun más. A estos tales promete Jesús que recibirán cien veces más de lo que dejaron.

*Céntuplum*, dice el texto. Es decir, el céntuplo, el ciento por uno, esto es mucho más, en bienes más sólidos, como son especialmente los bienes del espíritu, la paz del alma, el contentamiento del corazón...

Todo esto es preludio de ese otro galardón prometido, que es la vida eterna.

Y concluye: «Y muchos que eran los primeros en este mundo serán los últimos, y muchos que eran los últimos serán los primeros» (1).

Serán los primeros en las recompensas eternas.

**172. «Dondo está tu tesoro»...**

Añade el texto: «Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón».

---

(1) San Mateo, XIX, 30.

No basta arrancar al hombre de los lazos de la materia: es preciso dar alas a su espíritu, y encumbrarle...

Así hace Jesús. Al señalar a la muchedumbre estas gloriosas cimas, la invitaba a elevarse y poner allá arriba los ideales...

Y alentar el corazón, señalándole como premio de sus victorias sobre todo lo deleznable, esas palmas eternamente frescas que crecen para los esforzados en los campos eternos...

**173. «Todo esto te daré»...**

Como se ve, soplan sobre el Evangelio los céfiros de otro mundo, cargados de aromas...

Todo es elevación en la doctrina de Cristo.

El también dice a los suyos, elevándolos a la más alta cumbre de la Montaña santa y explayando ante ellos la magnificencia del reino de su Padre:

«Todo esto te daré»...

Es imposible no caer de rodillas ante él, y besar la orla de su vestidura, y rendirle el más alto homenaje de adoración profunda.

..............................................................................................

---

## LECCION XXV

## LA LUMINOSIDAD DE LA INTENCION

**174. Enlazando puntos.**

Jesús enlaza las palabras que siguen a la instrucción precedente.

Al hablar de los bienes terrenales, y al condenar la codicia, surge a la fuente misma de donde brota la intención, que es la que dirige los actos humanos.

Si la intención se mancha con la codicia, manchadas quedarán las obras...

**175. Exposición.**

Oigamos a Jesús:

22. «Antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si tu ojo fuere sencillo, *o estuviere limpio*, todo tu cuerpo estará iluminado.

23. «Mas si tienes malicioso tu ojo, todo tu cuerpo estará obscurecido. Que si lo que debe ser luz en ti es tinieblas, las mismas tinieblas ¿cuán grandes serán?»

Como si dijera: Tu ojo es respecto de tu cuerpo, como una lámpara que lo alumbra. Si este ojo es *sencillo*, esto es, está limpio y sano, *todo tu cuerpo será alumbrado*, esto es, tu ojo servirá de luz a todos los miembros de tu cuerpo; pero si es *malo*, es decir, defectuoso o ciego, *todo tu cuerpo estará en tinieblas*, y expuesto a mil caídas.

Y si la luz que hay en ti (si este ojo que debe ser como la luz) se obscurece, y se hace *tenebroso*, ¿cuán grandes serán aquellas tinieblas?

Es decir, ¿en cuánta obscuridad estará todo el resto de tu cuerpo? Así comenta San Juan Crisóstomo.

Y así como el cuerpo, cuando se apaga la luz de los ojos, queda privado del mayor socorro que tenía para

sus operaciones; del mismo modo, cuando queda obscurecida la luz del alma, ésta se halla necesariamente sumergida en una infinidad de males.

San Agustin trae estas consideraciones a este punto: si la luz que debe dirigir tus acciones, se mancha y se obscurece con el *apetito de las cosas terrenas*, ¿cuánto más manchada y obscura será la obra que no tiene luz ni claridad por sí misma, sino que la recibe de la intención?

Como se ve, aquí se toma metafóricamente el ojo interior por la intención.

Y aun hay que notar que en la psicología hebrea, el corazón (el ojo interior) es la sede y la fuente de los pensamientos.

**176. Hombres «tenebrosos».**

He ahí, pues, las consecuencias de una intención codiciosa: todo el hombre quedará envuelto en las tinieblas.

No habléis a este hombre de visión supraterrenal, pues las tinieblas cubren sus ojos.

Ni le habléis de las bellas expansiones de la caridad, pues el dinero ha metalizado su corazón.

Ni de los triunfos del espíritu, pues «la materia oprime su alma».

Es un hombre ciego, duro, material.

La vida del espíritu—que es la gran luz del hombre—se ha apagado en él, y apenas si relampaguea por sus ojos el negro resplandor de la codicia...

Las sombras de la noche, precursoras fatídicas de la noche eterna, cubren todos los horizontes del pobre hombre...

Apena el corazón el pensar que de estos hombres *tenebrosos* está lleno el mundo!

**177. Hombres «luminosos».**

Por el contrario, la intención pura ilumina todo el hombre.

Como la intención pura se cierne en las alturas, muy por encima de ese mundo donde fermentan los bajos apetitos de la materia y de la carne, ella, besada por el sol de las alturas, ilumina a su vez al hombre...

Y enciende en su mente esos ideales—que son las venturosas estrellas del pensamiento...

Y arroja al corazón humano el calor de su lumbre, provocando en el pecho del hombre esos incendios que llamamos *celo santo*, y esas expansiones amplias que llamamos *caridad divina*...

Como se ve, la intención ilumina lo más sagrado que hay en el hombre—la mente y el corazón—y así es imposible que la luz interior no trascienda a lo exterior.

Especialmente cuando se considera que los ideales, después de haber dorado el pensamiento, ansían prolongarse, como un rayo de luz, en los actos exteriores.

Y lo mismo, cuando se tiene presente que el celo, la caridad y todos esos sentimientos que se albergan en el corazón del justo, después de haber hecho hervir la sangre, con una especie de efervescencia divina, buscan naturalmente, como toda expansión física, un desahogo a lo exterior...

Cuando se considera todo esto, repetimos, lo raro sería que un hombre no fuera *luminoso*...

Y no dejara una huella de su luz interior en cada una de sus palabras, en cada uno de sus actos... y hasta en cada una de sus miradas.

¡Ah, los ojos! Para un psicólogo, avezado a esas que llaman perlustraciones del espíritu, los ojos son la tersa superficie exterior en que se refleja la luz del alma.

Con imagen poética diríamos: son aguas mansísimas sobre las cuales la luna riela en las noches serenas.

¡Cuantos clarores de alma resplandecen en las aguas tersas y profundas de los ojos!...

Pues bien, a la luz de lo dicho, aparecen clarísimas esas palabras:

«Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado».

## LECCION XXVI

### «NO SE PUEDE SERVIR A DOS SEÑORES»

**178. Exposición.**

Jesús sigue sus enseñanzas sobre los bienes terrenales, y precisa siempre más el alcance de la codicia.

¿Hasta dónde llega el imperio de esta pasión?

Jesús dice:

24. «Ninguno puede servir a dos señores: porque o tendrá aversión al uno, y amor al otro: o si se sujeta al primero, mirará con desdén al segundo. No podéis servir a Dios y a las riquezas».

Comentando San Juan Crisóstomo este paso, dice:

Estos dos señores a quienes es imposible servir al mismo tiempo son Dios y el dinero o el mundo. El uno de estos señores te manda robar lo ajeno, y el otro dar aun lo tuyo; el uno quiere que seas casto, el otro que te entregues a la disolución; el uno te incita a la glotonería, y el otro te ordena la abstinencia; el uno te inspira el amor de las cosas presentes, y el otro te manda que las desprecies. ¿Cómo podrás unir dos cosas tan opuestas?

**179. Los adoradores de «Mammona».**

Dice el texto latino: *Non potestis Deo servire et mammonae:* «No podéis servir a Dios y a las riquezas».

*Mammona* (las riquezas) es palabra siríaca.

Es la pecunia, o mejor la codicia, erigida en divinidad.

Y elevada sobre un altar, para recibir la ofrenda del hombre—de esos *idólatras*, como los llama San Pablo, que adoran al becerro de oro.

Y ante este ídolo, el hombre prostituye su conciencia, arrastra sacrílegamente su fe por el suelo, mancha con ignominia su honor... y arroja lo más sagrado de su corazón...

Y *mammona* reina sobre una muchedumbre de idólatras, que permanecen día y noche postrados con la frente en el polvo.. en espera de sus favores.

Recorred las calles de nuestras ciudades modernas, y veréis en el frontispicio de las grandes casas, grabadas con caracteres invisibles pero reales, la palabra *Mammona*.

Leed esta misma palabra en el frente de las Bolsas y de los Bancos, de los casinos y de los teatros, de los escaparates y de las vitrinas: *Mammona*.

Esos anuncios feéricos que en caracteres eléctricos señalan en la noche los templos del lujo o del placer, deletrean con sus luminosos destellos la misma palabra *Mammona*.

Y hallaréis *mammona* en todas partes: hallaréis este idolillo revuelto entre todas las baratijas del lujo...

Y no faltará en el bolsillo de todos sus adoradores.

**180. Los adoradores de Cristo.**

Ante esta idolatría universal, de todos los tiempos y espacios, Cristo eleva su voz, y proclama a la faz del mundo que no es posible servir a dos señores...

No se puede partir el corazón humano entre dos enemigos irreconciliables.

Uno de los discípulos de Cristo, que más han sentido su ley, se hace eco de la voz del Maestro, y grita a su vez:

«¿Qué compañía puede haber entre la luz y las tinieblas?

«¿O qué concordia entre Cristo y Belial?

«¿O qué consonancia entre el templo de Dios y los ídolos?» (1).

---

(1) Ep. II a los Corintios, VI, 14-16.

*Mammona* o *Belial*—el mundo o el demonio—no pueden quedar en pie donde se levante el templo santo de Dios.

La doctrina del mundo, o del demonio, es directamente opuesta a la doctrina de Cristo.

Es la antítesis que separa dos mundos: el mundo de la carne y el del espíritu: el mundo de los apetitos bajos y el de las aspiraciones altas: el mundo de los intereses humanos y el de los intereses divinos: el mundo de los egoísmos estrechos y el de la caridad infinita...

Y en el medio de esta absoluta antítesis Cristo ha puesto una espada y ha dicho:

«No he venido a traer la paz sino la guerra».

Y vuelto a la muchedumbre, con un gesto de autoridad divina ha declarado:

«Quien no está conmigo, está contra mí»...

Y los bandos se han dividido, hanse entrechocado las espadas... y se ha trabado una lucha eterna que sólo concluirá con el último desmayo del mundo...

Por eso Jesús ha dicho a sus discípulos:

«Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya, pero como no sois del mundo, sino que os entresaqué yo del mundo, por eso el mundo os aborrece» (1).

El mundo os aborrece porque vuestra conducta es contraria a sus máximas; y vuestro amor a la pobreza condena sus codiciosas ansias de lucro; y la castidad de vuestra vida es una condenación para las intemperancias de sus sentidos...

Aunque vivís en el mundo, no sois del mundo...

Pero permaneceréis en el mundo para librar las batallas del bien, y celar los intereses divinos, y ensanchar el reino santo de Dios ..

«¡Y daréis testimonio de la Verdad!»

---

(1) San Juan, XV, 19.

**181. Un aspecto peculiar.**

Hay un aspecto especial en que se pone más de manifiesto la antítesis entre los amadores de Cristo y los amadores del mundo.

Y es la diversa visión interna o el diverso concepto que unos y otros se forman de las cosas.

Y esto es importante, pues la visión interna es como el ojo que ilumina o entenebrece todo el cuerpo, esto es todas las obras.

San Pablo contempla este aspecto peculiar, cuando, encarándose con los judíos y gentiles, les dice que él predica a *Cristo crucificado*: «lo cual para los judíos es motivo de escándalo, y parece una locura a los gentiles»...

Y añade: «¿No es verdad que Dios ha convencido de fatua la sabiduría de este mundo?» (1)

Y sigue por este estilo, ostentando a los Corintios con un lenguaje gráfico que la sabiduría del mundo es necedad ante Dios, mientras que ante el mundo es necedad la sabiduría de Dios.

Esto se nota particularmente en los Santos—en esos hombres que han tenido más clara visión de la doctrina de Cristo.

Ante el mundo ellos han aparecido como locos, pues su vida, iluminada por esa visión interior, ha estado en patente contradicción con las máximas del mundo.

Ellos son hombres perpetuamente iluminados por la aurora indeficiente de la doctrina de Cristo, mientras que los mundanos bregan en un mundo perpetuamente sumido en la noche espiritual.

San Agustín trazó en breves pinceladas los rasgos principales de estas doctrinas antitéticas, la del mundo y la de Cristo—figura divina del hombre regenerado.

---

(1) Ep. I a los Corintios, I, 20.

«Los hombres, dice, corrían con febril ardor tras las riquezas de la tierra; Jesucristo ha querido nacer en la pobreza. El orgullo nos hacía mirar con horror los menores ultrajes; Jesucristo fué horriblemente ultrajado. Nos irritamos por cualquiera injuria; Jesucristo fué tratado y llevado injustamente hasta la muerte. El dolor nos es insoportable; Jesucristo fué desgarrado con azotes y traspasado de clavos y de espinas. Los hombres huyen de la muerte, y Jesús la abrazó de buen grado. Nada más infame que el suplicio de la cruz, y, sin embargo, Jesucristo le escogió para morir. Por último, privándose de todos los bienes cuyo amor nos pierde, y sufriendo todos los males cuyo temor nos aleja de la virtud, Jesucristo ha puesto los unos y los otros bajo nuestros pies. No hay, pues, en la vida del Hombre-Dios cosa que no sea para nosotros lección importantísima, encerrando un tratado completo de moral cristiana».

De estas antítesis no se da cuenta sino aquel que es internamente alumbrado por la doctrina de Cristo.

El mismo San Agustín no alcanzó a comprender esto sino después de sus primeros alumbramientos espirituales.

Entonces dice él, «brilló sobre mi entendimiento y sobre todas mis facultades una luz incomparable: no era la vulgar que todo el mundo ve, sino una luz enteramente distinta y de naturaleza muy diversa. El que conoce la verdad, conoce esta soberana luz; y el que la conoce, conoce la eternidad. Sólo la caridad puede ver esta luz» (1).

Pues bien, como comentario de lo dicho, recordemos una página de la vida de un moderno discípulo de Cristo, un convertido de la incredulidad.

---

(1) *Confesiones*, lib. VI, c. X.

**182. Un ejemplo edificante.**

Lo que vamos a relatar, acaeció en tierras de Francia cuando agonizaba el otoño de 1853.

Un joven sacerdote que acababa de celebrar en la Capilla de la Visitación, al entrar en la sacristía, percatóse de que un fraile de blanco hábito, de mirada ardiente y de anchurosa frente, se levantaba de un asiento colocado entre dos ventanas y le hacía, al pasar, muy reverente inclinación.

Pensando en que quizás el fraile deseaba también *decir misa*, nuestro sacerdote procuró despojarse aprisa de sus paramentos y se apresuró a saludar y ofrecer su persona y su capilla al religioso dominicano que estaba ya muy cerca de él.

El que, con mucha sorpresa y confusión del joven presbítero, no intentaba celebrar sino hacer confesión de sus pecados y no confesión ordinaria sino general.

«Tendrá Ud. la bondad de oírme en confesión», dijo con humildad al confuso sacerdote que, muy a pesar de su confusión, condujo a su penitente al pequeño departamento que habitaba y lo introdujo hasta su gabinete de estudio, donde apenas entrados, ya estaba el dominico a los pies del confesor.

«Voy a Tolosa, empezó diciendo, con la esperanza de fundar una casa de nuestra Orden. Mil obstáculos se oponen y será maravilla que podamos lograrlo. Pero yo tengo un medio para salir con éxito y es el de forzar y doblegar al cielo humillándome. He aquí por qué vengo a rogaros tengáis a bien escuchar no solamente mi confesión semanal, pues que ahora hace ocho días me confesé; sino la confesión de todas las faltas que he cometido desde mi niñez».

Y comenzó a narrar con humildad y arrepentimiento extraordinarios, al par que con arrebatadora elocuencia y cautivadora sencillez las faltas de una niñez candorosa y pura; de una juventud azotada por la in-

credulidad, plaga de su siglo; de una vida sacerdotal que pudo ser funesta y de una vida de religioso que no tuvo mancha perceptible.

Fué la era del triunfo, la época de la victoria.

Por ella atravesaba a la sazón; pero sin que lo deslumbraran los resplandores de la gloria mundanal.

Acabada su confesión, y sin que el sacerdote tuviera tiempo de impedirlo, el fraile se postró a los pies del Confesor y se los besaba repetidas veces, llamándose miserable y digno y muy merecedor de toda humillación.

Con lo cual no logró más que conmover a su confesor, hasta el punto de hacerlo derramar lágrimas, y darle la absolución entre sollozos provocados por la humildad y el arrepentimiento que en muy alto grado demostraba el fraile del hábito blanco.

Mas, antes de que el confesor pudiera responder, hallóse con otra nueva y no esperada, ni imaginada sorpresa.

Aquel buen dominicano, cuya fama pregonaban muy alto las mejores ciudades de Francia, luego que hubo recibido la absolución, dijo:

—«Fáltame aún pedir una merced y es preciso que vos me la otorguéis; es preciso que me juréis concedérmela».

Y el sacerdote confesor, sin imaginar siquiera la calidad de la petición, respondió:

—«Padre mío, después de lo que ha ocurrido ¿qué podéis desear que yo vaya a negaros?

—«Razón tenéis, replicó el dominicano; tras de lo que acaba de acontecer no podéis negarme nada ¿no es así?».

Y sin esperar respuesta, tira de una disciplina, hecha de correas, que traía por ahí debajo del escapulario, y dice de pronto sin ambajes, sin rodeos, sin muestras de turbación, con la mayor sencillez y naturalidad:

«La gracia que de vos exijo ahora es que me golpeéis cien veces con esta disciplina».

De asombro en asombro, de emoción en emoción y de aturdimiento en aturdimiento, iba pasando el Confesor.

¿Qué iba a hacer?...

Una mirada que entrañaba súplica ferviente y un acento que revelaba honda convicción, hicieron lo demás.

El dominicano dice con mucha naturalidad, pero también con muy profunda convicción y voz seductora y mágica insinuación: «La gracia pedida no me la rehusaréis, *padre mío*?»

¡Ah! ¿quién sería inflexible?

Nadie. «Esa mirada, esa voz, ese *Padre mío*, no se pueden apartar jamás de la memoria».

Y el confesor toma el manojo de correas y reflexiona: ¿Por qué impido a este grande hombre llegar a ser más grande con la humillación voluntaria? Y, sobre todo, ¿por qué no ayudo a este santo religioso a saciar la sed de sacrificio, de inmolación y sufrimiento que devora su alma?...

Y así diciendo y pensando, levanta y deja caer la disciplina una y dos y tres veces y hasta quince y veinte sobre las espaldas del penitente que, harto nervioso y sensible, solloza dulcemente.

«Cuando aquello acabó,—dijo años más tarde el confesor—levantóse, se me echó al cuello, me llenó de caricias y de abrazos, y me libró absolutamente del sigilo sagrado de la confesión, autorizándome para recordarle sus faltas, decirlas a quien yo quisiera, y, sobre todo, a reprochárselas cuando volviese a encontrarlo y a tratarlo como merecía, es decir con el azote; declarándome que me otorgaba absoluto derecho a humillarle y corregirle cuantas veces me viniera en gana».

«Inútil es decir en qué estado me hallaba yo. No se es digno de asistir a escenas semejantes cuando no se es capaz de estar allí conmovido hasta lo más hondo del alma».

Un rato después, se encaminaban a la estación del ferrocarril el confesor y el penitente que no cesó en todo el camino de hablar con ardor extraordinario «del sufrimiento voluntario, de la necesidad que tienen de él las almas, de la imposibilidad de llegar al cielo sin la humildad y el dolor; de la dicha de estar atado a la columna con Cristo desnudo y ser azotado con El, y en fin de todo aquello que él llamaba la «santa desvergüenza» del Evangelio».

Separáronse, por fin, aquellos dos hombres y el confesor guardó para siempre el recuerdo de aquella hora emocionante y conmovedora, para relatarla después y firmarla, en forma de testamento, que así termina:

«Escribo todas estas cosas hoy 26 de Agosto de 1865, once años después del acontecimiento y seis después de muerto el Padre, y no contento con afirmar bajo mi honor la verdad de este hecho y de sus menores detalles, estoy presto a declararlo con juramento a la faz de la Iglesia, si de ello hubiere necesidad».—*Manuel Bougaud.*—Vicario General de Orleans.

........................................................................

Y el fraile, ¿quién era?

Un varón insigne que Dios suscitó para renovar la Iglesia de Francia en la mitad del siglo XIX, y a quien el mundo conoció por el Padre Lacordaire.

He ahí, en esta página arrancada a las intimidades de un varón santo, el *heroísmo de la santidad.*

He ahí un acto de extraña locura, según el mundo: empero, un acto de sublime sabiduría, según Dios.

## LECCIÓN XXVII

## DE LAS PREOCUPACIONES TERRENALES Y DE LA PROVIDENCIA DIVINA

**183. «Composición de lugar».**

Antes de proseguir adelante, conviene hacer lo que llaman los autores ascéticos, una «composición de lugar».

Jesús en la cumbre, destacándose su hermosa figura sobre un punto claro y límpido...

Es de creer que brillaría en su rostro, siquiera veladamente, algún fulgor divino...

Si sólo su presencia hechizaba las muchedumbres que le seguían por días, olvidadas de comer y beber, hay motivos para suponer que en esta ocasión solemne, en que promulgaba solemnemente la Nueva Ley, su palabra cálida, su mirada amplia, su gesto imponente y su continente lleno de majestad, darían a toda su persona un hechizo peculiarmente divino...

Y la muchedumbre, agrupándose alrededor, y extendiéndose por las laderas, en actitud extática, los ojos abiertos a la gran avenida de luz, y el alma ensanchando sus senos para dar cabida a las grandes verdades...

Y palpitando en la atmósfera, como un gran corazón, nacido de las efusiones de un amor infinito, la nueva doctrina...

Las gentes debían de sentir, siquiera vaga y brumosamente, que el mundo antiguo se desplomaba, y surgía al soplo de la palabra de Cristo un nuevo mundo, con nuevas concepciones, nuevos horizontes... Y una frescura eternamente primaveral.

Acaso las frescas brisas que soplaban en esa hora, acariciando la hermosa cabellera del Maestro, y oreando las frentes pensadoras de la muchedumbre, acaso esas

brisas aparecían como feliz presagio de esas otras brisas espirituales que empezaban a soplar, desatadas de los labios divinos, en todos los ámbitos del mundo.

Además de ello, al pie del monte se extendían los campos fértiles, las praderas frescas, cuajadas de flores, cuyos perfumes acaso envolvían la montaña en perfumadas ondas.

Y arriba, el cielo diáfano de Palestina con sus hermosas avecitas cruzando el espacio, y saludando a su modo, con píos y trinos, la nueva era que marcaba la hora solemne...

¿Cómo no recordar entonces a la muchedumbre sencilla las bellas imágenes que el ambiente mismo ofrecía, doradas al sol de la Providencia?...

Ahora bien, con la imaginación fija ante tan estupendo panorama, y como formando parte de la muchedumbre, es preciso leer, sin interrupción y con el corazón en la mano, estas magníficas palabras de Cristo:

**184. El texto evangélico.**

25. «En razón de esto os digo, no os acongojéis por el cuidado de hallar que comer para sustentar vuestra vida, o de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. ¿Qué? ¿No vale más la vida *o el alma* que el alimento, y el cuerpo que el vestido?

26. Mirad las aves del cielo, como no siembran, ni siegan, ni tienen graneros: y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valéis vosotros mucho más sin comparación que ellas?

27. Y ¿quién de vosotros, a fuerza de discursos, puede añadir un codo a su estatura?

28. Y acerca del vestido ¿a qué propósito inquietaros? Contemplad los lirios del campo cómo crecen *y florecen*: ellos no labran, ni tampoco hilan.

29. Sin embargo yo os digo, que ni Salomón en medio de toda su gloria se vistió *con tanto primor* como uno de estos lirios.

30. Pues si a una hierba del campo, que hoy es y

mañana se echa en el horno, Dios así la viste: ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?

31. Así que no vayáis diciendo acongojados: ¿Dónde hallaremos qué comer y beber? ¿Dónde hallaremos con qué vestirnos?

32. Así obran los paganos, los cuales andan *ansiosos* tras todas estas cosas: Bien sabe vuestro Padre la necesidad que de ellas tenéis.

33. Así que, buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura.

34. No andéis, pues, acongojados por el día de mañana; que el día de mañana harto cuidado traerá por sí: bástale ya a cada día su propio afán *o tarea*».

**185. Algunas aclaraciones.**

Con este estupendo discurso quiso Jesús enseñar a la muchedumbre la admirable acción de la Providencia sobre el mundo.

Pudo hablarle de los astros que danzan al compás del tiempo en las lejanas y dilatadas esferas celestes... Mas quiso hablarle más bien de las bellezas providenciales que ostentaban su primor ante los ojos...

La verdad entraba así más de lleno, con el primor de su luz desnuda de todo artificio, en la inteligencia del pueblo.

Y con imágenes sencillas enseñaba al pueblo, enlazando este discurso a los anteriores, que se debía evitar la excesiva preocupación por los bienes materiales...

Que sobre el hombre vela la Providencia, que alimenta las aves y viste los lirios...

No se enseña aquí el abandono en brazo de la inercia, sino el trabajo con abandono en los brazos de la Providencia...

Y siendo así, por qué andar diciendo acongojados: «¿Dónde hallaremos qué comer y beber?... y con qué vestirnos?»

«Así obran los paganos».

Es decir, esos hombres que viven vida puramente animal, que no conocen más horizontes que el plato o el vaso...

Esos hombres, de los cuales decía San Pablo, con frase gráfica y atrevida, que «no conocían más dios que su vientre».

Así obran hoy las turbas, ayunas de espíritu, pero hambrientas de materia, clamando en su carrera desenfrenada hacia la adquisición de bienes materiales: «¿Dónde hallaremos qué comer y beber?»...

Se han ofuscado los grandes Ideales, y en su lugar han aparecido, como conductores de las turbas, los bajos estímulos de la comida y bebida!

Y es claro que ante las embestidas de tales estímulos que salvajizan al hombre, queda en peligro el orden social.

El delirio del bolcheviquismo ruso ¿no es acaso el grito salvaje de esos apetitos? ..

**186. «Buscad primero el reino de Dios»...**

Por otra parte, «¿quién puede añadir un codo a su estatura?»

¡Imagen sencilla y estupenda de la impotencia del hombre!

Un motivo más para confiarse a la Providencia, después de haber cumplido honradamente el propio trabajo y deber, sin andar acongojados por el día de mañana...

¡Son tantos ya los afanes del día de hoy!

¡Cuántas espinas—las angustias del porvenir—han arrancado del corazón humano estas palabras!...

Es preciso meditar con frecuencia esta página evangélica, especialmente en las horas angustiosas...

Y sorber sus palabras que destilan bálsamo precioso...

Y besar ahí la huella de esa Providencia que pasea sobre estas letras su púrpura divina...

Y después leer con fe esas eternas palabras, tan poco meditadas, que son hermosísimo epílogo del discurso sobre la Providencia:

«Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura»

Y callar... El silencio profundo y meditativo, es la única alabanza digna de tanta promesa!

**187. Una comparación.**

Después de haber escrito lo anterior nos acordamos de unas íntimas confidencias hechas por Dios a Santa Catalina, en uno de los habituales raptos:

«Cuanto te he dicho de mi Providencia general y particular de mis criaturas, no es, a la realidad, sino como el vapor que sale de una gota de agua, comparado con la inmensidad del Océano» (1).

Así es: lo dicho no es sino «como el vapor que sale de una gota de agua, comparado con la inmensidad del océano».

(1) *Diálogos,* t. II, p. 129.

## LECCION XXVIII

### RELACIONES DEL CRISTIANO PARA CON EL PROJIMO

**188. Caridad en los dominios del pensamiento.**

Los miembros del reino, en sus relaciones con los hermanos y con el prójimo, deben aplicar la gran ley de la Caridad—alma de la fraternidad cristiana.

Y como el cristianismo procede de adentro, deben ellos comenzar con asegurar el reinado de la Caridad en los dominios del pensamiento.

Por eso dice Jesús (c. VII.):

1. «No juzguéis a los demás, si queréis no ser juzgados.

2. Porque con el mismo juicio que juzgareis, habéis de ser juzgados: y con la misma medida con que midiereis, seréis medidos vosotros.

3. Mas tú ¿con qué cara te pones a mirar la mota en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que está dentro del tuyo?

4. O ¿cómo dices a tu hermano: Deja que yo saque esa pajita de tu ojo: mientras tú mismo tienes una viga en el tuyo?

5. Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás cómo has de sacar la mota del ojo de tu hermano».

No podría expresarse más claramente el precepto de la Caridad, especialmente en los juicios.

Jesús con su doctrina tiende a santificar todas las raíces de los actos humanos, para que la renovación del hombre sea íntima y completa.

Bien sabía Él que de lo interior habría irradiado hacia lo exterior toda la lumbre que él iba arrojando en el santuario del alma.

**189. Primera razón.**

Jesús funda su precepto sobre dos razones principales:

La primera es: «Con la misma medida que midiereis seréis medidos».

Es la ley del talión aplicada en última instancia, si hubieren fallado todas las amonestaciones.

Este es el aspecto negativo: el aspecto de la pena.

Dulce nos es considerar en los anteriores conceptos, también el aspecto positivo: el de la recompensa.

Si vuestra medida con el prójimo será ancha y dilatada, es justo suponer que la medida con que Dios nos juzgará será aun mucho más ancha y dilatada.

San Lucas (VI, 38) al traer estas enseñanzas del Maestro, hace notar en modo particular este lado positivo, cuando dice:

«Dad, y se os dará: dad abundantemente y se os echará en el seno una buena medida, apretada y bien colmada hasta que se derrame»...

Hay que recordar, para comprender bien la fuerza de estas palabras, que los pueblos orientales usaban vestidos anchos, de manera que podían llevar cómodamente sobre su seno abundantes medidas...

**190. Segunda razón.**

La segunda razón en que funda Jesús el precepto de la caridad para con el prójimo, es la consideración de la propia miseria:

«¿Con qué cara te pones a mirar la mota en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que está dentro del tuyo?»

Si bien se considera, la miseria de todo hijo de Adán, es tan grande que da lástima...

Somos los hombres, en nuestro aspecto moral, miserables de solemnidad: pobres pordioseros que camina-

mos cubiertos de andrajos, y de inmundicias, y de hedores...

¡Ah! si las putrefacciones morales pudieran olerse, apestarían al mundo!

Hombres hay, exteriormente perfumados, que son leprosos en el alma...

En la Biblia leemos estas palabras que podemos aplicarles: *Vasa ignominiae:* «¡Vasos de inmundicia!»

Y esto es de todos: es esta una herencia universal que ha cabido en suerte a todos los hombres.

Basta conocerse, para darse cuenta de ello.

Basta asomarse a las profundidades de la naturaleza humana para quedar horriblemente espantados!

¡Qué sería el cristiano si la gracia no lo sublimara!

Y no lo arrancara, como decía un sincero autor, del inmenso estercolero humano!

Cuando, pues, se sabe esto, cuando se sabe que una viga atraviesa nuestros ojos, es difícil ponerse a mirar la mota en el ojo del hermano...

Y a cuantos lo hicieren, habría que atronarle los oídos con esa candente palabra:

*¡Hipócrita!...* Cien vigas atraviesan tus ojos...

Y si protestara, habría que clamar aún más alto:

*¡Hipócrita!*

«Has nacido todo en el pecado», ¿y pretendes reparar faltas en tu hermano?

Esto sea dicho hablando en general, pues no caerían bajo estos conceptos los superiores que tienen la obligación de corregir a los súbditos, y cuantos corrigen a sus hermanos por altos motivos de caridad cristiana.

**191. La caridad en los dominios de las obras.**

La caridad interior, como es de suyo difusiva, se expande naturalmente en actos exteriores.

Y ahí tenemos la Caridad en el dominio de las obras.

A esta consideración podemos enlazar esas enseñanzas que daba poco después el Maestro divino:

12. «Y así haced vosotros con los demás hombres todo lo que deseáis que hagan ellos con vosotros. Porque ésta es la *suma de la* Ley y *de* los Profetas».

Es esta la gran norma de conducta que debe presidir todas las relaciones humanas.

Si bien es cierto que tal norma existía en forma negativa en la literatura pagana y hebrea, más cierto es aún que Jesús fué el primero en darle forma positiva, mandando hacer el bien a los demás, como se desearía que los demás lo hiciesen con nosotros.

Y ratifica las susodichas enseñanzas con la gran sentencia:

«Esta es la suma de la Ley».

Porque es el alma de la Caridad, y la Caridad es el alma del Cristianismo.

**192. "No echéis vuestras perlas a los cerdos".**

Jesús propone después una norma acerca de las relaciones de sus discípulos, y especialmente de sus ministros, para con los hombres carnales, diciendo:

6. «No déis a los perros las cosas santas ni echéis vuestras perlas a los cerdos; no sea que las huellen con sus pies, y se vuelvan contra vosotros y os despedacen».

En las ciudades orientales todos los detritos de las casas se echan a la calle, y alguna vez, por descuido, acontece echar también algún objeto precioso, joyas y perlas extraviadas. Es tal la suciedad de las calles, que pululan en ellas los perros y los cerdos, los cuales embisten a mordiscos a quien pretende disputarles su presa. Por esas perlas, echadas a los perros y cerdos, entiende el Salvador las verdades de la fe, despreciadas por los enemigos de la Iglesia.

Es imposible hallar palabras más enérgicas para expresar la completa ceguera de los hombres carnales acerca de las cosas del espíritu, y su desprecio por todo lo santo, y su acometividad contra todos los representantes de la Verdad y de la Virtud.

Parece que la vieja y rebelde carne se levanta por impulso de su instinto natural para escupir denuestos al rostro hermoso del espíritu...

No podría ser de otro modo. La carne perdió por el pecado el ojo, o sea la visión del espíritu.

**193. Una explicación filosófica.**

He aquí como explica esta ceguera espiritual un teólogo, es decir, un profundo filósofo: Hugo de Saint-Víctor:

«Tres cosas había en el hombre: el cuerpo, el espíritu y Dios. El cuerpo era el mundo, el espíritu el alma, y esta alma se hallaba colocada como en cierto medio, que tenía en su exterior al mundo, y en su interior a Dios; y habíasele dado un ojo por el cual ella veía al mundo fuera de sí, así como todas las cosas que el mundo contenía: éste era el ojo de la carne.

Otro ojo se le dió además, por el cual se vería a sí misma y las cosas que en ella se encerraban: éste era el ojo de la razón.

Otro ojo, por último, le fué dado, por medio del cual vería dentro de sí misma a Dios y las cosas que estaban en Dios, y éste era el ojo de la contemplación.

Otro ojo, por último, le fué dado, por medio del cual vería dentro de sí misma a Dios y las cosas que estaban en Dios, y éste era el ojo de la contemplación.

Mientras tuvo el alma estos ojos abiertos y serenos, vió claro y distinguió perfectamente las tres regiones, sensible, intelectual y divina; pero apenas penetraron en ella las tinieblas del pecado, cegóse el ojo de la contemplación, y nada pudo ver ya por este lado; apareció velado el ojo de la razón, y sólo pudo percibir en adelante una luz opaca. El único ojo que continuó viendo, que permaneció en el pleno goce de toda su claridad, es el de la carne.

De aquí nace el que los corazones de los hombres están más propensos a inclinarse hacia las cosas que se ven por el ojo de la carne, que hacia aquellas vislum-

bradas apenas por la agudeza del ingenio y el sentido racional, porque en estas cosas sensibles no ha lugar a duda ni a discusión. El hombre ve claramente el mundo de los cuerpos; pero sólo entrevé las cosas del espíritu, y no ve las cosas de Dios. Necesitóse, pues, la fe para que fuesen creídas las cosas que no pueden verse, y subsista en nosotros por la fe lo que no puede ser abarcado por la mirada» (1).

La fe es pues la visión sobrenatural: es un divino alumbramiento de nuestra inteligencia, un poderoso auxilio a nuestra poquedad intelectual, una amplia dilatación de las fronteras de nuestro espíritu; una energía sobrehumana, añadida a nuestras potencias naturales; una especie de ampliación de nuestro ser moral en espacio totalmente divino.

En faltando pues la mirada sobrenatural,.el hombre queda sumido en las tinieblas de la materia.

Cesa de vivir el espíritu, y sólo vegeta la parte animal.

Y claro está que el bruto no tiene la visión supraterrenal.

Cuando pues los hombres os digan:—Estas cosas son mùy altas, ni podemos entenderlas—responded con éstas palabras de San Pablo:

«El *hombre animal* no puede comprender las cosas que son del espíritu de Dios»...

Ese hombre *animal* es, como dijimos, el hombre dominado por los instintos...

Concluyamos el texto: «Pues para él todas son una necedad, y no puede entenderlas: *puesto que se han de discernir con una luz espiritual que él no tiene*» (2).

¡A cuántos lectores convendrían talvez estas palabras, profundamente filosóficas!...

---

(1) *De Sacramentis*, lib. I.
(2) I a los Corintios, II, 14.

Confirman lo dicho las hermosas palabras que los santos raptos de María Magdalena en su cueva de penitencia, sugirieron a la pluma de Lacordaire:

«¡Oh santos y admirables transportes del amor divino! El hombre que no conoce a Dios, a su Cristo, es incapaz de comprenderos. Apegado a la tierra con todo el peso del pecado, no sabe el imperio que Dios ejerce sobre un alma santa, ni el imperio que un alma santa ejerce sobre el cuerpo. *Este hombre cree en la atracción de los mundos y rechaza la de Dios*».

Y así es de todos los misterios y de todos los prodigios de la gracia.

**194. Aplicando el texto.**

Cuando, pues, en vuestras apostólicas labores, os encontréis con esta clase de «hombres animales», gastad de mucha prudencia «para no echar vuestras perlas a los cerdos»...

Sacadlos primero del cieno de la carne, si os es posible, abriéndoles el camino a esa «luz espiritual» de que habla San Pablo.

Entonces discernirán las cosas del espíritu, y podrán asomarse poco a poco a ese mundo sobrenatural, lleno de esplendores, que no se puede ver con los ojos de la carne.

Señalemos de paso que ésta es la razón principalísima de la ceguera de tantos viciosos.

No tienen fe, porque viven en un pantano.

La fe es la visión del alma en un mundo sobrenatural.

Que si, a pesar de todo, esos «hombres animales» la embisten contra vosotros y, hollando con sus pies la verdad, amenazan despedazaros, recordad entonces esas palabras que escribía San Pedro en su Epístola primera (IV, 14):

«Si sois infamados por el nombre de Cristo, seréis bienaventurados: porque la honra, la gloria y la virtud de Dios, y su espíritu mismo reposa sobre vosotros».

Sí, seréis bienaventurados; y aun en esta tierra reposará sobre vosotros la gloria y el espíritu de Dios!

## LECCIÓN XXIX

### DE LA EFICACIA DE LA ORACION

**195. Exposición.**

Jesús, como comentario de sus enseñanzas sobre la Providencia, habla a las gentes de la eficacia de la oración.

Dice pues:

7. «Pedid y se os dará: buscad, y hallaréis: llamad, y os abrirán.

8. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.

9. ¿Hay por ventura alguno entre vosotros, que pidiéndole pan un hijo suyo, le dé una piedra?

10. ¿O que si le pide un pez, le dé una culebra?

11. Pues, si vosotros, siendo malos *o de mala ralea,* sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos: ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que se las pidan?»

Aquí se habla naturalmente de la oración hecha con intención pura, que tenga por objeto bienes útiles, como los contenidos en la oración dominical.

Tal oración se remonta fácilmente en alas de la intención pura hasta Dios, y baja henchida del rocío de las gracias sobre las almas puras.

Recordemos a este propósito una bella frase del santo Cura de Ars: «La oración es un rocío embalsamado; mas para recibir su perfume, es necesario orar con alma pura».

Ello es natural, que un alma pura ore siempre con intención pura, como quiera que la intención es flor del alma.

Se supone también que la oración sea humilde, confiada y perseverante... La humildad se anonada ante Dios, la confianza espera, y la perseverancia no desmaya hasta haber obtenido...

Claro es que Dios sólo ha de otorgar los bienes espirituales, y aun los materiales que convengan a la salud del alma.

Pedir sólo bienes materiales, y con corazón impuro, es como una ofensa a la Majestad divina.

**196. «La omnipotencia humana».**

La oración, pues, que sale de un corazón puro y humilde, abrillantada con los rubíes de la intención pura, y sostenida por la perseverancia de la fe, todo lo obtiene...

Ahí está la promesa de Jesús:

«Pedid, y se os dará: buscad, y hallaréis: llamad, y os obrirán»...

Y en seguida vuelve a repetir el mismo concepto en forma afirmativa.

Con razón pues fué llamada la oración: «la omnipotencia humana».

Es, por así decirlo, la omnipotencia divina puesta en manos de los hombres.

Bien lo sabía Moisés, cuando, en cierto modo, *exigía* de Dios el perdón para su pueblo prevaricador...

«O me otorgas esto,—decía—o me borras del libro de la vida»...

Y Dios se inclinaba ante su siervo.

Bien lo sabían los Santos. Recordemos...

Santa Catalina de Génova decía rogando por un alma que le era muy querida:

«Oh Señor mío, os pido esta alma, os suplico que me la déis:—podéis dármela».

Y Santa Catalina de Sena:

«Señor, no me apartaré de vuestros pies, de vuestra presencia, mientras que vuestra Bondad no me haya

concedido lo que deseo, mientras no tengáis a bien hacer lo que yo quiero».

Y proseguía con cierto atrevimiento: «Señor, quiero que me prometáis para todos (los que amo) la vida eterna».

Y, como para recibir de ello una prenda, añadía: «Señor, poned vuestra mano en la mía».

Y extendía la mano para estrechar la de su Salvador, diciendo:

«Sí, dadme una prueba de que me otorgáis lo que os pido» (1).

**197. La omnipotencia del Padre celestial.**

Consideremos otro aspecto de la oración.

Jesús confirma su promesa—sobre la eficacia de la oración—con traer ante la consideración de la muchedumbre la idea de la bondad del Padre celestial.

Y desarrolla esta idea con ese gráfico símil del hijo que pide un pan o un pez a su padre.

¿Acaso ese padre le dará una piedra o una serpiente?

Y añade: «Si vosotros que sois de baja ralea, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre celestial»...

En verdad, el pensamiento de que en la oración nos dirigimos a un Padre, produce en el alma un sabor celestial.

A esto sin duda se refería el ya citado cura de Ars, cuando decía con su estilo sencillo y gráfico: «La dulzura de la oración es sabrosa como el jugo de uvas maduras».

Esa dulzura es el licor divino que destila el amor.

Además, ese mismo pensamiento infunde una confianza y seguridad ilimitada.

Y ello es natural. Como el niño, en toda circunstancia y en todo peligro, clama instintivamente *¡Madre!*

(1) Su Vida.

*madre!*, y se acoge confiado y seguro a su seno; así el pobre mortal, en todas sus necesidades, exhala espontáneamente el grito *¡Padre mío!*, y se acoge confiado y seguro a los brazos del buen Padre celestial.

Es pues la plegaria una dulce efusión del alma en el corazón de un Padre todopoderoso: de un Padre que pone su omnipotencia al servicio del amor, y el amor al servicio de la omnipotencia...

Y de ahí los prodigios de la oración y los triunfos del amor...

## LECCION XXX

### DE LA MORTIFICACION

**198. Exposición.**

Jesús vuelve sobre uno de los principios fundamentales de su doctrina: la mortificación, simbolizada por la puerta angosta y la senda estrecha.

Oigamos sus palabras:

13. «Entrad por la puerta angosta: porque la puerta ancha y el camino espacioso son los que conducen a la perdición, siendo muchos los que entran por él.

14. ¡Oh qué angosta es la puerta, y cuán estrecha la senda que conduce a la vida *eterna!* ¡qué pocos son los que atinan con ella!»

Comenta San Jerónimo este paso diciendo:

«Los placeres del siglo que desean los hombres carnales son el *camino ancho*; y el *camino estrecho* es el de los ayunos y trabajos y penitencia».

Muchos son los que entran por el camino espacioso, y pocos por la senda estrecha.

Y eso porque, en la necesaria lucha de la vida, muchos son los cobardes y los esclavos; y pocos los valientes y los libres.

Filosofemos un poco sobre esto.

**199. Resolviendo un misterioso antagonismo.**

Es preciso explicar el punto fundamental y dar la razón última de esta lucha que agita incesantemente el corazón humano.

Dios había criado al hombre a su imagen y semejanza: no lo había criado espíritu puro, sino ser espiritual, es decir un alma independiente intrínsecamente de la materia, aunque unida substancialmente con ella.

Había criado al hombre en estado de gracia: estado feliz, en que el alma, como reclinada en el seno amoroso de Dios, iluminada con los fulgores y enriquecida con los dones de la gracia, debía vivir, en el perfecto concierto de sus potencias y de los sentidos del cuerpo, una vida perpetua de paz y felicidad.

En ese estado de gracia, el cuerpo mismo no debía ser sino un instrumento dócil del alma, y como la forma radiante de su esplendor.

Y así el hombre debía vivir en perpetua juventud de alma y de cuerpo, como quiera que bañándose en las ondas divinas, había de saturarse de un frescor y lozanía inmortal.

En ese estado debía ser el verdadero rey de la creación, tan hermoso que sólo la luz habría sido su regia vestidura, tan lleno de majestad que habría parecido un dios en la tierra.

Y así habría vivido, intérprete de las alabanzas del universo, cantando los loores divinos, hasta el día en que, por una efusión más amplia de la vida divina en él, en éxtasis sublime se habría remontado al cielo...

Mas ¡ay! seducido por Satanás, infringió a sabiendas la ley de Dios, fué desleal y se declaró rebelde...

Desde las cumbres luminosas de la gracia precipitóse, dejado de la mano de Dios, a la sima profunda del pecado...

Tinieblas en el entendimiento, flaqueza en la volun-

tad, padecimientos en el cuerpo, rebeldía en los sentidos...

Y así la triste progenie de Adán, desposeída de los dones de gracia, iniciaba su penosa peregrinación por este desierto, bajo los latigazos del dolor, a merced de tremendas pasiones, en medio de una lucha sorda y continua de la carne contra el espíritu.

Y el hombre que «debía, según palabras de S. Agustín, haber sido espiritual hasta en su carne, tornóse carnal hasta en su espíritu».

Y se trocó, como dice la Sagrada Escritura, en «hombre animal», o en «carne».

San Pablo dice, en «hombre viejo».

**200. Algunas aclaraciones.**

Nótese que aquí por «hombre viejo» o «carne», no entendemos el cuerpo solo o el alma sola, sino este compuesto de una y otra substancia—cuerpo y alma—con su doble vida moral y física.

Aun después de restaurado, curado y deificado por la gracia de Cristo, todo individuo de la humana especie permanece sellado con sus condiciones nativas, y luego inclinado instintivamente a la tierra, solicitado por todo linaje de concupiscencias, y abrasado por el fuego de las pasiones...

Nótese pues, que al hablar de «carne», entendemos aquí todo el fondo de la naturaleza humana degradada.

Así es como San Pablo no cuenta solamente entre las obras carnales los desenfrenos del sentido, sino también el odio, el rencor, la envidia, en resumen, todas las pasiones aviesas del ánimo.

**201. Las consecuencias.**

¿Qué sucedió pues al pobre mortal? Por la caída original se halló metido forzosamente en medio de una lucha sin cuartel, librada entre la carne y el espíritu.

Por una parte, la carne, con su gran fondo de mise-

rias, constituído por la tríplice concupiscencia de que habla S. Juan, herencia principal del pecado original: «concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida».

Y por otra parte, el espíritu, la parte superior del ser, con ese algo divino que hay en el hombre; y, sobre todo, ese don sobrenatural que llamamos la *gracia*—la cual es una participación de la naturaleza divina al alma del justo.

En otras palabras, hay que considerar en el hombre, moralmente hablando, dos vidas: la *vida animal* y la *vida espiritual*.

La vida animal lo lleva por el camino espacioso del placer y del pecado, que lleva a la perdición.

La vida espiritual lo encamina por la senda estrecha de la mortificación y de la virtud, que conduce a la vida eterna.

Y allí se halla entablada la lucha, en el propio corazón del hombre, en las dos partes constitutivas de su ser: el cuerpo y el alma...

Allí, pues, hay que llevar las armas.

A esas dos substancias constitutivas del compuesto humano, alma y cuerpo, es preciso saber regir con la regla de la virtud y el látigo de la mortificación: mortificación *interna*, propia del alma; y *externa*, propia del cuerpo.

Sólo a este precio se labran los triunfos del espíritu.

Particularicemos algo más.

**202. Mortificación interior.**

Pues bien, como primer paso para regular esta doble vida, Jesucristo nos manda la *abnegación*, que es la parte esencial de la *mortificación interior:*

«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo» (1).

---

(1) San Mateo, XVI, 24.

*Abnegación!* Palabra verdaderamente extraña para el mundo: para ese mundo ególatra, sediento de honores, hambriento de placeres, ávido de adoraciones humanas...

Sin embargo, la abnegación es la gran ley de vida para el hombre.

En la abnegación está contenido uno de los actos superiores, cristianamente característicos, del alma humana.

En la cumbre de este acto está el acto supremo de la *afirmación.*

Es decir, la vida espiritual del hombre debe *afirmarse* sobre la vida animal.

A los insaciables deseos de la concupiscencia—que son los bramidos de la vida animal—debe responder el hombre con una incontestable *negación.*

Digamos más, debe responder el hombre con santo *aborrecimiento*—que es la negación más completa...

Pues, de no ser así, triunfaría en el hombre, no la ley del espíritu con sus irradiaciones de luz, sino la ley de la bestia con todas las terribles consecuencias de la pasión desenfrenada.

A esto se refiere el Evangelio con esas palabras, incomprensibles para la necedad humana:

«Si alguno de los que me siguen no aborrece...a su vida misma, no puede ser mi discípulo» (1).

Pues, ¿cómo es esto?

Sí, aborrecer la vida hasta resolverse a perderla, precisamente para salvarla, según aquellas otras palabras evangélicas:

«El que quisiera salvar su vida, la perderá» (2).

Esto desconcierta a los hombres vulgares que no ahondan las verdades; pero eso es profundamente filosófico:

---

(1) San Lucas, XIV, 26.
(2) San Lucas, IX, 24.

Es preciso aborrecer la vida animal, negar el imperio de la bestia, para que triunfe en el hombre, con el indiscutible imperio de una afirmación soberana, la vida espiritual—es decir, la vida del espíritu, en la plena lumbre de la inteligencia, en el pleno dominio de la voluntad, y todo esto bajo los esplendores de la gracia...

**203. Mortificación exterior.**

Complétese lo dicho con la *mortificación exterior:*—que es la disciplina de los sentidos (gusto, tacto, vista, oído, olfato), cohibiendo su natural desenfreno.

Dice Arnaldo, el amigo de San Bernardo:

«El alma se sirve del cuerpo, como el artífice se sirve del martillo y del yunque; y así como ayudado de estos útiles, el artífice fabrica estatuas e ídolos, así también ayudada del cuerpo el alma se forja para su uso gozos innobles y culpables deleites...La carne es la oficina en donde y por quien el alma labra y consuma los apetitos de la voluntad».

Y bien es cierto, que la carne no domada, es la oficina donde se fraguan los delitos de Adán, el hombre viejo...

En este pobre cuerpo humano, tan maravillosamente seductor, no hay un solo sentido, una sola fibra, una gota de sangre, una sonrisa de labios...que no pueda tomar parte en esta horrenda conjuración, tramada allá por el viejo Adán en el fondo del ser.

Pues bien, la vigilancia sobre los sentidos es el continuo *alerta* del espíritu contra los posibles y aleves ataques del enemigo.

**204. La hora decisiva.**

Ahora bien, hay en la vida del hombre una hora solemne y decisiva: y es cuando, pasada la edad de la inocencia—esa edad que parece ser un lejano fulgor de la vida primitiva de la gracia—comienzan a hervir en el

hombre lo que llama San Pablo *desideria carnis*, todas las concupiscencias de la carne...

Y a poco andar, se abre ante él un bivio: por una parte un camino espacioso, bordado de flores, saturado de fragancias, poblado de risas...

Y por otra parte, una senda estrecha, erizada de espinas y cubierta de abrojos...

¿Hacia dónde se dirigirá el joven?

¿Hacia el placer o hacia el sacrificio?

¿Se encaminará por la senda estrecha o por el camino espacioso?

He ahí una pavorosa alternativa.

Un corazón esforzado se decidirá por el sacrificio, mientras que el cobarde se entregará al placer.

El sacrificio que es la muerte de las concupiscencias, lleva a la gloriosa meta de la libertad del espíritu; mientras que el placer, que es el pábulo de la pasión, lleva en derechura a la esclavitud del alma...

**205. Libertad o esclavitud.**

He aquí un punto que es preciso esclarecer: dónde está la verdadera libertad, y dónde la verdadera esclavitud.

Cuando el hombre, por medio del ejercicio de las virtudes y especialmente de la mortificación, se emancipa de la ley de los sentidos y cohibe la rebeldía de las pasiones, llega a vivir la vida del espíritu.

En ese hombre el alma es reina y señora, y gobierna con serena majestad la parte animal, y se encumbra a su placer en los amplios dominios de la libertad...

¿Qué cosa podría atar un alma que vuela a tales alturas?

Por el contrario, cuando el hombre no conoce más ley que la ley de los sentidos, ni otras aspiraciones que el apetito del placer, llega a vivir la vida animal.

En ese hombre el alma es esclava del apetito, sierva de los sentidos, prisionera de la materia, miserable juguete de las pasiones...

¿Cómo podría ser libre esta alma, condenada a perpetuas cadenas?

La parte animal ahogó la natural libertad del alma.

**206. Escoged...**

¿Queréis pues ser libres?

Afianzad en vosotros, con un arranque supremo, la soberanía del alma... y echad a andar por la senda estrecha.

Esa senda os conducirá a la verdadera vida del espíritu, y a la vida eterna.

Por esta senda andan los siervos de Cristo.

¿Queréis ser esclavos?

Dejad que la bestia—la parte demoniaca del hombre—estrangule en vosotros el alma, entre flores y cantares... y echad a andar por el camino espacioso.

Ese camino os llevará a la más ignominiosa esclavitud del espíritu, triste preludio de la perdición eterna!

Per este camino anda el gran rebaño de las bestias humanas!

---

## LECCION XXXI

### DE LOS FALSOS PROFETAS

**207. Exposición.**

En buscando la «senda estrecha que conduce a la vida», es fácil encontrar por el camino muchos falsos profetas.

Jesús exhorta a precaverse de ellos, diciendo:

15. «Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos voraces:
16. por sus frutos *u obras* los conoceréis. ¿Acaso se cogen uvas de los espinos, o higos de las zarzas?
17. Así es que todo árbol bueno produce buenos frutos, y todo árbol malo da frutos malos.
18. Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo darlos buenos.
19. Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego.
20. Por sus frutos, pues, los podréis conocer».

Lenguaje sencillo, y a la par eminentemente expresivo.

«¿Acaso se cogen uvas de los espinos?»...

Por sus frutos se pueden conocer los falsos profetas —los escribas y fariseos de todos los tiempos, los herejes y apóstatas de todos los siglos...

Examinándolos en sus obras, es fácil descubrir en ellos, bajo la piel de oveja, unos lobos voraces...

Era preciso recordar a los discípulos esta gran verdad, porque ellos y sus sucesores habrían hallado en el camino de los siglos, a muchos falsos profetas...

Y así habrían estado prevenidos y apercibidos.

**208. Una ojeada a la historia. Primeros siglos.**

Y que esto haya sido así, lo demuestra con claridad meridiana la historia de la Iglesia—que es el continuo triunfo de la verdad sobre el error.

Veámoslo con rápida ojeada desde la cumbre de los siglos.

Apenas nacida, la Iglesia encontró en su camino a los escribas, fariseos y saduceos—que tuvieron el triste privilegio de iniciar la serie de los falsos profetas, en los comienzos de la era cristiana.

Sobre todo los fariseos supieron enseñar magistralmente a sus sucesores a disfrazarse con pieles de ovejas...

Encontró después la Iglesia en su camino a otros falsos profetas, con una pobre capa raída de filósofos: los sofistas de los primeros siglos.

Recordemos a Celso, Porfirio, Hierocles y Juliano el apóstata, quienes se sirvieron de la difamación, la intriga, el ridículo, la astucia, y todos los recursos del ingenio y del poder humano.

Todos estos falsos profetas, cuando les llegó la hora, «fueron cortados y echados al fuego».

Alumbrada por el fuego de sus primeras victorias, siguió la Iglesia su camino, y se encontró con formidables herejías.

Enumeremos las principales:

El Arrianismo (de Arrio) negaba la divinidad de Jesucristo, y duró desde el siglo IV hasta el VII.

El Pelagianismo (de Pelagio) negaba el pecado original, la necesidad de la gracia y de la Revelación.

El Nestorianismo (de Nestorio) reconocía dos personas en Jesucristo y rehusaba a la Virgen María el título de Madre de Dios.

El Eutiquismo (de Eutiques) confundía en Jesucristo las dos naturalezas.

Los monofisistas y monotelistas sólo reconocían en

Jesucristo una sola voluntad y un solo principio de operación.

Los iconoclastas destruían las imágenes y atacaban el culto católico tributado a la Virgen y a los Santos.

Fué una lucha de cuatro siglos consecutivos, la cual terminó con el triunfo de la Iglesia y sus dogmas, en los concilios de Nicea, Constantinopla, Efeso, Calcedonia y el segundo de Nicea.

¡Cuánta leña cortada y echada al fuego!

**209. Otros cuadros.**

Siguió la Iglesia su marcha triunfal y se encontró con la invasión de los bárbaros.

Esta invasión trastornó por completo la faz del mundo civilizado, e hizo rodar los tronos...

Los bárbaros dominaron a Europa, mas la Iglesia dominó a los bárbaros.

El año 400, Alarico y los germanos comienzan la irrupción. Los Hunos, guiados por Atila, a su vez se precipitan sobre las Galias. Aecio y Meroveo los detienen en la llanura de Chalons (451).

También el Papa S. León detiene a Atila en Ravena, camino de Roma, y salva a la Europa cristiana.

Atila fué a morir en Pannonia en 453, y su imperio se disolvió con su muerte.

Más afortunado Genserico con sus vándalos, después de haber saqueado la Italia, funda en el Africa un poderoso imperio. Y mientras los emperadores abandonan a Roma, la Iglesia queda de pie, defendiendo la libertad, el derecho y la civilización, cristianizando los bárbaros, y plasmando los pueblos de la nueva Europa.

Mientras tanto un gran falso profeta, Mahoma, se atraviesa en el camino, capitaneando muchedumbres armadas. Hacia el siglo VII los mahometanos amenazan la civilización cristiana, valiéndose de la fuerza y de la licencia, mas Carlos Martel, en nombre de la Iglesia, derrotó las huestes de Mahoma en Poitiers (752), y

las Cruzadas, durante dos siglos, contuvieron los avances del islamismo y salvaron la cristiandad.

Y la Iglesia cortaba más y más leña, y la arrojaba al fuego.

Y por los caminos alumbrados, pasaba triunfalmente la Verdad.

**210. Más cuadros.**

Encontróse la Iglesia de trecho en trecho, en su largo camino, con los grandes cismas.

Nombremos primero a los Donatistas en Africa y a los Melecianos en Asia, en el siglo IV.

Más tarde, en el siglo IX, obstruyó casi el camino el cisma griego, iniciado por Focio y consumado por Miguel Cerulario: cisma que separó de Roma todas las cristiandades del Oriente.

Y más tarde, el gran cisma de Occidente (1378-1419), que señala el destierro de los soberanos Pontífices, en Aviñón, durante setenta años, justamente llamado la «cautividad de Babilonia».

Por fin, el Concilio de Constancia reconoció cual único y legítimo Papa a Martín V; y con él triunfó una vez más el Cristianismo.

Fué este un período de luchas sin tregua ni cuartel.

Durante todo este período de la Edad Media, el Cristianismo fué atacado en todas partes y de todas maneras: en Francia por los Albigenses; en Italia por Arnaldo de Brescia; en Inglaterra por Wiclef; en Bohemia por Juan Huss.

A lo dicho debemos añadir la lucha constante que la Iglesia tuvo que sostener contra las pretensiones de los poderes políticos.

Esta lucha tomó proporciones colosales en el siglo XI entre Gregorio VII y Enrique IV de Alemania: lucha que prosiguieron contra la Iglesia Federico Barbarroja, Federico II, Luis de Baviera y otros.

Inútiles esfuerzos de todos los falsos profetas políticos.

Les llegó su turno, y fueron cortados...

Y la historia se ha cansado al registrar tantos y tan continuos triunfos.

**211. Otros falsos profetas.**

Apenas despejado el camino, se presentaban otros cien profetas más, cubiertos con pieles de oveja, y con el nombre de Cristo en los labios. Eran los seudo-reformadores.

Eran capitaneados por Lutero, quien provocó una revolución religiosa, atacando los grandes dogmas del Cristianismo, y *protestando*...

El Protestantismo fué introducido en el norte de Europa por Gustavo Wasa, en Suiza por Zuinglio y Calvino (1516-1540), en Escocia por Hamilton, Buchanam y Juan Knox (1538-1560), y en Inglaterra por Enrique VIII (1533).

Calvino y Teodoro de Beza intentaron establecerlo en Francia y obtuvieron bastantes adeptos (1533).

Con la «reforma» las guerras de religión incendiaron la mitad de Europa.

El Concilio de Trento vino entonces a consolidar el credo, la moral y el culto del catolicismo, mientras Colón daba a la Iglesia un nuevo mundo.

Y la pira de árboles malos seguía ardiendo...

Nuevos enemigos se levantaron contra la Iglesia, obstruyéndole el paso.

Entre éstos, el jansenismo, cuyo teatro fué la Francia, atacó los intereses de la verdad cristiana, exagerando su moral, y limitando a los predestinados los efectos de la Redención.

Por espacio de más de un siglo, el jansenismo derramó su veneno, hasta que Pío VI con bula especial (1794), le dió el golpe de muerte.

Y sobre todo, el filosofismo, cuyos patriarcas fueron Voltaire, Rousseau, Diderot, D'Alembert y demás enciclopedistas, quienes se propusieron destruír la Reli-

gión cristiana por medio de la burla, del sarcasmo, de la calumnia, de especiosos argumentos científicos y del influjo de los Gobiernos.

Esta lucha contra el cristianismo fué apoyada por ministros tan complacientes como Choiseul en Francia, Aranda en España, Pombal en Portugal y Tanucci en Nápoles; y fué defendida por Federico II de Prusia y Catalina II de Rusia.

Añádase a ello el odioso josefismo en Alemania de José II, que pretendía supeditar a su capricho a la Iglesia, sobreponiéndose al mismo Papa.

Los falsos profetas, cubiertos con la capa del filosofismo o con la careta de la falsa política, se iban multiplicando...

Pero bien pronto desaparecían, cortados por el hacha de la verdad...

¡Troncos secos, destinados al fuego!

**212. Nuevos enemigos.**

Nuevos tiempos, y nuevos enemigos que se encarnaron en la Revolución.

Con este nombre se comprenden todos los atentados cometidos contra la Iglesia, principalmente en Francia, en nombre del principio revolucionario.

Inmediata aplicación de este principio fueron la supresión de las Ordenes religiosas, usurpación de los bienes eclesiásticos, la Constitución civil del clero, proscripción del culto católico, y todos los crímenes del «Terror». La Revolución costó a Francia cuatro millones de víctimas.

Luego Roma cayó en poder de los ejércitos franceses, y el Papa Pío VI, despojado de sus Estados, fué llevado prisionero, hasta que, después de muchos vejámenes, murió en Valencia (29 de Agosto de 1799), mientras clamaban los impíos: «¡Este es el último Papa! Valencia ha visto los funerales del Cristianismo y de la Iglesia».

Vanas esperanzas. El 14 de Marzo de 1800, Pío VII, elegido Papa, emprendía el camino de Roma, y firmaba con Napoleón en 1802 el Concordato.

Una vez más el Cristianismo salía vencedor.

Llega un momento en que Napoleón se convierte en perseguidor y hace al Papa su prisionero en Fontainebleau.

Desde entonces palidece la estrella del gran guerrero, el cual toma el camino de Santa Elena, mientras Pío VII entra en Roma.

Un triunfo más que abrillanta los fastos de la Iglesia.

**213. El Profeta del Vaticano.**

Y con el correr de los años, en la precipitada época moderna, los triunfos se han ido multiplicando, hasta tal punto de que en la cumbre del siglo XX, en medio del derrumbe de un mundo en plena conflagración, la roca del Vaticano ha aparecido cual símbolo del más alto poder de la tierra, y de una doctrina indefectible que ha desafiado durante veinte centurias todo el poder de las herejías y de las tinieblas.

Y sobre esa roca del Vaticano, ha aparecido San Pedro, vivo en la persona del último Pontífice, con la mirada vuelta hacia el lejano porvenir, campo de triunfos aun más gloriosos...

Y la historia, al contemplar tan veneranda figura, veinte veces secular, le ha dirigido este saludo:

«Tú has sido el alma de la civilización y del progreso, y sin ti el progreso y la civilización no existirían. ¡Ay del mundo si tú faltaras!

Tú detuviste el empuje de los bárbaros de Atila a las puertas de Roma y les arrancaste el martillo de Thor, y la espada de Odín, y las pieles de tigres con que venían cubiertos; derramaste en su frente el agua bautismal; transformaste sus instintos selváticos; pusiste en sus manos armas espirituales; les adornaste con el vestido de la gracia; creaste para ellos el mar agitado y glorioso de las libertades públicas, de donde salieron

las nuevas generaciones que constituyen la porción civilizada del mundo; elevaste a la mujer; dignificaste los lazos de la familia; pusiste al Angel de la Guarda en los umbrales del tálamo nupcial; hiciste desaparecer la inicua ley de castas; quebrantaste las cadenas del esclavo con el madero de la Cruz; le diste derechos y franquicias; bendijiste el terruño y la gleba; santificaste las corrientes democráticas»... (1)

En suma, tú, oh Pontífice santo, Profeta de Cristo, has enseñado al mundo «el Camino, la Verdad y la Vida»!...

**214. Una mirada retrospectiva.**

¡Cuán bello es contemplar desde la más alta cima de la historia el largo camino de los siglos, sembrado de triunfos!...

Y ver en todo lo largo de este camino glorioso—la Vía Apia de la Iglesia Romana—a manera de trofeos, los innumerables túmulos que guardan los míseros despojos de los falsos Profetas—herejes y perseguidores fenecidos.

«Por sus obras los hemos conocido».

Mientras tanto cada día resplandecen con más brillo esas palabras del Mesías, del gran Profeta de la nueva Ley, dirigidas a los Judíos:

«Si no queréis creer a mis palabras creed a mis obras» (2).

Las obras, frutos de su doctrina, eternizadas en el tiempo, dan testimonio de la Verdad.

---

(1) P. Zacarías Martínez-Nuñez.
(2) San Juan, X, 38.

## LECCION XXXII

## DE LA ESENCIA DE LA VIDA CRISTIANA

### 215. Exposición.

Señala también Jesús como obstáculos que se pueden encontrar por «la senda estrecha que lleva a la vida», además de los falsos profetas, las propias ilusiones y presunciones.

Dice, pues el Maestro divino:

21. «No todo aquel que me dice: ¡Oh Señor, Señor! entrará *por eso* en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ése es el que entrará en el reino de los cielos.

22. Muchos me dirán en aquel día *del juicio:* ¡Señor, Señor! ¿pues no hemos nosotros profetizado en tu nombre, y lanzado en tu nombre los demonios, y hecho muchos milagros en tu nombre?

23. Mas entonces yo les protestaré: Jamás os he conocido *por míos:* apartaos de mí, operarios de la maldad».

### 216. Aclaración.

El discurso anterior manifiesta muy a las claras que para entrar en el reino de los cielos no bastan las palabras, sino son menester los hechos, es decir el cumplimiento de la Ley, como es la voluntad del Padre celestial.

Si el cristianismo fuera puras palabras, ancho sería el camino que lleva a la vida y muchos los escogidos. No se quedan los hombres cortos en palabras...

Mas la doctrina cristiana es algo más radical. Es la transformación completa del hombre, su renovación interior, una vitalidad nueva infundida por la gracia, la elevación del cristiano a un orden sobrenatural...

Y de ahí, de esta vitalidad interior, una hermosa y fresca floración de obras. Para poder darse cuenta de la diferencia substancial que hay entre un cristianismo superficial, reducido a un formulismo de palabras, y el cristianismo arraigado en las profundidades del alma y viviente en las obras, es preciso conocer, siquiera en su estructura general, el bello y espiritual organismo de la gracia, según las enseñanzas de la teología católica.

**217. La gracia.**

Un docto escritor, Mons. Gay, expone en un bello libro «De las Virtudes cristianas», los conceptos fundamentales de la vida cristiana.

Alma de esta vida es la *gracia*—que es lo que nos da el ser de cristianos, lo que nos santifica, lo que nos beatifica y lo que nos deifica.

La gracia—que es, según las palabras de S. Pablo, «la vida perdurable en Jesucristo Señor Nuestro».

«La gracia es la vida misma, esencial e íntima de Dios, comunicada primeramente al Cristo por excelencia en el adorable misterio de su Encarnación, y transmitida luego a nosotros por Cristo en el misterio mil veces bendito de su inmolación.

«Es la misma viva luz con que Dios a sí propio se ilumina, surgiendo aquí en la tierra como aurora misericordiosa, de la espantosa noche del Calvario.

«Es el amor íntimo de Dios, difundiéndose en sus criaturas por el corazón humilde, manso, tierno, angustiado y llagado de Jesús.

«Es el gozo infinito que resplandece tras el velo de sus lágrimas; es la paz eterna que flota en las oleadas de su sangre.

«Es, en suma, Jesucristo mismo, el cual efectivamente ha dicho de sí: *Yo soy la Vida; yo he venido para que tengan vida, y la tengan en más abundancia*».

Sigamos aclarando la materia y comentando algunos conceptos del ilustrado escritor.

**218. La presencia y el advenimiento de Jesús...**

¿Y cómo viene Jesús a darnos vida, alentando en nuestras almas el soplo sobrenatural de la gracia?

Por innumerables vías. Nada hay en la creación que no le sirva de medios para comunicársenos.

Por de pronto hay signos que nos le muestran auténticamente y le infunden en nuestras almas, como son los santos Sacramentos. Llega también al alma en alas de la predicación.

Hay también signos que nos manifiestan su presencia divina y preludian su advenimiento: como los cielos que, como dice David, cantan su gloria; una aurora o una puesta de sol, las granadas mieses, las perfumadas flores, las amigas sombras de la floresta; y a veces una inspiración que sopla, un pensamiento que alumbra, una espina que punza, una hambre de justicia...

Sombra todo, todo figura: lo real y verdadero, es Jesús «que está de pie, llamando a las puertas» de nuestro corazón.

Y cuando llega la hora en que se le dé entrada, su entrada con el esplendor de su gracia es gloriosa y espléndida como una aurora.

Cristo entra como Redentor, para redimir al alma esclava del pecado y sumida en tinieblas; y regalarla con los carismas de su gracia.

Llega como Redentor; por eso, para llegar a las puertas del corazón, suele golpear con el madero de la cruz; y cuando ha entrado, suele regalar al alma con el cáliz de su preciosísima sangre...

Esto acontece especialmente en el Sacramento de la Penitencia, baño místico de sangre divina, pascua mística por la cual el alma pasa de la muerte a la vida.

He ahí pues al alma redimida del pecado, y admitida a la vida de la gracia.

**219. Místicas nupcias.**

Y tan pronto como Jesús ha entrado en el alma, contrae con ella místicas nupcias, y se difunde en ella, y la inunda de gracia y de caridad, de verdad y de luz, de paz y de felicidad...

Jesús y el alma llegan a ser dos en un solo espíritu, y forman una comunión perfecta. La vida entera del Esposo divino se transfunde en la de la esposa (el alma) con todos sus títulos y excelencias, carismas y merecimientos, haciendo de todo ello una especie de acervo común de bienes, de que la esposa puede disfrutar ampliamente con el beneplácito del Esposo.

Esta es la escondida significación de esas palabras bíblicas, en boca de la esposa: «Con El cenaré y El conmigo».

Esto es, los desposados se unen con tan estrecho lazo, que son el uno para el otro una comunión y un banquete; se compenetran, o como dice el Evangelio, moran el uno en el otro.

Aquí es de notar que Jesús, siendo como es segunda persona de la Santísima Trinidad, no puede separarse del Padre ni del Espíritu Santo, y por eso dice, hablando del justo: «Iremos a él y haremos mansión dentro de él».

Es Dios, es la augusta Trinidad, la que hace mansión en el alma del justo.

Tal es el misterio de vida que cada fiel justificado lleva en sí, y que constituye la esencia del ser cristiano.

**220. «Un reino de Dios».**

Ahora bien, por la cohabitación de Dios en el alma, bien se comprenderá la alta dignidad de que ésta viene a ser decorada y el inaudito precio que viene a avalorarla.

Se la puede llamar un trono, un santuario, un paraíso en la tierra, un reino de Dios.

Y por estar el alma unida al cuerpo, viene a ser como una extensión de la sacratísima humanidad del Verbo, y cierta especie de segunda humanidad que se digna Jesús enlazar con la suya.

De donde se sigue que en cada alma se reproduce como en miniatura el misterio de Cristo, tipo absoluto de quien las almas cristianas deben ser otras tantas copias fieles.

Y siendo así, es concebible, a la par que inefable, una especial irradiación activa y benéfica de Dios sobre la criatura en quien habita.

Este misterio inefable se realiza en lo más íntimo y profundo del ser humano, en aquel «dentro de vosotros» que dijo Jesús, que ès la residencia propia del reino de Dios.

**221. Los efectos.**

Esta irradiación y operación de Dios se realiza ante todo en la esencia misma del alma, derramando en ella la *gracia* radical que llamamos *santificante*, la cual nos inicia y dispone para recibir los demás beneficios divinos, haciendo del alma toda como el cauce por donde fluya la corriente de cuanto Dios quiera obrar en nosotros.

Por virtud de esta gracia, podría decirse, coge Dios ėn sus manos las raíces del alma, e injertándolas en él, la dispone para que pueda saturarse de su savia santísima y difundirla después en todas y en cada una de las magníficas potencias por las cuales el alma se dilata.

Estas potencias naturales, tan varias, adquieren por aquella infusión interna—cada cual, según su orden, oficio y fin propio—una perfección divina, pues todas se informan de calidades nuevas, superiores, esencialmente sobrenaturales, por cuya virtud el alma se halla más apta a servir a Dios.

Por aquí se ve, pues, que al morar Dios en el alma, como hemos dicho, la sublima y la restaura; no que de todo punto la reintegre en el estado de la justicia ori-

ginal, ni que de golpe la eleve a la perfección, sino que la ayuda a elevarse gradualmente y a enfrenar esa perpetua excitación al pecado que es la concupiscencia.

Preciso es que quede este estigma de la naturaleza caída, para la purificación y los merecimientos del alma; pero gracias a los esplendores vivificantes que irradia el huésped divino en lo interior, el alma sabrá vencer la tentación y ganar coronas...

Y hasta preciso es que el cuerpo pague a precio de podredumbre el oprobio de haber sido albergue, arsenal y tantas veces cómplice de apetitos perversos; sin embargo, la gracia imprime en el cristiano una especie de sello divino, y en la hora suprema de la separación le deja como una fragancia de Espíritu Santo, que viene a ser en él el germen de resurrección a la vida eterna.

¿Termina aquí el prodigio?

Todo lo dicho que bien pudiera ser considerado como término encumbradísimo, no es sino un punto de partida y una base de ascensión.

La gracia del advenimiento de Jesús contiene el principio de un doble y maravilloso movimiento de ascensión, a saber: el de Dios en la criatura, y el de la criatura en Dios.

De este modo, cuando llega Dios a triunfar plenamente en el alma, Dios y el hombre vanse penetrando recíprocamente, cada vez más, y uniéndose con el vínculo de aquella unidad inefable que Jesús—el tipo substancial y la fuente original de la vida cristiana—expresaba diciendo: «Yo y el Padre somos uno».

**222. Cooperación a la gracia.**

Tal es el misterio de nuestra renovación verdaderamente divina.

¿Pero, cómo se ha de alcanzar?

*Por nuestras obras*, pues la *gracia es ante todo un principio de acción;* es *vida,* y la vida hay que vivirla; es

*fuerza*, y la fuerza se debe ejercitar; es *semilla*, y la semilla debe fructificar.

Toca pues, al cristiano aprovechar todas estas riquezas, mediante su cooperación a la gracia: de otro modo la gracia perdería su fecundidad y sería estéril.

Es preciso que el cristiano trabaje y obre y eleve todos sus actos a Dios; entonces la gracia divina dará la fecundidad.

Todo esto es la vida cristiana, que habíamos definido con San Pablo, al principio: «La vida perdurable en Jesucristo Señor Nuestro».

Todo eso es el fondo divino, el insigne blasón, una cierta divinización del alma cristiana.

No todos gozarán de la plenitud de esta vida, porque en el firmamento espiritual, como en el visible, hay estrellas más o menos refulgentes; pero tal plenitud está a disposición de todos los cristianos, en la medida de su «hambre y sed de justicia».

**223. «Misterio de fe».**

Todo esto es un arcano escondido para el mundo; y siendo inaccesible a los sentidos, apenas es vislumbrado por larazón. Y no es extraño, pues trátase aquí de cosas esencialmente divinas.

Es esto un «misterio de fe», y por consiguiente, para los que no tienen fe, es un enigma, un absurdo, una locura.

**224. Un epílogo de San Juan.**

Después de todo lo dicho se comprenderán bien estas palabras de la Epístola de San Juan (III, 1-3), que ponemos como bello coronamiento de la doctrina explicada:

«Mirad qué tierno amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos en efecto. Por eso el mundo no hace caso de nosotros: porque no conoce a Dios nuestro Padre.

«Carísimos, nosotros somos ya ahora hijos de Dios: más lo que seremos algún día no aparece aún. Sabemos sí que cuando se manifestare claramente Jesucristo, seremos semejantes a El en la gloria: porque le veremos como El es».

Llamamos la atención sobre las palabras que siguen:

«Entre tanto, quien tiene tal esperanza en El, se santifica a sí mismo, así como El también es santo».

**225. Ultima finalidad.**

He ahí, pues, explanada ampliamente la esencia de la vida cristiana y su finalidad.

Repitamos con San Juan: «Quien tiene tal esperanza en Jesús, se santifica a sí mismo».

He ahí la finalidad última: *la propia santificación*, mediante la gracia divina y la cooperación del hombre.

Cooperación quiere decir: obras, obras y obras.

Porque «la fe sin las obras es muerta».

Ni valen mucho las palabras: «¡Oh, Señor, Señor!», y ni siquiera valen las profecías y los milagros, si la vitalidad y operosidad de la gracia no los acompaña.

**226. «Operarios de la maldad».**

A los que viven así fuera de la gracia y sin las obras de la gracia, a los que son nominalmente cristianos sin vivir la vida integral cristiana, a cuantos cometen el pecado, protestará Jesús en el día del Juicio:

«Jamás os he conocido por míos: apartaos de mí, operarios de la maldad».

## LECCION XXXIII

### TENEMOS NECESIDAD DE CRISTO

**227. Exposición.**

Jesús concluye su Sermón con estas estupendas palabras:

24. «Por tanto, cualquiera que escucha estas mis instrucciones y las practica, será semejante a un hombre cuerdo que fundó su casa sobre piedra:

25. cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra la tal casa, mas no fué destruída: porque estaba fundada sobre piedra.

26. Pero cualquiera que oye estas instrucciones que doy, y no las pone por obra, será semejante a un hombre loco que fabricó su casa sobre arena:

27. cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa, la cual se desplomó, y su ruina fué grande».

Palabras tan claras que con sólo presentarlas entran con su luz en el entendimiento, y lo esclarecen...

**228. «Los hombres cuerdos».**

«Cualquiera que escucha estas mis instrucciones—ha dicho el Maestro—y las practica»...

No basta sólo escuchar. Ni admirar la sublime sencillez del lenguaje divino. Ni sólo besar esa orla de luz que corona cada letra del Evangelio.

Esto lo han hecho también hombres impíos. Rousseau, p. e., veía en los Evangelios la lumbre de la divinidad...

Es necesario, además, trasfundir esas enseñanzas en la sangre, en las entretelas del corazón, en los alientos del alma...

Y trocarlas como en savia de la vida espiritual: savia que circule por todo el organismo cristiano.

Y ponerlas como cimientos de todo el ser...

Eso es edificar una casa sobre piedra.

Ni las lluvias, ni los ríos desbordantes, ni todos los vientos de las tentaciones, podrán nada contra esa casa —«porque estaba fundada sobre piedra».

Porque ese hombre cuerdo había cimentado su vida sobre los inconmovibles principios de la doctrina cristiana.

¿Y qué pueden todas las tempestades contra la roca de esta doctrina?

Las olas desatadas de veinte siglos, arrojándose contra ella, no han hecho sino coronarla con su blanca espuma, cual homenaje del tiempo movible y fugaz a la inconmovible y eterna Verdad.

Ved los Santos: porque fundados sobre esa roca, fueron inconmovibles en medio de las olas, y serenos en medio de las tempestades... Su constancia era como una sombra que proyectaba sobre ellos la eternidad de la doctrina de Cristo.

**229. «Los locos».**

Por el contrario, «cualquiera que oye estas instrucciones y no las pone por obra, será semejante a un hombre loco que fabricó su casa sobre arena»...

Las lluvias, los ríos desbordantes y los vientos de las tentaciones darán pronto con ímpetu contra aquella casa...

Y la ruina será grande.

Basta espaciar la mirada sobre el mundo.

Los locos que fabrican sobre la arena movediza del placer, del interés, de la pasión, son sin número...

Y las ruinas morales son grandes, mucho más grandes que las ruinas que amontona a su paso la ira precipitada del tiempo.

Ved sino a los esclavos del placer: sin rumbo fijo, una ola los encumbra, y otra los lleva al abismo...

Ellos, sin planta fija, participan de la mutabilidad y caducidad de todas las cosas.

**230. La salvaguardia de los pueblos.**

Lo que hemos dicho de los individuos debemos repetirlo acerca de las sociedades y de las naciones.

Quien no ha edificado con Cristo, ha destruído.

La historia resuena aún con el estruendo de los grandes cataclismos, que presenciaron con pasmo los siglos.

Y seguirá resonando en el porvenir con más fuertes estruendos si no pone por cimiento del organismo social la ley eterna de Jesucristo.

Si vosotros, oh gobernantes y dirigentes, suprimís esta ley—que es un cimiento eterno—¿con qué pretendéis sustituírla?

¿Acaso con las utopías de algún filósofo o las locuras de algún revolucionario?...

Yo espacio mi mirada sobre el dilatado campo de la historia, y veo aún, de trecho en trecho, humeantes las ruinas que amontonaron todas las utopías y locuras de la humanidad.

Si sobre cada una de esas ruinas—de esos tristes experimentos históricos—se pusiera una gran cruz, la historia parecería un vasto cementerio...

Mas por encima de este cementerio de sistemas humanos, campea una gran luz: la doctrina de Cristo.

Hace veinte siglos que alumbra, sin un desfallecimiento, los caminos de la humanidad...

Ella contempla desde las alturas el rápido sucederse de los ensayos humanos, y los acompaña con su lumbre indeficiente, a la sepultura...

Para algo han de servir estas grandes lecciones—que son la experiencia de los siglos.

Detrás de cada una de las palabras de Cristo, se siente una autoridad inmensa, la autoridad de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos; la autoridad de diez

y nueve siglos de historia; la autoridad de los genios más grandes; la autoridad de la conciencia y de la razón humanas.

Inquebrantables son los fundamentos de nuestra Fe. Comparado con esto, todo lo demás es algo así como arena movediza, y terrenos oscilantes.

Pues bien, si vosotros borráis del alma del pueblo y de la juventud los grandes horizontes sobrenaturales, si negáis el reino de Dios y su justicia, si cegáis el espíritu y dais pábulo a la carne, si rotos los frenos de los mandamientos divinos, desatáis todos los alanos hambrientos de las pasiones humanas... sois los locos que fabricáis sobre arena.

Preparáis para vuestra patria días de luto y de sangre.

Si quitáis al hombre el aliento de la doctrina de Cristo, no quedará en él más que la parte animal, entregada al salvajismo de los instintos más depravados.

«Y la ruina será grande».

No es con salvajes como se labra la felicidad de la patria.

Pensadlo bien. Aunque la fe no alumbrase vuestra alma, vosotros oh gobernantes, siquiera por patriotismo os debierais inclinar ante la ley de Cristo—única plasmadora de la verdadera civilización.

**231. Las palabras de un gran Mandatario.**

Y así deben sentirlos todos los hombres creyentes y patriotas.

No hay orden ni paz para las Naciones, si no las guía la doctrina de Cristo.

Entre los innumerables testimonios que podríamos aducir, baste la confesión del Primer Mandatario de los Estados Unidos, Mr. Harding:

En uno de sus discursos decía él al pueblo norteamericano:

«Quisiera persuadiros, amigos y ciudadanos, de que, desde cualquier punto de vista que se observe la situación actual, lo que el mundo necesita más que nada es

un poco de devoción religiosa. De ella nos hemos alejado por diversos modos, y si yo tuviese que señalar orientación y remedio para conducir al mundo por el camino de la paz, debería proponer con énfasis las enseñanzas del Príncipe de la Paz.

«Dicen muchos que la guerra mundial muestra que la Religión cristiana ha dejado incumplida su misión. No, amigos míos, no ha mostrado la guerra semejante cosa, sino al contrario, el error del mundo al alejarse de la Religión Cristiana. Si pusiésemos en nuestra vida un poco más de santidad, de moralidad, de devoción religiosa, tengo la certeza de que este sería el paso más firme que pudiésemos dar hacia la paz durable.

«Nuestra República debe ser honesta y honrada; nuestro pueblo debe ser temeroso de Dios. Y si en esta mañana serena me permitieseis dirigiros una exhortación especial, os expresaría mi deseo de ver reavivarse en nuestra patria la Religión de nuestros padres y fundadores».

Así hablan los grandes estadistas.

**232. Necesitamos a Cristo.**

Las naciones van hoy navegando en mares turbulentos hacia playas desconocidas, porque les falta ese Piloto divino que en su tiempo amansaba con un solo gesto las agitadas olas del lago de Tiberíades.

¡Oh! vuelva el Maestro a empuñar el timón!

De todas partes surge este clamor:

«¡Sálvanos, Maestro, que estamos pereciendo!»

Es el grito que lanzaba al mundo el convertido Papini—el que después de tanto vagar entre las ruinas de tantos sistemas se acoge a la doctrina salvadora de Cristo; y dice:

«Tenemos necesidad de ti, sólo de ti y de ningún otro. Tú solamente, que nos amas, puedes sentir por todos nosotros los que sufrimos la compasión que cada uno de nosotros tiene por ti mismo. Tú sólo puedes sentir cuán grande es, desmesuradamente grande, la

necesidad que hay de ti en este mundo, en esta hora del mundo. Ningún otro, ninguno de cuantos viven, ninguno de los que duermen en el cieno de la gloria mundana, puede darnos el bien que salva, a nosotros necesitados, sumergidos en la atroz penuria, en la más tremenda de todas las penurias: la del alma. Todos tienen necesidad de ti, aun aquellos que no lo saben, y aquellos que no lo saben mucho más que los que lo saben. El hambriento se imagina que busca el pan y tiene hambre de ti; el sediento cree querer agua y tiene sed de ti; el enfermo se ilusiona creyendo ansiar la salud y su mal es tu ausencia. El que busca la belleza en el mundo, sin darse cuenta, te busca a ti que eres la belleza entera y perfecta; el que persigue en sus pensamientos la verdad, sin quererlo, te desea a ti que eres la única verdad digna de ser sabida; y el que se afana tras de la paz te busca a ti, única paz donde pueden reposar los corazones más inquietos. Ellos te llaman sin saber que llaman a ti, y su grito es indeciblemente más doloroso que el nuestro».

Añadamos: levántate, Señor, como lo hiciste al grito de San Pedro; ocupa de nuevo la proa, y espacia sobre el mundo turbulento tu mirada pacificadora, y repítenos: «¡Hombres de poca fe, ¿por qué habéis dudado?»

---

## LECCIÓN XXXIV

## EL TESTAMENTO DE CRISTO

**233. La hora suprema.**

Después de la solemne promulgación de la Ley nueva desde la Montaña Santa, siguió el buen Maestro ampliando y explicando su doctrina, bajo la forma de parábolas, y «haciendo el bien a todos»...

Había llegado su hora: la hora solemne que precede a los últimos adioses, envuelta en los tristes crespones de la tarde...

La omnipotencia del Hombre-Dios, esforzada por un amor infinito, había obrado el gran prodigio: la institución de la Eucaristía.

¡Dios mío! El Corazón de Cristo iba a quedar palpitando en el Sacramento del amor, en el reducido espacio de una hostia consagrada, junto al hombre a quien tanto amara!

Y pronto desde lo alto de la Cruz habría derramado sobre el mundo las últimas gotas de sangre...

¡Así sabe amar y sacrificarse un Hombre-Dios!

Un amor humano, el más alto, el más sublime, el más generoso, no habría podido llegar a estas alturas sublimes...

Había llegado la hora.

Había concluído la Cena, en que Jesús consumara la omnipotencia de su amor... y caían llorosas las primeras sombras de la noche sobre el jardín de los olivos, entregado ya al «poder de las tinieblas».

Sólo faltaba el último recuerdo a los discípulos, antes de la luctuosa tragedia que iba a empezar...

Jesús habla, con voz velada por la conmoción, en medio de la solemne quietud de la hora.

Leamos con adoración profunda el texto de San Juan (C. XVII).

**234. Exposición.**

«Levantando los ojos al cielo, dijo Jesús:

«Padre mío, la hora es llegada, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti»...

*Clarífica Fílium túum!*

¡Cuánta claridad en estas palabras! Se trasluce en ellas algún lejano resplandor de la gloria eterna.

Es que se acerca la hora de la suprema glorificación!

«Yo por mí te he glorificado en la tierra: tengo acabada la obra, cuya ejecución me encomendaste»:

*Ego te clarificavi.*

Toda la misión de Jesús había sido glorificar a su Padre:

«Yo he manifestado tu nombre a los hombres que tú me has dado»...

Jesús se despedía de los discípulos, atestiguando ante su Padre que su única y suprema aspiración había sido aquel *¡Santificado sea el tu Nombre!*

Y añade: «Tengo acabada la obra».

*Opus consummavi.*

Le faltaba sólo sellar con la última gota de su Sangre las hermosísimas e infinitas manifestaciones de su amor.

¡Ah! Confesemos que este bello coronamiento de la doctrina del Maestro es digno de un Dios!

**235. Divinas claridades.**

Y así debía ser: preciso era que, antes de los inefables abatimientos de la Pasión, la serena actitud y las magníficas palabras del Maestro tuvieran algunos fulgores de divinidad.

Jesús iba a la muerte, porque su amor lo requería: «porque ninguna prueba de amor es más grande que dar la vida por la persona amada».

Ante este hermoso espectáculo dijo un impío: «Si la muerte de Sócrates es la de un justo, la muerte de Jesucristo es la de un Dios!»

Declara, pues, Jesús solemnemente que ha acabado su obra.

Y, vuelto a su Padre celestial, ruega por sus discípulos....

Es preciso leer pausadamente todo el capítulo, en plena posesión de la hora y de las circunstancias, ante las perspectivas de una despedida suprema y de un supremo sacrificio, para comprender la elocuente ternura de esta plegaria, que bien podría llamarse el *testamento del amor*.

Todo el corazón del Maestro se derrama en esa plegaria...

Es un continuado grito por la Unión, por el Amor, por la Verdad!

Son las últimas instancias de un pecho divino por los triunfos de la Caridad!

Ora a su Padre por sus discípulos, y dice: «Santifícalos en la Verdad».

La verdad es la libertadora del espíritu y la santificadora del alma.

«Así como tú me has enviado al mundo, así yo los he enviado también a ellos al mundo.

«Y yo por amor de ellos me ofrezco por víctima a mí mismo, con el fin de que ellos sean santificados en la Verdad»....

Ya se van diseñando en estas palabras las sombras del Calvario, y más allá los primeros albores de las conquistas evangélicas...

..........................................................................

Concluída la oración, empieza la gran tragedia...

El texto dice sencillamente: «Dicho esto, marchó Jesús con sus discípulos a la otra parte del torrente de Cedrón, donde había un huerto»...

No penetremos en el gran misterio de la Pasión—abismo de un amor infinito...

El amor divino ponía su sello de sangre, en el ara del Calvario, sobre la doctrina del Maestro.

Aquí no cabe más que arrojarse a los pies de Cristo, y decir con el Centurión romano:

«¡Este era en verdad el Hijo de Dios!»

Se desprenden de la persona, de las palabras, de los hechos de Cristo tantos clarores de divinidad, que es imposible no creer.

Y afirmamos con San Agustín que lo estupendo y absurdo sería no creer.

¡Es tanta la evidencia de la verdad!

**236. «Creencia por Amor».**

Bien cierto es que la fe es un don sobrenatural, es una lumbre divina añadida a la luz de la razón, es la claridad de la gracia que ilumina los horizontes sobrenaturales...

Para llegar a esta visión sobrenatural es preciso desatar al alma de las ataduras de las pasiones, y darle las alas de la oración para volar a las alturas divinas de la fe...

Y añadir a los vuelos de la oración los grandes impulsos del amor.

Augusto Nicolás llegó a decir, que «la fe es creencia por amor».

Y Lacordaire, ampliando el concepto, añade:

«En el Evangelio hay una frase que explica cómo tantos hombres que *nada saben*, llegan, ello no obstante, a la fe; esta frase es: *Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad* (Luc. II, 14).

Estos hombres llegan a la fe por el camino del amor; su alma, que difícilmente hubiese respondido a las ideas divinas a causa de su elevación, respondió sin pena a los llamamientos del amor. Reconocieron a Dios en la *bondad* mejor que en la *luz*, y la luz, celosa de su corazón, precipitóse en él con el amor.

«Esta es la maravilla que se ha querido ridiculizar llamándola *fe del carbonero*...

No hay una *fe del carbonero*, como no hay una *razón del carbonero*. La razón del carbonero vale tanto como la de Newton; y tal leñador de Versalles tenía de las cosas divinas iluminaciones tan profundas como las de Bossuet, que pasmaba con su elocuencia y su doctrina la corte de Luis XIV.

«Sí, en el día del Juicio no faltarán carboneros con sus zuecos y su blusa, que tendrán más fe y más luces que algunos teólogos, porque *la vista del amor alcanza más que la de la inteligencia*, y porque, cuando el alma da su consentimiento, la verdad la lleva consigo, como el águila toma sus pequeñuelos sobre su dorso y los lleva hasta el sol».

Repitamos y hagamos nuestras esas bellas palabras: «La vista del amor alcanza más que la de la inteligencia».

**237. A la Fe por el Amor.**

Vayamos pues a la Fe por los caminos floridos del Amor.

Amemos a Cristo, y creeremos en El.

Y sorprenderemos en su frente la luminosa aureola de la divinidad...

Y una gran claridad emergerá, como eterna aurora, de sus palabras...

El amor es un instinto divino que no traiciona nunca: arraigado en las profundidades de la naturaleza humana, surge y se expande en ondas de luz...

Amar es creer.

**238. Los grandes Ideales...**

Creer es obrar, es decir:

«Amar la Justicia».

«Vivir en el amor».

«Santificarse en la Verdad».

«Acabar la propia obra».

«Glorificar a Cristo, como Cristo glorificó a su Padre»...

He ahí las supremas enseñanzas, que como hermosas síntesis, Jesús nos ha dejado en su último testamento.

He ahí los grandes Ideales de los discípulos de Cristo!

## CONCLUSIÓN

### SALUTACION A CRISTO «REY INMORTAL DE LOS SIGLOS»

**239. Exposición.**

28. «Al fin, habiendo Jesús concluído este razonamiento, los pueblos que le oían no acababan de admirar su doctrina:

29. «porque su modo de instruírlos era con cierta autoridad *soberana*, y no a la manera de sus escribas y fariseos».

Así concluye San Mateo, con sobriedad evangélica, el divino Sermón de la Montaña.

Y con sobria frase deja entrever a las muchedumbres como extáticas de gozo, «no acabando de admirar la nueva doctrina».

**240. «Quid est Véritas»?**

He concluído mi pobre y ligero esbozo sobre el Sermón de la Montaña...

Habíame figurado estar escuchando al Maestro, en extática contemplación, revuelto como humilde discípulo en medio de la muchedumbre...

Llegado ya a la cumbre de la vida, a esa hora en que los arreboles del ocaso doran el horizonte, habíame acercado, cubierto de polvo, a la falda de la Montaña, para refrescar los viejos recuerdos con brisas evangélicas y alentar el cansado corazón con palabras de vida...

Había andado tanto, a través de los libros, inspeccionando todos los horizontes humanos...

Al pie de las pirámides faraónicas, ante la Esfinge silenciosa, símbolo del misterio, hollando el polvo de una fenecida civilización, había formulado la eterna pregunta:

*Quid est véritas?* «¿Qué es la verdad?»

El desierto había sorbido mi voz.

Desde el acrópolis de Atenas, ante el ara de los dioses olímpicos, evocando los genios de la sabia Grecia, había formulado la misma pregunta:

*Quid est véritas?*

Las sombras de Platón, de Aristóteles, de Sócrates y cien otros príncipes de la inteligencia pasaron ante mí cabizbajas y silenciosas.

Acudí a la Roma imperial, y desde la cumbre del Capitolio—nido glorioso de las águilas romanas—había lanzado a los cuatro vientos del imperio la misma pregunta del gobernador romano:

*Quid est véritas?*

La pregunta resonó en la inmensa quietud de la paz octaviana... y se perdió en la inmensidad del silencio.

Bajé entonces al foro, en donde se ventilaban todas las cuestiones del imperio, y lancé la misma pregunta a los príncipes de la oratoria:

*Quid est véritas?*

La sombra de Cicerón se irguió en su tribuna, en un gesto de inquietud y desconsuelo...

Volví luego la mirada a las nuevas centurias, y desde la cumbre de los siglos cristianos dirigí con esforzada voz la misma pregunta a todos los sistemas filosóficos que venían alboreando en cada siglo en los horizontes humanos:

*Quid est véritas?*

Las preguntas se sucedían con la misma rapidez con que todos esos falsos sistemas se precipitaban al abismo, en colosal derrumbe...

El estruendo de la caída era la única respuesta a la eterna pregunta...

Llegaba pues, sudoroso y fatigado, al pie de la Montaña, con la pregunta en los labios:

*Quid est véritas?*

Y oía, con alma trémula, hablar al Maestro...

Las palabras fluían... los misterios rasgaban su seno... y la Verdad descubría poco a poco su faz luminosa.

Y las palabras seguían fluyendo, sin aparatos de escuela, sin embelecos de hombres, sin prendas de artificio: seguían fluyendo, como linfa clarísima, en una divina luminosidad.

Y esa luz, a medida que fluía, iba envolviendo como nimbo al Maestro, y le aureolaba la frente, le iluminaba los ojos, le inundaba de esplendor toda la persona...

Y Jesús emergía, bello y luminoso, «con autoridad soberana», como respondiendo a la eterna pregunta:

*Ego sum Via, Véritas et Vita:*

«¡Yo soy el Camino, *la Verdad* y la Vida!»

**241. Saludando al «Rey inmortal»...**

He aquí porque he caído a sus pies, he besado la orla de su túnica, y le he proclamado «el gran Profeta que ha venido al mundo», el Mesías prometido, el «Deseado de los collados eternos», el Redentor de la humanidad...

Y he repetido con el príncipe de los apóstoles: «¡Tú eres el Hijo del Dios vivo!»

En Él culminan todos los tiempos, se cumplen todas las profecías... y en medio de las edades se abre una nueva era.

Él es el «Rey inmortal de los siglos».

El pasado, la era mesiánica, se inclina ante Él, y le proclama con la voz de los Patriarcas, con el canto inspirado de los Profetas, Rey inmortal...

Y la era cristiana abre gozosa sus puertas a este Rey inmortal, y le sienta en el trono más alto del mundo.

Contemplad la caravana de los siglos cristianos pasar ante ese trono, arrojando todas sus coronas ante ese Rey...

Pasan los mártires, encabezados por el protomártir Esteban, y le ofrecen la púrpura de su sangre...

Desfilan los confesores, guiados por el cayado de los Pontífices, y se inclinan las tiaras y humean los incensarios...

Y siguen los reyes y los monarcas, los guerreros y los conductores de pueblos, y al pasar caen las diademas y se rinden las espadas...

Y desfilan las Vírgenes, y las Ineses y las Filomenas y las Lucías, y arrojan al pie del trono los lirios de su pureza...

Y pasan los príncipes de la inteligencia, con Dante a la cabeza, y le ofrecen la flor de sus pensamientos...

La procesión es interminable...

De trecho en trecho aparecen largas hileras de Santos, presididas por los grandes zapadores del pensamiento, como San Agustín y Santo Tomás, o los grandes Fundadores de las huestes de Cristo, como San Benito y Santo Domingo; y cantan el himno triunfal del *Lauda Síon Salvatórem*: «Alaba, oh Sion, a tu Salvador»...

Es éste un himno sagrado de la Iglesia, cuyo aire marcial servía para las apoteosis de los emperadores romanos.

*Lauda Síon Salvatórem!*

Es el gran coro de los siglos cristianos que ha pedido a los grandes triunfos de la Roma pagana su voz más marcial, para entonar el himno triunfal de la humanidad al «Rey inmortal de los siglos»...

**242. ¡Cristo reina!**

El pasado está cargado de sus trofeos, el presente flamea a las cuatro partes del mundo sus pendones gloriosos, y el porvenir...

El porvenir alumbrará sus nuevas y más dilatadas conquistas.

Cristo reinará por los siglos.

Porque su reino no es el reino perecedero de la materia.

Al soplo del tiempo han caído Menfis y Tebas, Nínive y Babilonia, Atenas y Roma... esparciendo al viento de los siglos el polvo de sus glorias.

Mas el reinado de Cristo no pertenece a este mundo, al mundo de la materia.

Es el reinado del espíritu. es el imperio del amor.

Y el amor no muere. Aliento del alma inmortal, vive en la inmortalidad, eternamente fresco como el primer soplo de vida.

Y si este amor es divino. su imperio se dilata en las anchurosas olas del tiempo, en playas ilimitadas...

El amor divino no muere.

Encendido por Cristo en el corazón de pocos discípulos, ha seguido ardiendo a través de los tiempos y de los espacios, en el corazón de la humanidad...

Ni todas las aguas de las persecuciones han podido apagarlo».

Antes bien el viento de la persecución lo ha hecho arder y flamear en grandes llamaradas—las que han dejado en los surcos de la historia un gran reguero de luz...

Y ese amor. ¡oh Jesús!, aliento de tus palabras. seguirá ardiendo. como inmensa pira. hasta la consumación de los siglos. Y aún más allá de los siglos.

¡Reina, pues. oh Cristo, en la inmortalidad del amor!

Tu reinado, proclamado solemnemente en el Sermón de la Montaña, no tendrá más fin...

Tus palabras, alentadas por tu amor divino, quedarán eternamente frescas en el corazón de la humanidad.

Bien has dicho tú que «pasarán los cielos y la tierra. mas tus palabras permanecerán eternamente.»

Tú reinarás aún, cuando el último de tus enemigos te lance, como Juliano, la última imprecación: «¡Has vencido, oh Galileo!»

Reinarás aún, cuando en el último desmayo del mundo, ruede este planeta muerto y opaco en la inmensidad del vacío...

Más allá de los astros muertos y de los negros espacios se extenderán tus tiendas... y comenzará entonces tu reinado de la eternidad.

..................................................................

**243. «¿A quién iremos?»**

Esto he aprendido al pie de la Montaña, ante el estupendo panorama de los siglos...

Y he creído con todas mis fuerzas a esas divinas palabras:

*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.*

Antes que caigan sobre mí las sombras crepusculares, tomaré de nuevo mi bordón de peregrino, y si el Maestro no me rechazare por indigno discípulo, iré a los pueblos para darles testimonio de la Verdad.

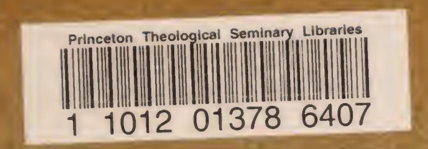
Y a cuantos me preguntaren por el camino:

«¿A quién iremos en busca de la Verdad?»—responderé con la más honda sinceridad:

«¿A quién queréis ir?» **«El solo,** *el Maestro divino,* **tiene palabras de vida eternal»** (1).

..................................................................

(1) He escrito estas páginas con ocasión de las bodas de plata de mi ordenación sacerdotal (28 de Mayo de 1923). Pido a los lectores una plegaria, *ut gáudium méum sit plénum.*



# BIBLIOGRAFIA

## EL ARTE Y LA CIENCIA DE LA SANTIDAD

### Curso de Instrucciones y Meditaciones

### PARA UN RETIRO DE 8 DIAS

### por BERNARDO GENTILINI

«Este nuevo libro del conocido escritor responde a la gran necesidad que tiene todo hombre de dedicar algunos minutos y algunos días al gran negocio del alma.

A esto se refería Su Santidad Pío XI cuando declaró a San Ignacio «Patrono universal de los Ejercicios Espirituales».

Dice así S. S.: «Nos persuadidos de que los males de nuestros tiempos provienen en su mayor parte de que ya no haya quien «medite en su corazón»; constando que los Ejercicios Espirituales, hechos según la doctrina de San Ignacio, son aptísimos para vencer las arduas dificultades que actualmente afligen por todas partes a la sociedad, y demostrando la experiencia que, como en otro tiempo, también ahora madura la abundante mies de las virtudes en los sagrados Retiros, ya entre las comunidades religiosas y clero secular, ya entre los seglares, y lo que en nuestros tiempos es ...gno de singular mención entre los mismos obreros; deseamos ... gran manera que se difunda cada día más el uso de estos Ejer...ios Espirituales y que se multipliquen y florezcan en todas par...sas casas piadosas, donde se retiran los fieles por un mes en...o por ocho días o menos, si esto no es posible, para adiestrar...n la perfección cristiana».

A esta tan sentida necesidad responde el nuevo libro, dedicado ...n modo especial, no sólo a los sacerdotes y religiosos, sino a ...uantos hombres de mundo quieren dedicarse a solas y en privado a la magna tarea.

Hemos de añadir que este movimiento por los Retiros se viene popularizando mucho en todas partes.

P. e., concurridísimos son los Retiros que se suelen dar anualmente para hombres en lugar apartado, en la isla Keyser, a 40 millas de Nueva York (E. U.).

La prensa del país, católica y protestante, dió gran publicidad al movimiento, el año pasado. Los grandes diarios como el «New York Herald» y las revistas como la «Harper's Weekly» explicaron a sus lectores el mecanismo y los frutos de esta nueva institución, en artículos ilustrativos, encabezados por títulos sensacionales, como: A «*School for Souls*» (Escuela para las almas); «*Taking account of Moral Stock* (Balance del «Stock» moral); «*Keyser's Island in the Sound, a Haven of Repose to World*» (La isla de Keyser, así como suena, puerto de reposo para el mundo), etc.

He aquí pues un libro que enseña a pensar... y a dirigir la mirada a lo alto».—A. S. S.

*(De «El Diario Ilustrado» del 7 de Mayo de 1923).*